



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Primavera 1990

39

II Epoca

PROGRESO Y NUEVAS TECNOLOGIAS

Luis Solana, Javier Nadal, Miguel Angel Quintanilla

LA REVOLUCION EN EUROPA DEL ESTE

André Gunder Frank

LA POLITICA ESPAÑOLA EN AMERICA LATINA

Celestino del Arenal

GRANDES CIUDADES: RETO Y ESPERANZA

Juan Barranco

SOCIALISMO DEMOCRATICO: TRADICION Y ALTERNATIVAS

Enrique Múgica

EL MOSQUITO Y EL ELEFANTE

Antonio Santesmases

EL FIN DEL MESIANISMO

Michel Rocard

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

LA PERESTROIKA

¿A DONDE VA LA UNION SOVIETICA?

Fernando Claudín (comp.)

A. Adamovich, A. Butenko, V. Chalidze, E. Etkind,
F. Fernández-Ordóñez, F. Iskander, Y. Kariakin, L. Kopelev,
V. Korotich, M. Lavigne, K. Liubarski, Z. Mlynar, A. Nove,
A. Nuikin, R. Orlova, L. Paramio, G. Popov, M. Reiman,
J. Sapir, L. Shelley, N. Shmeliov, V. Strada, A. Streliani,
C. Urjewicz, L. Vosnesenski.

316 págs.

2.000 ptas.

En este libro se recogen las ponencias presentadas en la Conferencia Internacional «La perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?, que tuvo lugar en Barcelona. Destacadas personalidades venidas de la URSS discutieron, junto con disidentes y soviólogos occidentales, los problemas más candentes de la gran transformación que está produciéndose en el «mundo soviético».

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal



Leviatán

Revista de hechos e ideas

ACTUALIDAD

El futuro de la Europa. <i>Enrique Barón, Max Gallo, Enrique Curiel, Elena Flores</i>	5
La revolución en la Europa del Este. <i>André Gunder Frank</i>	15
La política española en América Latina. <i>Celestino del Arenal</i>	33
Grandes ciudades: reto y esperanza. <i>Juan Barranco</i>	49
Cultura, economía y mecenazgo. <i>Francisco Cánovas</i>	57

ENTREVISTA

Entrevista con Norberto Bobbio. <i>Giancarlo Bosetti</i>	67
--	----

PROGRAMA 2000

Progreso y nuevas tecnologías. <i>Luis Solana, Javier Nadal, Miguel Angel Quintanilla</i>	75
--	----

ANALISIS Y DEBATE

Socialismo democrático: tradición y alternativas. <i>Enrique Múgica</i>	103
El mosquito y el elefante. <i>Antonio Santesmases</i>	123
El fin del mesianismo. <i>Michel Rocard</i>	135
Tesis para una izquierda posible. <i>Miguel Porta</i>	145

LIBROS

.....	153
-------	-----

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Ramón Vargas-Machuca

Julio R. Aramberri

Santiago Roldán

Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlos Barral

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Fernando Claudín

Elías Díaz

M.A. Fernández Ordóñez

X. Rubert de Ventós

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J.A. González Casanova

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. Martínez Reverte

Secretaría de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010 Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S.A. - C/. Plaza, 5 - 28043 Madrid.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Fernández de la Hoz, 60 - 28010 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



ACTUALIDAD
1

EL FUTURO DE EUROPA

Enrique BARON, Max GALLO, Enrique CURIEL, Elena FLORES

Enrique BARON

Los acontecimientos que en los últimos meses se están produciendo en la escena internacional nos permiten hablar de un brusco proceso de aceleración histórica.

Por una parte, los vertiginosos cambios políticos en la Europa central y del Este, con la apertura de sus sistemas políticos y económicos, marcan el final de la época de la posguerra y generan la esperanza de que desaparezcan definitivamente las divisiones en nuestro continente.

Por otra, en el seno mismo de la Comunidad, convertida hoy en auténtico polo de atracción y referencia para esos países,

la realización del Acta Unica y el impulso dado por los Consejos Europeos de Madrid y Estrasburgo al proceso de Unión Económica y Monetaria (UEM) están haciendo avanzar el proyecto de Unión Europea.

Nos enfrentamos, pues, con una doble exigencia —externa e interna— ante la que no caben vacilaciones. Políticamente puede haber alternativas diferentes, pero no irían en el sentido de la Historia. Eliminada hoy por todos la opción basada en la congelación del actual proceso comunitario, por lo que ello supondría de regreso al pasado, la única opción válida es la de la profundización y aceleración de la integración de acuerdo con los obje-

tivos que nos hemos marcado desde los Tratados fundacionales. Si la Historia se acelera, también nosotros debemos acelerar.

Hasta el presente, tanto en la preparación del Acta Única como en la elaboración de los trabajos sobre la U.E.M., la Comunidad ha optado siempre por una vía pragmática, pero la velocidad de los acontecimientos y la urgencia de respuestas coherentes obligan hoy a ser menos prudentes.

El método que a mi juicio ahora se impone ante el grado de compromiso que se exige a la Comunidad y ante el riesgo de quedar diluidos —aunque sólo fuera por la tentación de algunos países, atemorizados por la evolución del continente, de jugar una carta más nacional— es, a partir de la reflexión compartida, poder llegar a la elaboración de nuevos Tratados que recojan una arquitectura democrática y equilibrada de poderes y contrapoderes, con un armazón institucional a toda prueba.

Siguiendo esta línea, y fruto de la invitación que el Consejo Europeo de Madrid hizo a las instituciones para reflexionar sobre su participación futura en el proyecto de Unión Europea, el Parlamento Europeo en su resolución del 23 de Noviembre debatió y aprobó con amplia mayoría su postura de cara al futuro del avance comunitario, llegando a la conclusión de que la realización de la Unión Económica y Monetaria es imposible sin que a su vez se adopten las medidas necesarias para que las instituciones se adapten a las nuevas realidades políticas y económicas.

A partir de esta reflexión, hemos propuesto, conforme a las indicaciones del Informe MARTIN, aprobado en marzo, y en el marco de la celebración a finales de este año de la Conferencia Intergubernamental para la U.E.M., la convocatoria de

una Conferencia Interinstitucional Preparatoria con la participación de la Comisión, el Consejo y el Parlamento Europeo, que se celebrará probablemente el próximo 16 de mayo, con objeto de elaborar un marco de referencia para la reforma de los Tratados de cara a la Unión Europea.

Tanto la Comisión Europea como algunos Estados miembros han decidido ya su participación. El Consejo Europeo Extraordinario del próximo 28 de abril habrá de pronunciarse al respecto.

La Comunidad Europea y sus Estados miembros —individual y colectivamente— deben aprovechar esta ocasión para influir de manera eficaz y conforme a sus intereses en el curso de las cosas y en la futura arquitectura de la gran Europa. Se abre ahora un gran debate político al que debemos entrar sin temor.

Max GALLO

Los acontecimientos que, en pocas semanas, han conmovido a Europa central y oriental y que son, con sus particularidades nacionales, una prolongación de las transformaciones que se producen en la URSS desde 1984-1985, tienen una importancia histórica considerable. Marcan de forma espectacular y simbólica (el muro de Berlín) el principio de un nuevo período histórico. Señalan, con toda evidencia, que tras una larga fase de «glaciación», de inmovilismo —y de lentos avances en profundidad—, Europa central y oriental se ha vuelto a poner en movimiento. Los pueblos están en las calles y en las plazas.

Es 1789 y 1848 en 1989

Ello significa el fin del orden establecido en la posguerra, el fin de una Europa

dividida. Estos derrumbamientos políticos —y económicos— de los regímenes del «comunismo despótico» confirman el fracaso histórico de sistemas (políticos, económicos, sociales, culturales) nacidos a partir de 1917 y de 1944-45. Ya nada será como antes. Lo cual no quiere decir que la situación actual carezca de peligros.

Alemania, nación dividida en dos Estados, que participa de las dos Europas (oeste y Europa central y oriental), importante potencia económica, cortada en pleno corazón —Berlín— por la guerra fría, vuelve a ser claramente el nudo decisivo del reparto europeo. La reunificación alemana está inscrita en el futuro (Plan Kohl). Para los socialistas franceses — para Francia y para Europa— estos acontecimientos son decisivos. Un modelo se viene abajo: los Doce no son Europa sino una pequeña parte de Europa. Una ilusión supranacional desaparece: las naciones existen.

¿Cuál es el sentido del fracaso del despotismo comunista?

Hay un intento por demostrar que esta renovación de la Historia es de hecho el «fin de la Historia» (Francis Fukuyama, filósofo americano, lo afirma).

El «liberalismo» (el capitalismo) ha ganado gracias a sus valores y sistema de consumo. A partir de ese momento, lo que está en juego con relación a la historia es «menor» ya que el fracaso del comunismo despótico es algo reconocido. La Historia se reduce a la gestión y a partir de ahora se excluye cualquier problemática general.

Existe otra reflexión según la cual «la socialdemocracia» ha podido más que el comunismo (el Partido Comunista Húngaro cambia de nombre. Y el italiano a continuación).

Dos aclaraciones, importantes para la confrontación ideológica:

— el sistema capitalista —desde el momento que se examina a escala mundial— se encuentra marcado por el caos, la explotación, la injusticia, la desigualdad. En ningún caso es un modelo. Admitir el «fin de la Historia» es renunciar a transformarlo. El fracaso del comunismo despótico no puede permitir conducir al triunfo del capitalismo.

— La victoria de los «ideales» socialdemócratas —libertad, pluralismo, democracia, protección social— sobre los «medios» comunistas (dictadura, partido único, represión, terror, burocracia, penuria, etc.) es evidente. Pero si Pléjanov, Rosa Luxemburgo, Jaurès y Blum han tenido «razón» contra Lénin y Stalin, también querían «cambiar la sociedad», y con respecto a este punto sus herederos... tienen mucho que hacer.

Una vez precisado este marco ideológico, habría que reflexionar sobre las «razones» del fracaso del «despotismo comunista» y las enseñanzas que este fracaso aporta a los socialistas y sobre todo con respecto al papel del sentimiento nacional.

Los nuevos problemas que aparecen

Tres constataciones generales:

— los centros de poder se van a multiplicar en Europa;

— precisamente dentro del marco de las «naciones» —este marco que tan a menudo se nos ha presentado como obsoleto— se han producido estas transformaciones. Las naciones viven. Las identidades culturales nacionales son fuertes, tenaces;

— la Comunidad europea de los Doce —en tanto que comunidad que se consi-

dera «política»— no ha desempeñado ningún papel en el proceso de transformación en el Este. Pero cualquier *nación* europea —y en primer lugar Alemania— ha tenido su peso en esta evolución.

Los problemas principales (lista no exhaustiva):

— continuación de la evolución democrática en estos países (y en la URSS). ¿Cómo, bajo qué formas, con qué riesgos? ¿Qué fuerzas políticas? ¿Quiénes serán nuestros miembros asociados?

— ¿va a ser posible teniendo en cuenta que «la situación económica» no acompaña? (inflación y penuria en Polonia o la URSS; endeudamiento, etc.);

— la cuestión clave: reunificación de Alemania. Problema actual o muy lejano? Kohl quiere ir «deprisa». Y la RDA se desmorona más deprisa de lo que pensábamos;

— cuestión de «peso» de Alemania (con o sin reunificación formal). ¿Podemos formar una comunidad «integrada» y supranacional teniendo en el interior 80 millones de alemanes que representan el 50% de la riqueza europea?

— cuestión del lugar que ocupa la URSS en esta Europa: casa común de Gorbachov;

— cuestión de la garantía de las fronteras actuales (líneas Oder-Neisse, que evidentemente plantea la cuestión de la «paz» en Europa y de los esfuerzos necesarios para evitar la deriva y así los conflictos nacionalistas);

— cuestión de los pactos de alianza: pacto de Varsovia y tratado de la OTAN, pacto atlántico. ¿En qué se convertirá la OTAN? En la presencia militar norteamericana en Europa?

— ¿cómo hacer para que Europa... sea Europa (englobando a todas las naciones europeas democráticas)?

— pesos respectivos de Francia y Alemania, que ya no es un «enano político», aunque la reunificación formal se atrase

(derecho de los alemanes a la autodeterminación).

— ¿de qué manera puede influir Francia en la evolución de Europa?

— ¿existe el riesgo de que se vea sometida a un «leadership» alemán (económico y quizás mañana político)? Santo Imperio del capital y Europa alemana.

— ¿qué ocurre con la estrategia defensiva francesa?

Y más en general: ¿cuál puede ser el destino de la Europa de los Doce, ahora que están a punto de surgir nuevas naciones democráticas y que Alemania vuelve a ser Alemania? ¿Qué evolución: una aceleración de la construcción europea? ¿Una ampliación, hacia dónde? ¿Cómo?

Las perspectivas

La Comunidad de los Doce no puede resolver los problemas planteados. La Historia da la respuesta. Contrariamente a las declaraciones oficiales (Jacques Delors) «la Europa de los Doce es algo que no funciona». Lo que funciona es la libre circulación de capitales, la perspectiva de un mercado único, en resumen la «reestructuración de doce países bajo el peso de las transformaciones del capitalismo.

¿Dónde están las políticas comunes dentro del marco de los Doce? ¿Dónde está la Europa «social»?

La Europa de los Doce es la abdicación de lo «político» ante el mercado capitalista. Y así la sumisión de los menos fuertes a los más fuertes; es decir, a la Bundesbank. Pero, sobre todo, las transformaciones en el Este, que restituyen Europa a Europa, convierten en irrisoria cualquier idea de construcción política federal de Doce.

¿Cómo esta construcción (que no ha tenido lugar... durante treinta años) sería capaz de integrar a los nuevos Estados —si efectivamente son democráticos? ¿Cómo, sobre todo, «integrar» dentro de este marco la «cuestión alemana» que modifica, a partir del momento en que hay reunificación (formal o de hecho), todo el equilibrio de la Comunidad (ya coja debido a la potencia alemana)? ¿Cómo garantizar dentro de este marco —en el cual Alemania desempeñaría el papel dominante en todos los planos— las fronteras europeas? ¿De qué margen dispondría Francia para impulsar sus soluciones (aquéllas que desean democráticamente sus ciudadanos)?

La cuestión alemana, por sí sola, convierte en vanos todos los discursos sobre la aceleración de la construcción de los Doce, que se presenta como la respuesta a las revoluciones en Europa central y oriental. Es negar lo real —ya de hecho (plan Kohl, manifestaciones en favor de la reunificación en la RDA)— el hablar de «unión política» de Doce, mientras que el miembro principal —Alemania— está «en mutación». Con todos los problemas políticos, económicos, militares que ello plantea.

Entonces, ¿qué soluciones hay?

En primer lugar un principio: Europa, es la comunidad de naciones de Europa que se reconocen en los valores democráticos, partes constituyentes de la la Historia europea.

Luego, una constatación: «No se juega con las realidades nacionales ni con las identidades culturales, la Europa unida tendrá que acordarse de esta lección» (François Mitterrand —23/11/89— en *Paris-Match*).

Finalmente, tres orientaciones:

— el interés de todas las naciones y de todos los pueblos europeos (el interés del mundo) es el desarrollo económico y democrático de las naciones europeas y la

desaparición de las escandalosas desigualdades de nivel de vida entre naciones;

— la paz en Europa pasa por el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos (y así, del pueblo alemán) y por el respeto de las fronteras, garantizadas por los tratados;

— de esta Europa no se puede excluir a una nación que acepte los principios de la misma.

De ahí, algunas elecciones políticas y económicas:

1. El desarrollo de políticas comunes (tipo Eureka) entre las naciones europeas para tejer una «red» de *lazos* económicos, sociales, culturales que den cuenta de una de las realidades permanentes de la historia europea: la existencia de «redes» transnacionales en Europa. Ello concierne a todas las naciones europeas.

2. La Comunidad de los Doce sigue siendo un elemento —uno de los más ramificados de estas redes.

3. *Sin embargo, el mayor reto consiste en tomar una iniciativa política a la altura de las circunstancias.* Podría ser la apertura del Consejo de Europa (jefes de Estado de Gobierno) a todos los Estados europeos que corresponden a los criterios democráticos (pluralismo, política, elecciones libres).

Podría ser la apertura del Parlamento de los Doce a los mismos Estados. El Parlamento se convertiría así en el *auténtico* Parlamento europeo y la diversidad y la complementariedad europeas encontrarían en él su expresión.

El Consejo de Europa y el Parlamento europeo así reconstituídos representarían la *Comunidad de las Naciones de Europa*, y precisamente esta comunidad sería garante de las fronteras.

Esta perspectiva, paneuropea y confe-

deral, tiene en cuenta la realidad: la alemana, la de Europa central y oriental, la de las instituciones presentes de la CE.

La Comisión de Bruselas ya no sueña con ser un *ejecutivo*, ya que no es elegida ni responsable ante los parlamentos, sino un organismo de puesta en marcha y coordinación de las políticas comunes. El Consejo de Europa representa a la Comunidad de las naciones. Como el Parlamento europeo el lugar de debate entre los pueblos. Las revoluciones en Europa central y oriental obligan a la «apertura» en su dirección, y no, cualesquiera que sean los discursos, al cierre de los Doce. Imaginar que este «cierre» es el medio de «encerrar» a Alemania es la peor de las ilusiones. Ya nacido muerto después del discurso—plan de Kohl.— Equilibrar Europa —y así equilibrar el peso de Alemania— sólo se puede hacer abriendo, devolviendo a Europa a sí misma.

Francia, si quiere conservar la libertad de elegir sus orientaciones políticas, establecer lazos, *libremente*, con todas las naciones europeas —y con los países del Sur—, tendría que tomar la iniciativa de esta nueva perspectiva adaptada al nuevo período histórico que se inicia.

Enrique CURIEL

El hundimiento del modelo llamado del «socialismo real», el final de Yalta, el ocaso de la política de bloques y la superación de una concepción del mundo basada en la confrontación Este-Oeste, implica un cambio estratégico en la situación política mundial que nadie puede ignorar.

El liderazgo de las grandes potencias puede debilitarse y tienden a reaparecer los intereses específicos de un mundo

progresivamente regionalizado. Se ponen de manifiesto los intereses europeos y se extiende la convicción de que europeísmo no es exactamente atlantismo. En este contexto, la personalidad de Europa no depende de su configuración en un tercer bloque, sino que hemos de buscarla en el estímulo de un nuevo modelo de relaciones internacionales y de un diálogo Norte/Sur, fundado en la cooperación y en la superación progresiva de los actuales desequilibrios que caracterizan las relaciones entre el Primer y el Tercer Mundo. Se trata pues de europeizar Europa y de contribuir al diseño del mundo del siglo XXI.

No es casual que la nueva situación transcurra en torno a la propuesta lanzada por Gorbachov de construir una «casa común europea». ¿Cómo podemos ir creando esa realidad? Indudablemente, estableciendo ciertos principios compartidos para que la «casa común europea» se convierta en un hogar conjunto. El propio Brzezinski afirmaba, hace pocos meses, ante la Academia Diplomática Soviética, que «Europa es además, no sólo una realidad geográfica, sino también una realidad cultural y filosófica».

Pero la construcción de este hogar-casa común requerirá grandes cambios institucionales que nos deben servir para dibujar los planos de la nueva construcción. Tres son las cuestiones decisivas que resulta imprescindible abordar para que el proyecto resulte armónico y con los cimientos bien asentados.

En primer lugar, disponer de un modelo socioeconómico homogéneo que supere la actual contradicción entre mercado desregulado y economía planificada y centralizada. Ninguno de los dos sistemas resultan útiles para satisfacer las demandas del futuro. Caminamos hacia una economía mixta en la que la recuperación del *Welfare State* se constituye en referente

definitivo para todos los países europeos, desde el Atlántico a los Urales. Todo indica que superados el thatcherismo librecambista y la asfixia de la planificación burocrática, la referencia de la experiencia socialdemócrata se convierte, inexorablemente, en un punto de encuentro de las fuerzas progresistas europeas. La consolidación de la *perestroika* dependerá, entre otras cosas, de su capacidad para superar las dificultades que se derivan de transformar una economía centralizada y estatalizada en un sistema de mercado que funcione elementalmente. Gorbachov tiene ante sí la difícil tarea de demostrarle al pueblo soviético que el desarrollo de la *perestroika* traerá como consecuencia una elevación en la calidad de vida y un mayor nivel de consumo.

En segundo lugar, resulta necesario resolver los aspectos políticos de la «casa común», definiendo sus límites, estableciendo un amplio consenso en torno a la difícil cuestión de las fronteras y abordando una solución razonable a la difícil cuestión alemana que ha experimentado una gran aceleración tras los resultados electorales de la RDA.

A mi juicio, el proyecto europeo no puede nacer ni contra Bush ni contra Gorbachov. Por consiguiente, parece oportuno considerar que los límites de la «casa común» no se establecerán entre el Atlántico y los Urales, sino entre San Francisco y los Urales. La madurez del proceso europeo exige superar cualquier tentación antinorteamericana, siempre que ellos pierdan el temor a la «fortaleza europea». Tanto por razones comerciales, como políticas y militares difícilmente podríamos construir Europa «contra» los Estados Unidos.

Al tiempo, cabe reiterar que resultaría suicida aprovechar el fin de Yalta y la debilidad manifiesta de la Unión Soviética para «desestabilizar» a Gorbachov y

promover una revisión de las fronteras tal y como quedaron establecidas en 1945. Remover, en las presentes circunstancias, los viejos conflictos de los años treinta convertiría a Centroeuropa en un auténtico polvorín político. Un proceso de esas características podría significar una «balcanización» de la Europa central y, por consiguiente, pulverizar el proyecto de «casa común». En consecuencia, tanto el canciller Köhl como los conservadores de la RDA deben aceptar claramente como definitiva la frontera con Polonia. El nuevo orden político debería resolverse a través de una nueva Conferencia Europea de Seguridad, que reuniese a los 35 países que suscribieron el Acta Final de Helsinki.

Y, por último, las cuestiones de seguridad. El Pacto de Varsovia ha desaparecido. La OTAN requiere una profunda reconversión interna, es decir, convertirse en un foro político cediendo en sus aspectos militares. En este contexto, resulta del máximo interés la alusión realizada por Felipe González en el sentido de reflexionar sobre la elaboración de una «Carta de la Seguridad europea» que afronte la nueva situación. En este supuesto, la OTAN «renovada» podría convertirse en el foro de seguridad de la «casa común». En esas condiciones la Unión Soviética podría y debería participar en ese foro, lo cual sería la prueba definitiva de que en Europa comenzaba una nueva era política, bien alejada del drama de la posguerra.

Elena FLORES

El proceso de reforma y democratización en los países de la Europa central y del Este continúa avanzando a un ritmo vertiginoso. Apenas un semestre después de que contemplásemos absortos el espectacular derrumbamiento de los regímenes comunistas, aquellos que marcaron deci-

sivamente el devenir europeo durante más de cuatro décadas, se habrá completado un nuevo mapa político tras la celebración de elecciones pluralistas en todos los países inmersos en procesos de cambio. A grandes líneas, se puede afirmar que se habrá establecido una legitimación democrática para enfrentar una nueva y, sin duda, difícil etapa caracterizada por la imperiosa necesidad de transformación y reajuste de las distintas economías nacionales y la progresiva consolidación de los recién nacidos sistemas de libertades.

Del mismo modo, el primer semestre del año habrá servido también para distinguir con precisión los riesgos que, para el conjunto de Europa, se derivan de la referida evolución política y, al mismo tiempo, para definir las respuestas que, en especial desde el ámbito comunitario, se deben dar a los importantes retos que nos depara la última década del presente siglo.

Escribo estas líneas tan sólo unas horas después de haber concluido el Consejo Europeo Extraordinario de Jefes de Estado y de Gobierno celebrado en Dublín el 28 de abril donde, a mi juicio, la Comunidad Europea ha sentado las bases para dar solución a las incertidumbres en torno a su propio futuro provocadas por los acontecimientos registrados en la Europa central y del Este en general y, muy en particular, por el denominado proceso de la unificación alemana.

En efecto, la Comunidad Europea ha logrado en la citada reunión definir un modelo de relación estable con las nuevas democracias de la Europa oriental sobre el que habrá que descansar la cooperación política y económica a lo largo de los próximos años, precedente indispensable para dar satisfacción algún día a las aspiraciones de los distintos Estados a ingresar en el ámbito comunitario. Así pues, se han introducido los necesarios elementos de racionalidad política en un proceso

que deberá conducir a la plena unidad de Europa.

De otra parte, el proceso ya en marcha de la unificación de los dos Estados alemanes, que había provocado los mayores recelos e incertidumbres en torno a la suerte del proyecto de construcción política y económica de Europa, paradójicamente, se ha convertido en un factor dinamizador de la Unidad Europea. En este sentido, podemos concluir en que la velocidad adquirida por el proceso de unificación alemana ha obligado en alguna medida a los gobiernos comunitarios a superar o relegar inercias que obstaculizaban el ritmo de la integración europea y responder con agilidad a los retos que presentan las nuevas realidades. De algún modo, se puede afirmar que esta nueva realidad ha favorecido las posiciones de algunos gobiernos de la Comunidad, entre ellos el español, partidarios de una mayor aceleración en el proceso de la Unión Política Europea.

En el curso de los próximos meses, la Comunidad Europea tendrá que abordar el gigantesco esfuerzo que representa la transformación del conjunto de las relaciones entre los Estados miembros en el marco de la Unidad Europea. Sin embargo, entiendo que la reunión celebrada en el mes de abril en Dublín, ha servido fundamentalmente para que la Europa Comunitaria adopte un impulso decisivo para la construcción de su propio futuro unitario. Destacaría de manera sobresaliente que, en el citado encuentro, los gobiernos comunitarios se han marcado como objetivos inmediatos y prioritarios el reforzamiento de la legitimidad democrática de la Unión Política Europea, proceder a una reforma de las instituciones y la puesta en marcha de una política exterior y de seguridad común.

Si los años ochenta han estado marcados por la capacidad europea para poner

de manifiesto la viabilidad de una política que pudiera hacer frente a la crisis económica, desmintiendo así los más negros augurios que algunos pronosticaban acerca del futuro del continente, los noventa

nos aguardan sin duda repletos de dificultades pero también desde la lucidez y el compromiso imprescindibles para navegar con éxito por este apasionante período de nuestra historia.

Z O
N A

Justicia y libertad:
la posición del marxismo
analítico

Andrés de Francisco
Fernando Aguiar
Gerald A. Cohen
John Roemer
Jon Elster
Philippe van Parijs
Robert van der Veen
Allen Wood

51
52

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 17 (Primavera 1990)

José Andrés Rojo: Manotazos y burbujas. La década de los ochenta.

Ingo Kolboom: Ser alemán.

Karl Schlögel: Condiciones berlinesas.

Stefan Heym: Mi prima la bruja.

Friedrich Dieckmann: Fiesta de paz.

Juan Carlos Vidal: Invierno en Varsovia.

Leonardo Sciascia: El sicario y la señora.

Vincent Canby: Vivir sin enemigos.

Antonio Cisneros: El fin de la inocencia.

Percy Kemp: Los nuevos traidores de John Le Carré.

Eugenio Triás: La dialéctica del límite como doctrina de la verdad y el error.

Ursula K. Le Guin: La hija de la pescadora.

Dorothy Parker: El coste de la vida.

Lourdes Ortiz: Yo a las cabañas bajé.

Annie Dillard: La vida de la que escribe.

María Kodama: Leonor.

Ana Rossetti: Los atributos de la poesía.

Aliza Ezra: Poemas de agenda.

Eduardo Subirats: Antiarquitecturas.

Francisco F. Longoria: La reinención de la ciudad.

Vicente Verdú: Arquitectura y barbarie.

Jean Pierre Estrampes: La Exposición Internacional como utopía contemporánea.

Antonio Fernández-Alba: El espacio urbano como mediación simbólica.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario ó giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid



ACTUALIDAD

2

LA REVOLUCION EN LA EUROPA DEL ESTE

André GUNDER FRANK

El rumbo y la velocidad de los acontecimientos que tienen lugar en Europa oriental, que han sorprendido a todos, incluso a sus protagonistas, exigen con urgencia un reexamen doloroso. Es obvio que debemos examinar de nuevo varias teorías muy extendidas e ideologías muy arraigadas sobre el socialismo, pero también sobre la democracia /o la democracia social y el papel de los movimientos sociales en ambas. Además, tanto las causas como las consecuencias económicas de estos procesos sociopolíticos merecen más atención de la que suelen recibir con ocasión de su eufórico recibimiento, atención que la revolución de 1989 ha recibido hasta el momento.

Su análisis ofrece al menos doce lecciones importantes, cuyas palabras clave aparecen en negrita en las páginas que siguen. Confiamos en que también nos den ánimo para hacer afrontar la situación y actuar en el futuro.

1. *El papel de los movimientos sociales en la iniciación y desarrollo de estos acontecimientos quizá haya sido mayor que nunca hasta estos momentos. El papel de los movimientos sociales participativos en la transformación social exige una ree-*

El carácter pacífico de los movimientos sociales, y las transformaciones de 1989 en Europa oriental, merecen una atención especial.

valuación. En escritos anteriores sobre los movimientos sociales afirmábamos que los del Este tenían una base pluriclasista, pero se decía poco más salvo que su crecimiento era firme y rápido. La participación pluriclasista en los movimientos sociales parece haber continuado en el Este, mientras que en el Oeste quienes participan proceden de forma predominante de la clase media, en especial de la *intelligentsia* circunstancia que también se registra en los movimientos sociales del Sur, aunque su base procede fundamentalmente de las clases populares/ trabajadoras (Fuentes y Frank, 1989; Frank y Fuentes, 1990). En el Este, los dirigentes de los movimientos sociales también provienen de la *intelligentsia*, pero entre sus integrantes también parecen figurar personas de otros segmentos de las clases medias, así como una gran número de personas de la clase trabajadora. Como ocurre también en otros lugares, las mujeres intervienen de forma más masiva y en posiciones más importantes en estos nuevos movimientos sociales. Esta composición social de los movimientos también puede ayudar a explicar su carácter menos jerárquico y más antiautoritario que las instituciones más tradicionales cuyo poder y legitimidad han puesto en entredicho. Esta composición de los movimientos sociales en cuanto a clases y sexos, y su participación más allá de lo esperado en la transformación social de Europa oriental y algunas partes de la Unión Soviética, requiere ahora un nuevo análisis.

2. El carácter *pacífico* de los movimientos sociales, y las transformaciones políti-

cas trascendentales de 1989 en Europa oriental, merece una atención especial. Es decir, los propios movimientos fueron deliberadamente pacíficos, y la fuerza de las armas empleada para reprimirlos, con la excepción de Rumanía, fue escasa o nula. En ese país, la represión armada de la Securitate fue contrarrestada con éxito por el Ejército, que se puso de parte del pueblo en un (¿en gran medida espontáneo?) levantamiento. No sólo el papel del ejército, sino también la espontaneidad y lo imprevisto de este levantamiento popular en Rumanía, deberían distinguirse de los movimientos sociales de otros lugares de Europa del Este. Estos tenían unas raíces organizativas mucho más largas y profundas, más numerosas en las iglesias de Alemania oriental, en Carta 77 en Checoslovaquia, una multitud de movimientos pacifistas y ecologistas en Hungría, y desde luego Solidarnosc y la iglesia católica en Polonia. Bulgaria estaba quizá entre estos países, y Rumanía. En las partes rusas de la Unión Soviética, los movimientos sociales y una multiplicidad de «clubs» también han desempeñado papeles importantes en el fomento de la *perestroika* y la *glasnost*. En efecto, para permitir el avance de «su» *perestroika* y «su» *glasnost*, el secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov, ha tenido que apelar, sin contar con su partido, a la movilización en movimientos sociales de personas tanto pertenecientes al partido como ajenas a él. La eficacia de todos estos (tipos diferentes de) movimientos sociales pacíficos en el fomento de la transformación social requiere un nuevo examen.

3. La petición de *democracia* ha sido y es tan profunda y de tal trascendencia que ha ampliado incluso el significado de la democracia. Debemos ir más allá de la democracia política parlamentaria y de economía estatal para incluir también la «democracia civil» en la sociedad civil. Es decir, la participación y las reivindicacio-

nes democráticas incluyen los límites institucionales de la democracia parlamentaria *política* y de la democracia económica, pero también van mucho más allá de ellos; por ejemplo, mediante el rechazo de la corrupción y los privilegios de la *nomenclatura*. La democracia participativa y la participación democrática en la calle y a nivel local se expresan por medio de un sinfín de otras formas institucionales (por ejemplo, la iglesia), más y menos organizadas, e incluso espontáneas y sometidas a rápida transformación. Nuestra interpretación de la democracia, por tanto, también requiere una revisión y ampliación.

4. El papel de la *política de partidos* pierde importancia, al menos relativamente, merced a estos movimientos sociales pacíficos y su petición de democracia. Muchos movimientos y sus integrantes rechazan y/o redefinen la dependencia exclusiva o primordial de la política de partidos. No sólo movilizan y organizan a la gente y sus reivindicaciones también mediante otras formas institucionales y de movilización. Los movimientos también son conscientes y explícitamente «antipartidistas». Naturalmente, están en contra sobre todo del Partido Comunista, pero también rechazan (convertirse en) cualquier otro partido. Varios movimientos sociales rechaz(aro)n transformarse en partidos políticos una vez alcanzados sus objetivos inmediatos de liberación. En una reunión nacional de activistas del Neues Forum de Alemania oriental, el 80% de los presentes se mostraron contrarios a transformar el movimiento en partido para las próximas elecciones nacionales. El Foro Cívico de Checoslovaquia tiene una «organización no estructurada» sin «plan rector ni reglamentos, y su estrategia no la redactan asesores a sueldo» (*New York Times /International Herald Tribune*, 7 de diciembre de 1989). Un fundador de la Alternativa de Izquierda de Hungría declara que ésta es «una tenden-

cia teórica, no un partido. Por el contrario, es una organización antipartidista que procede de la base de la sociedad» (*International Viewpoint*, 11 de diciembre de 1989, p. 13).

Sin embargo, entre los integrantes de los movimientos figuran personas que estuvieron o están todavía en partidos (incluso comunistas); y los movimientos cuentan con que algunos de sus integrantes participen activamente en los nuevos partidos, aunque a título individual. Se ha luchado demasiado por la independencia organizativa de los movimientos como movimientos, que es demasiado preciosa para sacrificarla sin más a las exigencias y urgencias de los partidos. Por el contrario, los movimientos son muy conscientes de la contribución que deben y no tienen por menos que hacer a la democracia como *movimientos sociales*, y no en cuanto —o, al menos, además de la que realicen como— partidos políticos.

5. *El nacionalismo y la etnicidad* también han sido elementos integrantes de todos los movimientos sociales de Europa oriental. El nacionalismo (aunque sea sólo contra «los rusos») y las cuestiones étnicas ayudaron a movilizar a la gente hacia y en todos estos movimientos sociales y luego a definir algunas de sus reivindicaciones. En las repúblicas bálticas de la URSS, el nacionalismo es quizá la fuerza más importante en y de los movimientos sociales y sus reivindicaciones. Otras diferencias y reivindicaciones de carácter étnico, nacional y religioso están movili-

La petición de democracia ha sido y es tan profunda y de tal trascendencia que ha ampliado incluso el significado de la democracia.

zando a los pueblos contra el poder soviético y contra otros pueblos en movimientos étnicos/nacionalistas (¿sociales?) en la región transcaucásica y en el Asia central soviéticas. Naturalmente, cada uno de estos movimientos es tan diferente de los demás como lo son cada etnicidad y nación, y sus circunstancias son únicas. Por otra parte, las reivindicaciones étnicas y nacionalistas del momento están muy influenciadas por la clase más o menos privilegiada o desfavorecida y la posición geo/político/económica de dominación o subordinación de cada grupo, y *por los cambios recientes en estos factores*, como veremos más adelante. Muchos de los grupos más nacionalistas y de base étnica incluyen o incluso conceden un carácter prioritario a la reivindicación de un Estado «nacional». Estas reivindicaciones también los distinguen de otros movimientos sociales que no aspiran al poder del Estado, como también veremos más adelante.

6. El problema del *poder del Estado* plantea un desafío difícil y en parte inédito para los movimientos sociales y su relación con los partidos políticos y el Estado. Las revoluciones de 1989 en Europa oriental fueron obra en gran medida de movimientos sociales pacíficos que pretendían y lograron la caída de gobiernos y el desmoronamiento del poder del Estado, al que en su mayor parte no deseaban sustituir. Ante los vacíos de poder político del Estado, los movimientos sociales de Europa del Este se han visto «obligados» a (re)organizarse para ejercer el poder del Estado. Lech Walesa declaró

El papel de la política de partidos pierde importancia merced a estos movimientos sociales pacíficos y su petición de democracia.

que el mayor error de la historia de Solidarnosc había sido hacerse cargo del poder en Polonia; pero «no tenía elección», afirmó. El Neues Forum de Alemania oriental y el Foro Cívico de Checoslovaquia se resisten a convertirse en partidos, pero tienen que intervenir de todos modos en la reconstrucción y dirección del Estado. Parte de los integrantes de los movimientos sociales deben adoptar una especie de «doble militancia», una en el movimiento u otra en un partido político. El destacado disidente checo Vaclav Havel se ha convertido en presidente del Estado.

En efecto, el problema político más urgente después de la liberación suele presentarse de esta forma: ¿qué hacer con respecto al Estado? Tanto en el país en cuestión como en el extranjero, es común la preocupación de que el Estado se está desmoronando en Alemania oriental, que esto ha ocurrido ya en Rumanía y que, Dios no lo permita, amenaza con ocurrir en la URSS armada hasta los dientes con armas nucleares. ¿Quién será «responsable» de manejar el interruptor nuclear en la superpotencia ya no responsable o, incluso, quién mantendrá el «orden público» en las calles de Berlín oriental y Bucarest? El miedo por la estabilidad se expresa en el extranjero (para Berlín oriental, en el extranjero se ha propuesto como «solución» el control de las Cuatro Potencias, mientras que para Moscú la única que se ofrece es rezar por Gorbachov). En el interior de estos países, sin embargo, el dilema se presenta en términos más prácticos. Si «nosotros» no actuamos para asumir posiciones de poder o al menos para apoyar a nuestros aliados que tienen o desean algunas, los otros lo harán y/o apoyarán a nuestros enemigos. Así pues, liberación o no, los movimientos sociales «liberadores» están más obligados, de un modo u otro, a adaptarse a las instituciones (estatales) existentes que a reformarlas. La esperanza de más democracia civil

reside en que los nuevos movimientos sociales sustituyan a los viejos que sucumban a las instituciones existentes y a su propia institucionalización por ellas.

La institucionalización de los movimientos para convertirlos en partidos y en poder del Estado no es, por supuesto, nada nuevo en otras latitudes. Muchos partidos políticos comenzaron como movimientos sociales, y algunos terminaron gestionando el Estado o no distinguiéndose de él. El todopoderoso Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, ya con sesenta años de vida, incluso incorpora esta transición a su nombre. En realidad, también podría decirse que algunos partidos comunistas de Europa oriental y la URSS y otros países comenzaron su vida como movimientos sociales, aunque en mayor proporción conducidos por la «vieja» pequeña burguesía que por la «clase trabajadora». Aun así, ellos o sus «líderes» terminaron diciendo *l'état c'est moi*.

El conflicto entre «fundi» (fundamentalismo en los objetivos y procedimientos como *movimiento*) y «realo» (realismo en la organización y los compromisos con la organización del Estado como partido), que está dividiendo al Movimiento/Partido Verde de Alemania occidental, también se ha extendido a las circunstancias externas (y quizá internas) de los movimientos sociales de Europa oriental. Por consiguiente, las exigencias económicas, políticas y de otra índole pueden traer o llevar a los movimientos sociales de Europa oriental en la dirección del poder del Estado (y los compromisos de principio así como el coste político del fracaso ante la inexistencia de posibilidades en la esfera económica u otras). En Polonia, Solidarnosc tiene que hacer tragar a sus miembros la amarga medicina y el tratamiento de choque del FMI. Sin embargo, los movimientos nacionalistas y algunos de base étnica suelen aspirar a un poder estatal

***Los movimientos sociales
de Europa del Este se
han visto obligados a
organizarse para ejercer el
poder del Estado.***

nacional/étnico e «independiente» propio y/o pretenden compartirlo en su Estado vecino étnico, al que desean unirse. Casi ninguno de ellos parece tener en cuenta su propia debilidad para hacer frente y para resolver la misma crisis económica que dio origen a sus movimientos y los sigue impulsando en primer lugar.

7. La crisis económica se ha ampliado y profundizado en Europa oriental y la URSS. La crisis económica y los factores económicos asociados han contribuido decisivamente al deseo y la capacidad de estos movimientos sociales (y también étnico/nacionalistas) para movilizar a tanta gente en esta ocasión con fines políticos de tal trascendencia. La década de 1980, que en realidad comenzó a mediados de la anterior, recibe ahora el nombre de «periodo de estancamiento» en la URSS y ha generado la aceleración de la crisis económica y el deterioro absoluto de los niveles de vida de la mayor parte de Europa oriental (al igual que en América Latina, África y algunas otras partes del mundo; véase Frank, 1988). Resulta significativo el hecho de que, sobre todo en Europa Oriental, este periodo también haya representado un deterioro y un retroceso importantes en su posición competitiva y en sus niveles de vida *relativos* comparados con Europa occidental e incluso con los países de reciente industrialización (PRI) de Asia oriental. Por otra parte, la trayectoria y la (mala) gestión de la crisis económica generaron cambios en las posiciones de dominación o privilegio y de dependencia o explotación *entre países, sectores y diferentes grupos sociales (in-*

La institucionalización de los movimientos para convertirlos en partidos y en poder del Estado no es nada nuevo en otras latitudes.

cluidos los basados en el sexo) y étnicos dentro de la URSS y Europa oriental. Todos estos cambios y presiones de carácter económico generaron o fomentaron el descontento, las reivindicaciones y la movilización sociales, que se expresan por medio de activos movimientos sociales (y étnico/nacionalistas) que presentan diversas semejanzas y diferencias entre sí. Es bien sabido que el resentimiento basado en aspectos económicos se aviva con la pérdida de los niveles de vida absolutos «acostumbrados» en conjunto o en puntos concretos y con los cambios relativos asociados en el bienestar económico entre los grupos de población. La mayor parte de las crisis económicas están generando una polarización: enriqueciendo más, en términos relativos cuando no absolutos, a los ricos, y empobreciendo más, tanto relativa como absolutamente, a quienes ya tenían menos, incluyendo especialmente a las mujeres.

Estos cambios también pueden generar resentimientos y movilización en *ambos* grupos. Los menos privilegiados se movilizan para defender sus medios de vida y el deterioro de éstos por «el sistema» y por quienes se benefician de él a través de la corrupción o de otro modo. Entre los grupos étnicos identificables figuran los turcos en Bulgaria, los húngaros en Rumanía, los zíngaros y otros en Hungría, los albaneses en Servia, los serbios en Yugoslavia, los bohemios en Checoslovaquia, los azerbaiyanos y un sinfín de grupos más en la URSS, que entre otros problemas han sufrido recientemente la plaga del desempleo masivo. Sin embargo, los más privi-

legiados también adquieren resentimientos contra el «sistema», que obliga a los más ricos a «sostener» o «subvencionar» a su «costa» a sus «inútiles» y «gandules» vecinos más pobres. Además, estos grupos más privilegiados ven un porvenir más halagüeño incluso para ellos al otro lado de alguna frontera socialista/capitalista o de otra naturaleza. Entre estos figuran muchos rusos, armenios y otros en la URSS y especialmente los estonios, letones y lituanos. También se incluyen los eslovenos y, en menor grado, los croatas en Yugoslavia, y naturalmente muchos alemanes de la RDA, que tienen vueltos los ojos e incluso pies hacia el imán del Oeste. Privilegiados o desposeídos donde ahora se encuentran, miles de ciudadanos de «etnia alemana» de la URSS, Polonia y Rumanía descubren de pronto su secular y sincero sentimiento de germanidad y su deseo de compartir el milagro alemán en la República Federal. La población en general, por encima de sus particulares/particularistas grupos étnicos, nacionales y de otra índole también se moviliza, o al menos está más dispuesta a movilizarse, en apoyo de reivindicaciones que forja a partir de un número cada vez mayor de resentimientos basados en aspectos económicos. Sin embargo, estas reivindicaciones se politizan fácilmente para llegar hasta el ejercicio participativo de la democracia económica, política y civil, extenderse y encontrar su expresión en él, por no hablar (de nuevo) de las reivindicaciones étnicas y nacionalistas en las que pueden reformularse con facilidad. Estos resentimientos presentes en toda Europa del Este y la URSS, que han aumentado recientemente, de carácter económico o basados en lo económico, son indudablemente un factor primordial en el nacimiento (y explicación) de la movilización popular generalizada a través de los movimientos sociales (y étnico/nacionalistas) aquí y ahora.

8. Sin embargo, *los cambios estratégicos y*

políticos han propiciado nuevas circunstancias mundiales y regionales que también han ayudado a los movimientos sociales a ponerse en marcha, avanzar y triunfar hasta el momento en su movilización social y sus reivindicaciones políticas. De especial importancia en Europa oriental ha sido la supresión de la doctrina Brezhnev. De hecho, quizá Gorbachov haya dado la vuelta a la doctrina Brezhnev para presionar a favor del cambio político y económico en Europa oriental. Por ejemplo, el ministro de Exteriores de Hungría consultó con el embajador soviético y recibió su gesto de aprobación antes de abrir la frontera con Austria, lo cual abrió las compuertas que comunicaban con Alemania Oriental. Durante su visita a este país, Gorbachov estampó literalmente el beso de la muerte en la mejilla de Erich Honecker y después advirtió que no se admitiría la represión armada de la concentración del 9 de octubre en Leipzig (algunos informes afirman que incluso amenazó con situar las tropas soviéticas estacionadas en la zona entre los manifestantes y cualquier amenaza de ataque del Estado alemán oriental contra ellos).

En la propia Unión Soviética, naturalmente, la *perestroika* y la *glasnost* han preparado el terreno para la movilización de los movimientos sociales (y étnico/nacionalistas); y éstos, por su parte, son a la vez un factor de movilización necesario para fomentar la *perestroika* y la *glasnost* y una amenaza para ellas si «se desmandan». Polonia y China ya han demostrado que una reestructuración económica al modo de la *perestroika* está sometida a graves limitaciones y puede que sea contraproducente sin una reforma política en forma de *glasnost*. En cambio, el ejemplo de Hungría ha demostrado, al menos hasta el momento, que pueden y deben ir unidas. De hecho, quizá teniendo en cuenta esta experiencia de otros países, el propio Gorbachov ha aclarado cómo la *glasnost* es una condición *sine qua non* para el éxito

de la *perestroika* en la URSS. Y el éxito de la *perestroika* es una condición *sine qua non* para que la Unión Soviética mantenga cualquier tipo de poderío, y más aún la categoría de «superpotencia», en la competitiva economía política mundial. Por lo tanto, y quizá paradójicamente, la abrogación política de la doctrina Brezhnev y cierta «liberación» de la URSS de sus responsabilidades económicas en Europa oriental también son imperativos políticos y económicos para el mantenimiento de la seguridad estratégica y el fomento del desarrollo económico en la Unión Soviética en la actualidad.

En resumen, estos cambios políticos y estratégicos son un importante factor coadyuvante, condicionante y permisivo para la movilización y el éxito de todos estos movimientos sociales hasta el momento. Además, la crisis económica mundial y sus manifestaciones concretas en la URSS y Europa oriental son factores directamente coadyuvantes, ya que generan resentimientos basados en aspectos económicos, y también indirectamente a través de los imperativos económicos que plantean para los cambios políticos, que hacen posibles estos movimientos sociales y su éxito relativo hasta el momento. Naturalmente, la importancia de estas circunstancias económicas, políticas y estratégicas pide un mayor esclarecimiento.

9. *La euforia de los primeros momentos enmascara algunas realidades amargas.* La euforia del éxito democrático y la luna de miel de la liberación han relegado todos

La crisis económica ha contribuido decisivamente al deseo y la capacidad de estos movimientos sociales para movilizar a tanta gente.

estos procesos económicos y los problemas de polarización al último furgón de equipajes del tren expreso popular. Su locomotora parece funcionar sólo con vapor político, y está alimentada o incluso impulsada por los movimientos sociales de (o provenientes de) los rebosantes vagones de pasajeros. La prensa en particular, y más aún en Occidente, describe todo el proceso como un jubiloso paseo hacia la libertad y la democracia. Y así es, sin duda, pero no sólo eso. La estructura, el proceso y los problemas económicos no se transforman sólo con la euforia política.

La amarga realidad de la agudización de las privaciones económicas se graba a diario en la población: en gran medida en Polonia y buena parte de Yugoslavia; también, aunque en menor grado, en Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Alemania oriental; y cada día mucho más en la URSS. Rumanía disfruta únicamente de un respiro temporal en la devastación causada por las exportaciones de productos alimenticios, pero los demás problemas seguirán en breve. Tal vez sean pocas las personas de estos países que conozcan, o se molesten en evaluar, la importancia de la realidad económica subyacente que orienta el rumbo de este tren político del mismo modo que las vías y las agujas del ferrocarril, así como la infraestructura sobre la que se apoyan, dirigen o al menos limitan el movimiento del tren.

No obstante, hay mucha gente que conoce perfectamente los procesos y conse-

El éxito de la perestroika es condición para que la URSS mantenga su poderío en la economía política mundial.

cuencias económicas que acompañan a los cambios políticos provocados por estos movimientos sociales. Ya en Polonia, y amenazadoramente en otros países, parece como si el voluminoso equipaje económico se moviese implacablemente hacia adelante a través del tren, desplazando a su paso a un número cada vez mayor de pasajeros de los movimientos sociales. En consecuencia, la ira de los pasajeros se desplaza cada vez más de la opresión política a la privación económica. La ira de los pasajeros también se desvía hacia los demás, contra los pasajeros y vagones más privilegiados que viajan más en cabeza (y de ellos contra quienes viajan en cola, que sólo son un «peso inútil» que arrastrar), y de casi todos los pasajeros y los ferroviarios contra la locomotora, los jefes de estación y quizá contra toda la red de ferrocarriles. Naturalmente, y con razón, todos los pasajeros insistirán en utilizar la democracia recién conquistada y los movimientos sociales asociados para expresar su opinión sobre estas cuestiones de vital interés. Puede que muchos pasajeros pronto deseen prestar un nuevo apoyo (de los movimientos sociales) a algún maquinista novato y populista que les prometa la liberación definitiva, sobre todo de los demás pasajeros no deseados. El dirigente serbio Milosevic y su apoyo brindan un ejemplo ya suficientemente aterrador. Es muy posible que los vagones nacional(istas) se desenganchen pronto del tren en Yugoslavia, la URSS y quizá en otros países. Puede que los vagones de cabeza de las repúblicas bálticas, Eslovenia y Alemania oriental encuentren acomplamientos más suaves o más firmes a otras locomotoras que sigan direcciones más occidentales. Resulta más difícil decir de qué vías políticas y económicas alternativas, en su caso, o de qué apartaderos más apropiados pueden disponer los vagones situados más en cola.

Así pues, los mismos movimientos sociales, que primero actuaron como instru-

mentos de la liberación, podrían poner en peligro después los mismos procesos democráticos que pusieron en marcha. En efecto, en plena crisis económica y política los movimientos sociales derivados o de otra naturaleza podrían convertirse en instrumentos de las disensiones y rivalidades étnicas, nacionalistas y de clase con imprevisibles consecuencias, lo que podría incluir reacciones populistas dictatoriales contra la democracia recién conquistada.

10. Tal vez sea acertado establecer *una comparación histórica* entre las revoluciones y sus movimientos sociales (pero no nacionalistas) de 1789, 1848, 1917, 1968 y 1989 (y algunas reflexiones comparativas sobre el lugar y el papel de Rusia). Con ello podremos situar la revolución de 1989 en cierto contexto histórico, en lugar de concluir aquí este análisis de un proceso todavía en marcha en Europa oriental y la URSS. La revolución de 1789 fue pacífica en sus comienzos, pero se convirtió en violenta y en contrarrevolución después de tomar el poder del Estado. Fue una revolución «burguesa» que preparó el terreno para más capitalismo, pero no fue contra el «feudalismo». (En sus secuelas, en el lado ganador de las guerras napoleónicas y en Viena, Rusia se convirtió en potencia europea). Las revoluciones de 1848 fueron asaltos pacíficos y violentos al poder del Estado, pero todas ellas fueron violentamente reprimidas y condenadas al fracaso. Así pues, estas revoluciones no consiguieron imponer los principios burgueses liberales sobre los conservadores de inmediato, aunque en todo caso muchas de sus mismas políticas fueron adoptadas más tarde, gracias en parte, sin embargo, a los movimientos sociales dirigidos por la clase trabajadora. (Rusia volvió a perder influencia en Europa central ante la unificación y el desarrollo económico de Alemania. Después de perder la guerra de Crimea, el zar Alejandro II liberó a los siervos e introdujo su *peres-*

Hay mucha gente que conoce perfectamente los procesos y consecuencias económicas que acompañan a los cambios políticos provocados por estos movimientos sociales.

troika y su *glasnost*, con ciertos aunque insuficientes resultados).

En 1917, la revolución comenzó de forma fundamentalmente pacífica en febrero y recurrió a más fuerza para hacer pasar el poder del Estado de los zares al gobierno de Kerenski. En octubre/noviembre de 1917, el objetivo inicial era ejercer una amenaza pacífica para influir en el gobierno del momento; pero el proceso revolucionario se aceleró hasta convertirse en un asalto armado al poder del Estado. Tuvo éxito, pero condujo a la guerra civil y posteriormente al poder del Partido Comunista soviético. Los movimientos (sociales) de la clase trabajadora fracasaron en todas partes en la Europa de posguerra, e incluso en Rusia los trabajadores constituían un exiguo porcentaje de las fuerzas revolucionarias, proporción que se redujo aún al ser diezmados en la guerra civil. (Todavía durante la primera guerra mundial, Lenin había firmado la paz de forma separada en Brest—Litovsk y perdió la parte del botín de los vencedores que correspondía a Rusia (ahora soviética). Sin embargo, como triunfadora en el lado vencedor de la segunda guerra mundial y en Yalta y Potsdam, la Rusia soviética asumió y se le concedió un papel dominante en Europa central (ahora «oriental») y pronto la categoría de superpotencia en el mundo).

Las «revoluciones» de 1968 fueron movimientos sociales en gran medida pacíficos, que a menudo fueron reprimidos por la fuerza de las armas aunque ninguno aspiraba a conseguir el poder del Estado

El fracaso más determinante del (no)socialismo real ha sido su fracaso para competir bien en el terreno económico con Occidente.

ni lo ponía seriamente en peligro. Una característica distintiva concreta de los «nuevos» movimientos sociales era que *no* estaban dirigidos por la clase obrera ni tenían su base en ella. Por el contrario, 1968 representa el reconocimiento de que los movimientos sociales deben ir y apelar mucho más allá de las clases trabajadoras «tradicionales» (industriales) y su partido comunista y/o sus dirigentes sindicales. La Primavera de Praga, si puede incluirse entre los «movimientos» de 1968, preveía la transformación pacífica del poder dentro del aparato estatal existente, pero fue anulada mediante la invasión militar del ejército soviético. La ofensiva del Tet de 1968 en Vietnam fue, naturalmente, otra cuestión. (El poder soviético fue puesto en duda aquí y allí, pero sobrevivió).

Las revoluciones de 1989 comenzaron pacíficamente como movimientos sociales extendidos y profundos. De modo más rápido y en mayor medida de lo que sus protagonistas esperaban, consiguieron poner en marcha la democracia civil en la sociedad civil para lograr la liberación política. Por último, la teoría del dominó, que ya se temió en ocasiones anteriores pero que siguió siendo inoperante, funcionó esta vez, aunque de forma bastante inesperada. Y fue así en parte porque los movimientos sociales no sufrieron la represión armada, nacional o extranjera (excepto en la más «independiente» Rumanía, donde sin embargo el ejército cambió para apoyar y proteger el levantamiento popular). Esta resistencia general-

mente suave del poder estuvo condicionada, naturalmente, por los cambios experimentados en las circunstancias y la política de la URSS. El derrumbamiento de las altas esferas, en algunos casos, ante estos movimientos casi deshizo después el poder del Estado y las instituciones que «garantizan el orden público», tanto que incluso algunos comentaristas de Occidente se alarmaron. Quizá esta alarma refleje la incapacidad (o esperemos que sólo sea un retraso) para comprender la reformulación *de facto* y la extensión trascendentales del proceso democrático cuando, parafraseando a Abraham Lincoln, se extiende «por, de y para el pueblo» más allá de la democracia política parlamentaria hasta la democracia civil en la sociedad civil. Al mismo tiempo, las estructuras y procesos económicos que subyacen en estas transformaciones socioeconómicas tampoco han recibido la atención que su importancia merece. Sin embargo, los duros reveses de la vida económica continúan amenazando con desviar, aunque confiemos que no con invertir, estos movimientos sociales y procesos políticos en direcciones peligrosas. Si, al igual que 1789, 1989 pasará a la historia como un año de revolución, ¿qué se augura para 1990 y su década? ¿También analogías con la década de 1790? No nos gustaría prever ahora si todavía puede haber en perspectiva algún Termidor ni cuándo y, en caso afirmativo, de qué naturaleza. (A partir del fracaso militar en Afganistán, ¿otra guerra de Crimea? El alcance «imperial» de la URSS está sometido a un efectivo desafío político debido principalmente al fracaso económico, y la «Unión» puede disolverse efectivamente. Puede que Rusia, siga siendo «soviética» o no, quede por ello relativamente debilitada pero quizá absolutamente revitalizada y fortalecida. Sobre la diversidad de movimientos sociales y su historia en los siglos XIX y XX, véase Samir Amin, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, 1990. Sobre la reu-

nificación de Europa oriental-occidental, véase Frank, 1983/1984).

11. El *socialismo real* ha sufrido grandes transformaciones merced a estos acontecimientos y también exige un nuevo examen. Al explicar estos acontecimientos y transformaciones, el fracaso más determinante del (no)socialismo real de Europa oriental y la URSS ha sido su fracaso para competir bien en el terreno económico con Occidente. Es bien sabido que las economías de planificación centralizada lograron éxitos relativos forzando el crecimiento absoluto (movilizando más insumos para conseguir más producción de máquinas de embutidos, si no de embutidos). La industria pesada, y en algunos países la agricultura industrial a gran escala, prosperaron. Los servicios sociales se proporcionaban y estaban asegurados, pero no los servicios individuales. Se ha hecho igualmente evidente que estas economías inflexibles no fueron capaces de fomentar un crecimiento intensivo (haciendo más productivas las máquinas de embutidos y produciendo artículos cada vez más variados con menos insumos). Ha sido precisamente durante la reciente revolución tecnológica, y en particular la informatización, en Occidente y desde luego también en los PRI del este de Asia, cuando las economías centralizadas de la URSS y Europa oriental no han podido mantener el ritmo. Por el contrario, como ya se ha observado más arriba, han perdido terreno tanto en términos absolutos como relativos. Este ha sido el punto de partida más determinante de estos movimientos y revoluciones sociales. Además, como fracaso económico, el socialismo ha resultado ser rival para el nacionalismo. Primero el nacionalismo yugoslavo y húngaro, y sobre todo el polaco, y ahora el nacionalismo y la etnicidad en las repúblicas bálticas, la región transcaucásica, Asia central, Ucrania y otros lugares de Europa oriental ponen en cuestión el orden político y económico y reivindican la

autodeterminación democrática. Porque con el éxito económico no se habrían desarrollado ni estos movimientos sociales y nacionalistas ni *esta* (clase de) exigencia de democracia, ni mucho menos *esta* tendencia a la mercantilización de las economías.

Estas observaciones sobre Europa oriental, sin embargo, exigen abrir un paréntesis para dirigir un breve vistazo comparativo a otras regiones del mundo. Merece la pena señalar que las economías de toda África, la mayor parte de América Latina y algunas zonas de Asia han sufrido recientemente el mismo fracaso competitivo, como han puesto de manifiesto la desastrosa caída de los niveles de vida absolutos y la marginación relativa de la economía mundial. Muchas de ellas más incluso que la mayoría de las economías de Europa oriental. Quizá Polonia, Rumanía, Bolivia, Argentina, tal vez Birmania y buena parte de África ocupan los primeros lugares de la lista de caídas más graves. En muchos de estos países no pertenecientes a Europa oriental también se han desarrollado movimientos sociales, pero en *ninguno* de ellos con resultados semejantes o ni siquiera con objetivos tan trascendentales. En África se han registrado giros considerables en la orientación política y económica en forma de distanciamientos de la socialización y del Este y en apoyo de la independencia étnica y nacional en el interior, pero ningún cambio espectacular. En América Latina se ha registrado un retorno a la democracia política, pero sólo marginalmente ha

Los mismos movimientos sociales que actuaron como instrumentos de liberación podrían poner en peligro los procesos democráticos que pusieron en marcha.

sido conducido por los numerosos movimientos sociales que allí existen, pese a la afirmaciones de algunos en sentido contrario. El proceso de democratización más espectacular, el de Argentina, fue mucho menos el resultado del movimiento pro derechos humanos de las Madres de Plaza de Mayo y otros que de la derrota de las fuerzas militares argentinas por las de Gran Bretaña (con la ayuda militar de los Estados Unidos y el respaldo político de todo Occidente). En Birmania, el movimiento social fue reprimido por la fuerza de las armas. En una medida u otra, así ocurrió en muchos países más, desde Chile hasta México, Jamaica, Gabón y Sri Lanka. Los movimientos sociales de cualquiera de estos países que hubieran tenido la fuerza y supuesto la amenaza que los de Europa oriental habrían sido bañados en sangre.

Una significación semejante reviste el hecho de que en ninguno de estos otros países se haya intentado seriamente, y mucho menos logrado, sustituir la organización o el sistema económicos evidentemente fracasados por otros radicalmente distintos, y mucho menos sustituir el fracaso del capitalismo por el socialismo. Por el contrario, en lo que se refiere a la organización económica se ha producido un giro a la derecha hacia la mercantilización («privatización») en todas partes. Además, el fracaso del «socialismo» en Europa oriental no puede sino acelerar la privatización y la mercantilización en otros países, sin importar cuál haya sido en ellos el coste social del capitalismo

La resistencia generalmente suave del poder estuvo condicionada por los cambios experimentados en las circunstancias y la política de la URSS.

incontrolado. Ninguno de los nuevos regímenes democráticos de América Latina se propone reformar, y mucho menos invertir, «el crecimiento impulsado por las exportaciones» (ya sea el crecimiento absoluto como en Chile, o el retroceso absoluto como en Argentina). Por el contrario, nuevamente, la propia apertura democrática está amenazada por las medidas económicas represivas que los gobiernos democráticos se ven obligados a imponer (en no pocos casos debido a la intervención del FMI) a su población.

En realidad, la única excepción notable a *todas* estas experiencias ha sido la de Irán. En ese país, el régimen del Sha, armado hasta los dientes, se desintegró cuando su Palacio de Invierno fue asaltado y tomado por una muchedumbre pacífica y desarmada que asumió el papel de vanguardia de un profundo movimiento social. Sin embargo, el movimiento estaba dirigido por un líder religioso fundamentalista exiliado, el ayatolá Jomeini, que regresó en triunfo a su país y encauzó este movimiento social impulsado por la religión hacia la construcción de un Estado teocrático islámico chiíta. Ese Estado renunció y denunció por igual a los satanes del comunismo soviético y el imperialismo de los EE UU y, con un enorme sacrificio para su población, libró durante diez años una guerra contra sus vecinos islámicos sunitas de Irak (que ambos Estados financiaron con sus ventas de petróleo en el mercado mundial).

Así pues, el fracaso de las economías socialistas, aunque también el de muchas capitalistas y mixtas, está marcado sobre todo por su incapacidad y su fracaso a la hora de competir adecuadamente en el mercado mundial. Naturalmente, esto siempre ha sido así, pues está en la «naturaleza» de toda carrera competitiva que sólo uno o unos pocos pueden ganar y muchos deben perder. Este proceso de

selección funciona en gran medida sin tener en cuenta el «sistema» con el que compiten, que es en el mejor de los casos un factor coadyuvante en la selección inevitable de los ganadores y los perdedores. Por lo tanto, el fracaso económico y la pérdida de «socialismo» *per se* tienen que ver tanto con el éxito como con el fracaso del «capitalismo» para competir en el mismísimo mercado mundial («capitalista»). La sustitución de un «sistema» por otro no garantiza que una economía compita después con más éxito, puesto que la mayoría tendrá que seguir perdiendo la carrera.

El alejamiento del «socialismo» y el acercamiento a una mayor mercantilización de las economías de Europa oriental y su posterior integración en la competencia mercantil mundial se produce inmediatamente después de su reciente fracaso y en un momento de debilidad económica, intensificada recientemente y todavía en aumento. Por lo tanto, plantean grandes peligros económicos y políticos, entre los cuales no son los menores un nuevo fracaso económico y el retroceso y el desencanto políticos populares.

Es casi seguro que la crisis económica de Europa oriental y la URSS continúe ahondándose a corto plazo. Tanto la profundización de la crisis como la respuesta en forma de mercantilización se traducirán en déficits aún más elevados, más desempleo, inflación galopante y desmoronamiento del Estado del bienestar. Todas estas consecuencias, y en particular la última, se producirán a costa especialmente de las mujeres y sus hijos, cuya carga ya desproporcionada aumentará aún más. En la URSS, Gorbachov fue mal aconsejado (por Abel Abegayan) para que impulsara al mismo tiempo la reestructuración y la aceleración del crecimiento de la economía inspiradas en la *perestroika*. El resultado ha sido un desastre económico (y político), porque la reestructuración

***El fracaso del «socialismo»
en Europa oriental no
puede sino acelerar la
privatización y la mercantilización
en otros países.***

temporal reduce el crecimiento en lugar de incrementarlo, y el intento simultáneo de acelerarlo empeoró la situación.

En Europa oriental la reestructuración económica también implicará seguramente un desajuste económico transitorio en diferentes grados y formas. Será sin duda más severo en Polonia, así como en el sur y el este de Yugoslavia y en la URSS, que tienen las economías más débiles y las más debilitadas recientemente. Rumanía también se debilitó, sobre todo merced a la política de Ceaucescu de exportarlo todo para saldar la deuda. La interrupción de las exportaciones de tantos productos alimenticios puede ofrecer un alivio temporal y cierta resurrección de la agricultura, pero no de la industria. Alemania oriental tiene ante sí la perspectiva de una venta total e inmediata (*Ausverkauf*) a los alemanes occidentales que vienen a comprar bienes de consumo ya subvencionados a unos tipos de cambio de 10 ó 20 a 1 entre las marcas occidentales y orientales. Sin embargo, Alemania oriental, que desde hace tiempo viene siendo un miembro silencioso *de facto* de la CE gracias a su acceso privilegiado al mercado de Alemania occidental, tiene también la perspectiva de ser el primer país en integrarse plenamente en la CE. El debilitamiento del Estado en Alemania oriental y su confederación dependiente con el Estado de Alemania occidental o incluso su integración en él, sin embargo, también dejarán a los alemanes orientales con escaso poder de negociación política y económica en Alemania, la CE y Europa. El poder del Estado en Checoslo-

Es casi seguro que la crisis económica de Europa oriental y la Unión Soviética continúe ahondándose a corto plazo.

vaquia y Hungría puede ofrecer más poder de negociación competitiva y más beneficios para (partes de) sus respectivas poblaciones. Sin embargo, es probable que los primeros pasos hacia la integración productiva consistan, en todos los países, en la venta de bienes productivos de Europa oriental a empresas de Europa occidental y de otras latitudes, ya que ¿quién dispone en Europa oriental de medios para pujar con éxito por los bienes «privatizados»? Sólo algunos de reducida magnitud podrían explotarse como «cooperativas», que en realidad son empresas que también deben competir en el mercado.

La tendencia política y económica a la mercantilización y la privatización, ya sea «capitalista» o «socialista», engendrada por los movimientos sociales de Europa oriental pueden, en el mejor de los casos, sustituir una polarización social y económica por otra. La corrupción y los privilegios que se basaban en el dominio del Partido Comunista pueden eliminarse en gran medida aunque no por completo. Pero la mercantilización y la privatización engendran otra polarización económica y social, más automática, de ingresos y posición, también entre los sexos, y entre clases, grupos étnicos y regiones. Una minoría saldrá a la superficie de una marea que quizá primero suba y después baje, y la mayoría se hundirá aún más bajo la superficie. Es probable que esta polarización avance tanto étnica como nacionalmente, así como internacionalmente. Por lo tanto, exacerbará aún más las tensiones, los conflictos y los movimientos étnicos y nacionales en los Estados y entre

distintos Estados. Es probable que las regiones y los pueblos que ahora ya son más privilegiados en el plano competitivo mejoren aún más su posición, quizá incluso mediante relaciones económicas y políticas más estrechas o incluso por medio de la integración con países vecinos del Oeste y el Norte. Es probable que las minorías desfavorecidas de estos países y las mayorías desfavorecidas de otros queden cada vez más marginadas. Así podrá hacerse realidad para la minoría el sueño de la incorporación a Europa occidental. En el mejor de los casos, puede que algunas zonas del Este se conviertan en otra Europa del Sur, aunque a costa para ambos lados de competir entre sí, lo cual ha provocado ya temores en el sur de Europa. Sin embargo, las mayorías de Europa oriental y quizá de las zonas surorientales de la URSS se enfrentan en cambio a la amenaza de la latinoamericanización, lo cual le ha ocurrido ya a Polonia. Los países de Europa oriental hacen frente a la inflación interior y a la devaluación exterior, y después quizá a la reforma monetaria, mediante tratamientos de choque. Los costes sociales son ciertos, pero no así los éxitos económicos, como han demostrado recientemente los reiterados fracasos de Argentina y Brasil. En algunos casos, sobre todo en la URSS, constituyen una grave amenaza incluso la africanización o al menos la «orientemedianización» económicas y la libanización política. A corto plazo, toda ruptura del «Segundo» Mundo permitirá que algunos de sus miembros se unan al «Primer» Mundo (capitalista), pero la mayoría quedarán relegados al (también capitalista) «Tercer» Mundo.

12. Así pues, *¿hay otro socialismo* para el futuro? ¿Cómo y qué llegaría a ser? Una cuestión que se plantea a menudo, al menos por parte de algunos que se consideran socialistas, es si la URSS y Europa oriental, o de hecho cualquier otro lugar, han sido realmente socialistas. Puesto que su respuesta es un sonoro NO, también

afirman que los ya antiguos fracasos y críticas hacia el socialismo real, que finalmente dieron origen a las revoluciones de 1989, no se dirigían en realidad contra el «socialismo», sino sólo contra el «estalinismo» o alguna otra aberración o imposura del «verdadero socialismo». Naturalmente, la implicación ideológica de este razonamiento es que estos fracasos tampoco ponen en peligro la verdadera causa socialista ni obligan a los auténticos socialistas a emprender un nuevo examen doloroso. Por tanto, los auténticos socialistas sólo tienen que insistir más que nunca en sus propias críticas hacia el (no)socialismo que diferencia a «nosotros» los buenos de «ellos» los malos. La implicación «práctica» de esta «teoría» es que, no obstante todas las experiencias, el verdadero socialismo está todavía a la vuelta de la esquina o al menos en el camino.

Sin embargo, el verdadero sentido práctico e incluso la coherencia teórica de este argumento quizá bien intencionado chocan con toda la realidad socio-político-económica mundial. Para empezar, si alguna vez ha habido un razonamiento que sólo se dirija a los ya (auto)convertidos, es éste. Posiblemente no podría convertir a quienes ya han pasado la experiencia del socialismo real, aunque fuese en realidad no—socialismo: es probable que quienes ahora rechazan la mayor parte del (no)socialismo anteriormente real continúen rechazando cualquier posible socialismo «real». De hecho, es probable que muchos de ellos entreguen su fe a la magia del mercado y algunos, ¡ay!, quizá a la política de extrema derecha. Por otra parte, quienes ahora pierden los beneficios de su experiencia anterior sólo suspirarán por los «buenos tiempos» de orden y estabilidad del viejo *ancien régime* (no) socialista. Entre estos, quienes tenían poco y ahora lo pierden recordarán sus modestos beneficios y pedirán la restauración del orden, si no en la antigua modalidad «co-

munista», quizá en una nueva variedad «fascista». Puede que sólo quienes recibieron mucho del viejo partido traten ahora, con una nueva apariencia socialista y democrática, de aferrarse a cuanto les sea posible. El razonamiento democrático y social también carecerá de atractivo para quienes en otros lugares nunca desearon vivir ni que nadie más viviera la experiencia del «socialismo» o «comunismo» de cualquier tipo. Por lo tanto, no es nada realista pensar que el perjuicio que cause toda esta experiencia a la idea de socialismo, democrático o de cualquier otra índole, pueda ahuyentarse simplemente por medio de declaraciones de última hora sobre la pureza propia frente a los pecados anteriores de los demás.

En segundo lugar, por antiestalinista que sea la intención subjetiva de este razonamiento, su consecuencia objetiva es el mantenimiento de la teoría estalinista del «socialismo en un sólo país» o incluso en una comunidad de menores dimensiones. Además de no considerar el primer problema y el de la transición a este socialismo en la teoría y en la praxis, este razonamiento choca con la misma realidad práctica de tener que competir en la práctica en todo el mundo. Sin embargo, la incapacidad para actuar de ese modo fue el fracaso fundamental y la ruina del «socialismo» estalinista o cualquier cosa que fuera. Sea cual fuere el tipo de socialismo, capitalismo o economía mixta, economía política islámica o cualquier otra que la gente pueda «elegir», no pueden escapar a esta competencia mundial, que es una

***En Europa oriental la
reestructuración económica también
implicará un desajuste económico
transitorio en diferentes
grados y formas.***

realidad. La cooperación como «alternativa» está muy bien... siempre que sea más competitiva.

En tercer lugar, la (¿única?) interpretación alternativa del socialismo «real» es el socialismo «mundial». Más allá de su irrealidad durante cierto futuro previsible, es difícil imaginar incluso cuál pueda ser el significado de este «socialismo». ¿Qué distinguiría este «socialismo mundial» del «capitalismo mundial» mientras reine la competencia como una (¿o la?) realidad en el mundo en el futuro, como ha ocurrido durante milenios?

Qué ocurre con la democracia social, si no con el socialismo democrático? Los antiguos «socialistas» del Este y el Oeste, incluido el propio Mijaíl Gorbachov, han encontrado una nueva interpretación de la democracia social (y un nuevo interés en ella) como el *desideratum* que mejor combina «socialismo» y «democracia». Ellos, incluido otra vez Gorbachov, miran a Suecia y a veces a Austria como modelo para Europa oriental e incluso para la URSS. En el diseño arquitectónico de la nueva «casa común europea», muchos socialistas y socialdemócratas contemplarían además la posibilidad del paso de influencias socialdemócratas, si no socialistas y democráticas, del Este al Oeste. Así pues, toda Europa se convertiría en otra Suecia de mayores dimensiones. Como respondió Gandhi cuando le preguntaron su opinión sobre la civilización europea, «sería una buena idea». Por desgracia,

***Puede que algunas zonas
del Este se conviertan en otra
Europa del Sur, aunque a costa
para ambos lados de
competir entre sí.***

estas buenas ideas apenas tienen en cuenta algunas duras realidades.

Así pues, aún sin tener en cuenta a la URSS, lo cual no es muy realista, las perspectivas de una pronta suedización en Europa oriental no son muy halagüeñas. Por el contrario, requerirá mucho trabajo por parte de todos, incluidos Europa occidental e incluso los Estados Unidos y Japón, únicamente poner algunos cimientos económicos (sociales y democráticos) —y desde luego proteger los ya existentes— de la democracia social y política en Europa oriental. En el mejor de los casos, no están claros la posibilidad y la medida en que un Plan «Marshall» germano occidental-europeo fomentaría la democracia social en Europa oriental. Tampoco es seguro que semejante empresa redundase en beneficio de una democracia social más progresista (con «d» y «s» mayúsculas o minúsculas) y menos en favor de las políticas y los partidos conservadores de Occidente. La inversión en buenos negocios (pero no en inversiones sociales no rentables) en el Este podría significar también con la misma facilidad más polarización en el Oeste. Podrían desarrollarse movimientos sociales realmente «nuevos» tanto para reflejar como para impulsar esa polarización acelerada.

Así pues, los socialistas están obligados en virtud de los duros hechos de la vida a realizar un nuevo examen del «socialismo», si insisten en aferrarse a su ideología «socialista». No pretendemos realizar ese nuevo examen aquí y ahora, y mucho menos por nuestra cuenta. Sin embargo, siendo realistas, todo socialismo de esas características no sólo tendría en cuenta la competencia sino que redactaría de nuevo las reglas del juego (competitivo) con arreglo a las cuales ésta tiene lugar. El sexo, la clase, la comunidad nacional, étnica y religiosa y los grupos de intereses económicos, políticos, sociales, culturales, ideológicos y de cualquier otro tipo, así

como las interrelaciones familiares o individuales, deberían tener nuevas expresiones participativas y (movimientos) sociales, al igual que protección institucional y garantías de respeto mutuo con respecto a su expresión democrática y a la resolución pacífica de sus conflictos de intereses más allá de todo lo conocido en el mundo hasta el momento. Hablando de forma realista, las perspectivas de un «socialismo democrático» de esas características o de otras en el mundo siguen siendo remotas. En efecto, todo indica que las cosas empeorarán y tendrán que empeorar más aún antes de mejorar. Sin

embargo, las cosas pueden empeorar tanto y con tal rapidez que es posible que la humanidad se enfrente a una crisis común de carácter económico, ecológico y/o militar y político, y por tanto sociocultural, de proporciones tan alarmantes y que suponga una amenaza tan absoluta de extinción o supervivencia físicas, que finalmente tendremos a unirnos.

El autor agradece a Michael Ellmann sus utilísimos comentarios sobre el primer borrador, especialmente sobre economía e historia, y a Marta Fuentes los realizados sobre economía y movimientos sociales.

Bibliografía citada

Amin, Arrighi, Gunder Frank e Wallerstein 1990. *Transforming the Revolution: Social Movements in the World—System*. Nueva York: Monthly Review Press (de próxima publicación).

Gunder Frank, 1983/1984. *The European Challenge: From Atlantic Alliance to Pan-European Entente for Peace and Jobs*. Nottingham, Reino Unido: Spokesman Books 1983; Westport, Conn. EE UU: Lawrence Hill 1984.

Gunder Frank y Fuentes 1990. «Social Movements in Recent World History» en Samir Amin et al., op. cit.

Fuentes y Gunder Frank 1989, «Ten Theses on Social Movements», *World Development* XVII, 2 febrero. Véase también «Nine Theses on Social Movements», *Economic and Political Weekly* XXII, 35, 29 de agosto de 1987 e *IFDA Dossier* Núm. 63, enero/febrero de 1988.

Traducción de Fabián Chueca

EDITORIAL

PABLO IGLESIAS



¿Existió en España durante el siglo XIX y principios del XX un movimiento feminista? ¿En qué medida el feminismo en nuestro país ha estado influido por las específicas condiciones sociales y políticas de los diferentes momentos históricos? ¿Atraviesa el feminismo en la actualidad una crisis de carácter irreversible? ¿En qué medida se están generando en nuestro país nuevas actitudes y pautas de comportamiento ante las mujeres?

Una aproximación a estas cuestiones se plantea en los trabajos que recoge el presente volumen al analizar el feminismo en España, desde sus orígenes hasta la actualidad, entendiendo el feminismo en su más amplio sentido, desde la aparición de las primeras ideas sobre emancipación femenina que surgen en España a finales del siglo XVIII, hasta la historia más reciente sobre la aparición de la segunda oleada de feminismo en la década de los setenta, hecho éste que coincide con el surgimiento del movimiento feminista en otros países europeos y los cambios sociales y políticos que se producen en España durante estos mismos años.

M.ª Isabel Cabrera Bosch, Pilar Folguera, M.ª Teresa González Calbet, Aurora Morcillo Gómez, Amparo Moreno Sardá, Margarita Ortega López, Rosa Pardo, Geraldine M. Scanlon, Victoria Sendón de León.

EL FEMINISMO EN ESPAÑA:
Dos siglos de Historia
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
172 págs. 1.200 ptas.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.
28010 Madrid - Tel.: 410 46 96
y 410 47 98



CAMBIO Y AUTONOMIA EN LA POLITICA IBEROAMERICANA DE ESPAÑA

Celestino DEL ARENAL

La actual política iberoamericana de España sólo puede entenderse en el contexto del proceso de democratización interna que se inicia en 1976. Esta política es, así, en lo fundamental, el fruto de un proceso de redefinición y nueva articulación de la proyección y acción de España en el mundo y, con ello, en Iberoamérica, que se inicia a partir del fin del régimen franquista y que llega hasta nuestros días.

Un proceso en el que, con planteamientos objetivos y voluntades distintas, han participado los sucesivos Gobiernos democráticos, desde los Gobiernos de Adolfo Suárez, pasando por el Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo, hasta los Gobierno de Felipe González.

En este sentido, puede afirmarse que la actual política iberoamericana de España

ha experimentado, de un lado, un profundo cambio con relación a la política del franquismo y, de otro, ha afianzado su margen de autonomía, en consonancia con los intereses nacionales españoles, respecto de otras potencias directamente interesadas en la región. Ambos hechos, cambio y ampliación del margen de autonomía, van íntimamente unidos, pues el segundo sólo es posible en principio

La transición en materia de política exterior, a diferencia de la transición política, sólo se cerrará a finales de 1988.

cuando existe un modelo global, coherente y realista de política exterior.

Un cambio que, sin embargo, no se ha producido en un momento fijo del reciente pasado democrático, sino que se ha ido materializando a lo largo de ese proceso de democratización. En ello, como es lógico, ha influido decisivamente el hecho de que el establecimiento de un régimen democrático en España ha sido fruto de un proceso de reforma y no de un proceso de ruptura.

Una afirmación real, y no sólo retórica, del margen de autonomía que sólo ha tenido lugar a medida que se ha ido produciendo el cambio señalado, es decir, a medida que se ha ido definiendo y perfilando el modelo global de política exterior española y con ella de la política iberoamericana.

De esta forma, si la transición política a la democracia puede considerarse cerrada en principio con la aprobación de la Constitución de 1978, la transición en materia de política exterior va a exigir un período de tiempo notablemente mayor, ya que esta etapa sólo se cerrará a finales de 1988. El cambio de régimen interno, el paso del franquismo a la democracia, ha tenido, en consecuencia, su reflejo, aunque a un plazo bastante más amplio, en la política exterior y, por lo tanto, en la política iberoamericana. No es que se haya alterado radicalmente el sentido que ha caracterizado históricamente la dimensión iberoamericana de España. Lo que ha cambiado ha sido, por un lado, la filo-

sofía inspiradora y el diseño de esa acción exterior, el por qué y para qué se hace la política iberoamericana. Por otro lado, ha cambiado también la forma, el modo, el cómo se hace la política iberoamericana, lo que ha hecho esa política exterior más eficaz y realista.

El cambio y la afirmación del margen de autonomía de la política exterior española sólo ha tenido lugar, así, en última instancia cuando se ha producido, en sus últimas consecuencias, la concordancia entre el contexto interno y el escenario internacional en el que se mueve España, es decir, cuando política interior y política exterior se han hecho coherentes y con ello ha podido atender realmente a los intereses nacionales.

Como es conocido, la proyección iberoamericana ha constituido tradicionalmente una de las dimensiones que se ha considerado como esencial en la política exterior de España. Las razones de ello son obvias por lo que no vamos a entrar en su consideración. Únicamente señalar que ese carácter esencial se sustenta en la existencia de una serie de realidades y elementos comunes entre España e Iberoamérica, de «lazos especiales», producto de una historia, de una lengua, de una cultura, de una presencia humana y de unos intereses que se interpretan como comunes. Lo anterior dota a la política iberoamericana de España de un sentido y un alcance especial, que no existe, salvando la dimensión europea, en las demás dimensiones de la política exterior española.

De ahí la importancia que, en orden a la afirmación y ampliación del margen de autonomía de la acción española en Iberoamérica y, podría añadirse, de la acción exterior en general, han tenido, por un lado, el carácter autoritario o democrático del régimen político español y, por otro lado, en directa relación con lo anterior,

la ausencia o existencia, y la mejor o peor implementación práctica, de un modelo global, realista y coherente de política exterior.

Dos

Terminado el régimen franquista era urgente y necesario poner en práctica una nueva política exterior, acorde con las nuevas realidades y potencialidades políticas, que atendiese a los intereses de España en el mundo y que recuperase un protagonismo internacional que el franquismo había impedido. Había, sobre todo, que normalizar la política exterior, tanto a nivel bilateral como multilateral, adecuarla a la realidad democrática y, en última instancia, diseñar e implementar un proyecto global, coherente y realista de política exterior (1). Había, en suma, que adecuar coherentemente la política interior y la política exterior. En definitiva, a partir de 1976, con el inicio de la democracia en España, era urgente un replanteamiento de la política exterior y, con ello, de la política iberoamericana desarrollada por el franquismo.

La nueva política iberoamericana, que se pone en marcha con el inicio del proceso de transición política, no fue, sin embargo, una simple reacción mecánica a los estímulos o problemas procedentes del exterior, como en el caso, por ejemplo, de la política subsahariana de España en los años de la transición política, sino que respondía a un proyecto más o menos acabado y claro de política iberoamericana. Un proyecto contradictorio y poco realista con Adolfo Suárez y más estructurado y medido con Felipe González. En este sentido, no puede desconocerse, como veremos, la existencia de notables diferencias entre la política iberoamericana de los Gobiernos de la UCD y la política iberoamericana de los Gobiernos del PSOE.

Esta labor de redefinición de la política exterior se va a iniciar ya desde el mismo año 1976 por parte del primer Gobierno que constituye Adolfo Suárez. Papel importante en el diseño de las líneas maestras de la nueva política exterior del Gobierno centrista corresponderá al ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja. Sin embargo, una de las características de la política exterior de este período va a ser la evidente personalización que de la misma realiza en la práctica el Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, que ejecutará en muchos casos, en especial en la política iberoamericana, la acción exterior. En ello influyó decisivamente tanto su propia personalidad, que buscaba imagen y legitimación a nivel interno e internacional, como la amalgama de fuerzas políticas del más variado ropaje ideológico que se dieron cita en el partido centrista y, por lo tanto, la falta de consenso de su propio partido sobre lo que debería ser la política exterior de España.

Esta personalización de política exterior se tradujo en ocasiones, cada vez más numerosas, en una desconexión e, incluso, contradicción entre la acción exterior que trataba de desarrollar Oreja y la que personalmente desarrollaba Suárez, incidiendo este hecho negativamente en la necesaria coherencia y unidad de acción de la política exterior.

En todo caso, durante los Gobiernos de Suárez, en razón de las urgencias existentes tanto en política interna como en materia exterior y de las contradicciones

A partir de 1976 era urgente un replanteamiento de la política exterior y de la política iberoamericana desarrollada por el franquismo.

apuntadas, a las que hay que añadir la inestabilidad política interna y la debilidad y crisis casi permanentes del propio partido de la UCD, caracterizado por su heterogeneidad ideológica y política, su escasa definición ideológica y la falta de coincidencia en cuanto a las grandes opciones de la política exterior, no se llegó a definir con claridad la posición exterior de España, ni a formular un modelo de política exterior coherente y realista. Este hecho fue sobre todo evidente en la política iberoamericana.

Lo anterior no excluye, sin embargo, logros importantes en el proceso de redefinición de la política exterior, en concreto, en lo que se refiere a la normalización de las relaciones exteriores de España. Esta incorporación rápida y progresiva de España a la sociedad internacional fue posible, sin embargo, gracias al éxito del proceso de reforma política, que abrió el camino para el establecimiento de un sistema democrático constitucional. En ello influyó la política de consenso de las fuerzas políticas parlamentarias, que permitió soslayar cuestiones conflictivas, como la adhesión de España a la Alianza Atlántica o las consecuencias del proceso descolonizador del Sáhara.

Parte importante de esa nueva política pasaba, como se ha señalado, por un replanteamiento de una política iberoamericana, marcada por la retórica y utilizada hasta entonces como política de legitimación interna o como política de sustitución frente a las lagunas de la acción

Durante los Gobiernos de Suárez no se llegó a formular un modelo de política exterior coherente y realista.

exterior franquista. En este sentido, el Gobierno de Adolfo Suárez trató de plantear la política iberoamericana, tanto en el talante como en su formulación y en los hechos, en términos diferentes a como lo había hecho el franquismo (2). Pasos significativos en este camino, al menos a nivel formal, son el cambio de denominación del Instituto de Cultura Hispánica, primero, por el Centro Iberoamericano de Cooperación y después por el de Instituto de Cooperación Iberoamericana y su consiguiente reorganización. Paralelamente a ello, y como parte de esa misma política, se irá perfilando un nuevo modelo de Comunidad Iberoamericana de Naciones (3).

Elemento importante para comprender la nueva dimensión que cobra la política iberoamericana será el propio proceso de democratización que se produce en España, que, unido a los procesos de democratización que se experimentan en Iberoamérica, favorecerá un creciente acercamiento entre ambos lados del Atlántico. La democracia, tanto en cuanto realidad como en cuanto esperanza, constituirá, de esta forma, un elemento fundamental no sólo en la formulación y ejecución de una nueva política, sino también en el cambio de sentido que experimentan en sí mismas las relaciones entre España e Iberoamérica.

En general, puede decirse que la política iberoamericana de los Gobiernos centristas fue, sobre todo durante el período de Adolfo Suárez, una política de múltiples usos, tanto a nivel de percepción de los intereses nacionales como a nivel de intereses partidistas, con todo lo contradictorio y, en ocasiones, irrealista que puede ser una política de esta naturaleza. No es que fuese una política en la que estuviese ausente el interés nacional, pues con la política iberoamericana los Gobiernos centristas trataron de recuperar el protagonismo activo de España y normalizar sus relaciones internacionales. Lo que sucedió es que no se otorgó a esa polí-

tica, o no se pudo otorgar por lo difícil de la propia situación interna, la coherencia y continuidad que exige una eficaz acción exterior. Lo interno, como es lógico, más que lo exterior, dominó el quehacer gubernamental en este período.

De esta forma, la política iberoamericana, con todo lo que tenía de retórica e imagen, se usó en ocasiones como una política de «sustitución», al estilo de la política franquista, aunque con distinto acento, que tendía a llenar el eventual vacío que se podía producir en la afirmación de la dimensión europea de España, mediante la apertura de una tercera vía. Otras veces se utilizó como una política de «presión», dirigida a reforzar la posición negociadora de España frente a la Comunidad Europea y frente a los Estados Unidos. Finalmente, se usó como política de «legitimación» de la propia UCD a nivel interno, buscando a través de un pretendido «progresismo» lavar la herencia franquista que caracterizaba a una parte significativa de sus miembros. En algunos de estos usos de la política iberoamericana, sobre todo en la búsqueda de una tercera vía, influyó, sin lugar a dudas, la ideología franquista que todavía estaba presente en muchos de los gobernantes centristas.

Esta política activa se vio facilitada por el nuevo contexto americano que se produce en la década de los setenta, caracterizado por la pérdida de presencia de los Estados Unidos en la región y por el creciente protagonismo internacional de los países iberoamericanos, que posibilitaba y auspiciaba la actuación autónoma de potencias extrarregionales.

La ausencia de coherencia y continuidad en la política iberoamericana de los Gobiernos centristas se debió, por un lado, a la falta de una información correcta y precisa sobre la enorme diversidad y complejidad de la problemática y

El objetivo de desarrollar realmente una política nueva respecto de Iberoamérica requería cambios importantes en la ideología, formas y acciones.

dinámicas políticas, sociales y económicas de Iberoamérica, sobre la que sustentar la acción exterior, y, por otro, a la falta de experiencia en cuanto a lo que es la política exterior de un Estado democrático. En el fondo de todo ello estaba el hecho de que el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Servicio Exterior eran los mismos que con el franquismo, es decir, que sus estructuras, dinámicas de funcionamiento, criterios de actuación y de información, simpatías y afinidades seguían siendo las que se habían forjado con la política exterior del régimen franquista.

Sin embargo, el objetivo de desarrollar realmente una política nueva respecto de Iberoamérica requería cambios importantes en la ideología, en las formas y en las acciones, capaces de superar los planteamientos que habían dominado las relaciones del pasado, y ello era difícil, como ya se ha apuntado, con un partido heterogéneo y de aluvión, necesitado de legitimación democrática, y sin un modelo global, claro y definido de política exterior, lo que se tradujo en las contradicciones y ausencia de realismo con que en ocasiones se planteó la acción exterior en Iberoamérica.

Se explican, así, determinados gestos, y hasta compromisos, que no coincidían aparentemente con el carácter conservador del Gobierno centrista, como, por ejemplo, la visita de Suárez a Fidel Castro, en septiembre de 1978, y la presencia de España, como observadora, en la Cumbre de los Países No Alineados, celebrada en La Habana, y que motivaron críticas in-

***La política iberoamericana
que pone en marcha Suárez será
en general una política
de múltiples usos
y altos riesgos.***

cluso en los sectores más atlantistas de la Unión de Centro Democrático. Aunque tales hechos se justificaron alegando en ocasiones las «especiales» relaciones que España tenía con los países iberoamericanos, ello no obstó para que Suárez tuviera que hacer frente a acusaciones de «tercermundismo». En todo caso, es evidente que, en la práctica del pretendido protagonismo activo suarista, las acciones exteriores no siempre respondieron a los modos de la ortodoxia conservadora, introduciendo un factor de desequilibrio en lo que se esperaba debería ser la diplomacia de un Gobierno conservador (4). Es probable, en cualquier caso, que esos gestos no hubiesen sido posibles con una Administración norteamericana menos «blanda» que la del presidente Carter.

El hecho concreto es que, por encima de su formulación teórica, en el plano práctico, la política iberoamericana que se pone en marcha bajo el mandato de Suárez será en general una política, que hemos calificado, de múltiples usos y, en ocasiones, de altos riesgos, contradictoria, que adolecía de la ausencia de un diseño realista y bien informado, adaptado a la posición internacional de España. Su autonomía respecto de otros centros de poder, en concreto respecto de los Estados Unidos, fue, a nivel global, más aparente que real y en cualquier caso las acciones aisladas, que trataron de afirmar esa autonomía, tuvieron escasos resultados prácticos y se perdieron en las contradicciones derivadas de la amalgama ideológica del centrismo y de la ausencia de un modelo coherente y realista de política exterior.

Como conclusión, sin desconocer esas contradicciones, hay que admitir lo positivo de los pasos dados en la política iberoamericana durante el mandato de Adolfo Suárez, en relación con la política del franquismo. El reto, dada la posición desde la que se partía, no era pequeño y en algunos campos, a pesar de las contradicciones señaladas, se consiguieron resultados no desdeñables. Sin embargo, se abusó de la retórica. Por otro lado, la acción, cuando existió, perdió profundidad y los esfuerzos eficacia, debido a la ausencia de un proyecto claro, definido y realista de relación con los países iberoamericanos, y a la escasez de los recursos económicos destinados a este objetivo.

No es extraño, así, que la política iberoamericana de este período adoleciera, como ya se ha apuntado, de cambios e iniciativas inesperadas, que se traducían en claras contradicciones, producto de la escasa información manejada, de la preeminencia que tuvo lo coyuntural, de la búsqueda de legitimación democrática de los líderes centristas y de las características ideológicas del propio partido centrista.

El nuevo triunfo de la Unión de Centro Democrático en las elecciones generales del 1 de marzo de 1979 y el nuevo Gobierno que forma Adolfo Suárez, en el que repite como ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja, supondrán la continuación de la política exterior seguida hasta entonces. Únicamente en la importante cuestión de la incorporación de España a la Alianza Atlántica se produce un cambio substancial respecto del período anterior, rompiéndose el consenso que en materia de política exterior había existido hasta entonces. En esta fase que cierra el período suarista, la cada vez más palpable crisis que vive el partido gobernante debilitará aún más la necesaria determinación que exige toda política exterior.

Si la política de derechos humanos de

la Administración Carter había supuesto para Iberoamérica una menor presión tutelar por parte de los Estados Unidos, facilitando, así, ciertas iniciativas de Estados extrarregionales, como era el caso de España, la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca supuso un cambio importante de ese contexto, pues desde el primer momento la nueva Administración manifestó la voluntad de poner a término a la que se calificaba como política «blanda» en la zona. Las relaciones interamericanas retornaban a una etapa de neo—hegemonismo norteamericano. Ello supuso una reducción del margen de maniobra y de autonomía en el continente de los Estados extrarregionales.

Lo anterior, con ser importante, para explicar la pérdida de profundidad, con relación a los Gobiernos de Adolfo Suárez, que experimenta la política iberoamericana de España durante la presidencia de Leopoldo Calvo-Sotelo, fue, sin embargo, menos determinante que otros factores que se hicieron presentes a nivel interno e internacional.

A nivel interno hay que señalar, entre otros, la aceleración del proceso de desintegración de la Unión de Centro Democrático y el intento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, que pesó fuertemente en las acciones gubernamentales del Ejecutivo presidido por Calvo-Sotelo, que centró su atención en la política interna y en cuestiones de política exterior en directa o indirecta relación con la problemática señalada, olvidando las veleidades «progresistas» de su antecesor.

A nivel internacional, la acción exterior del Gobierno estuvo casi exclusivamente ocupada por dos objetivos claves, como eran la adhesión a la Alianza Atlántica y la integración en la Comunidad Europea, que ya habían sido planteados anteriormente, pero que a raíz de los acontecimientos internos que acabamos de men-

cionar cobraron, en opinión del Gobierno centrista, una dimensión nueva.

El tratamiento específico que el Gobierno de Calvo-Sotelo da a esos temas y con ellos a la acción exterior española era expresión de un proyecto de política exterior diferente a la de su antecesor. Un proyecto que perseguía ajustar hasta sus últimas consecuencias la ideología y los planteamientos conservadores que caracterizaban al partido centrista con la ideología y los planteamientos de una política exterior que hasta entonces no había tenido un rumbo ideológico claro y preciso. Calvo-Sotelo lo que hace es dar coherencia al proyecto conservador en materia de política exterior, tratando de eliminar las contradicciones anteriores. Pero lo hace mal, improvisadamente, en un momento inoportuno desde el punto de vista político y sin tener un diseño global, realista y coherente de lo que debería ser desde un planteamiento conservador la política exterior de España.

La mayor paradoja es que será precisamente el Gobierno de Calvo-Sotelo, el más débil parlamentariamente de todos los Gobiernos habidos desde 1977, el que dará el paso clave de la incorporación de España a la Alianza Atlántica. Además, ese paso se da en un contexto interno complicado, por un Gobierno en la frontera de la crisis parlamentaria, con la opinión pública mayoritariamente en contra y con un partido en proceso de descomposición.

Calvo-Sotelo hipotecó la política exterior de los siguientes Gobiernos en aspectos claves de la posición de España en el mundo.

La política exterior de Calvo-Sotelo, salvo en lo relativo a la Alianza Atlántica y el abandono de cualquier veleidad «tercermundista», no supuso, sin embargo, una reorientación global y meditada de la política seguida hasta entonces por los Gobiernos centristas. La personalidad como estadista de Calvo-Sotelo no era la más adecuada para replantear la política exterior. Su labor no fue, por lo tanto, positiva, aunque sí decisiva, pues hipotecó la política exterior de los siguientes Gobiernos en aspectos claves de la posición de España en el mundo, dejando una herencia difícil de administrar.

Decididamente atlantista, el Gobierno de Calvo-Sotelo no dió ni la más mínima oportunidad de ser considerado sospechoso de «tercermundismo», como había sucedido con el Gobierno de Suárez. La política exterior se había transformado casi exclusivamente en política de seguridad y defensa. En este sentido, la sintonía con la nueva política de Reagan en América Latina será evidente. En consecuencia, la pérdida de autonomía de la política exterior española se hará patente en este período.

Por lo que respecta a Iberoamérica la actitud fue en general de acentuación de las respuestas reactivas y coyunturales a los acontecimientos que se iban produciendo, sin que se esbozara una política definida hacia el continente. El plegamiento a la política de los Estados Unidos en la región fue absoluto. Ello se puso claramente de manifiesto en el caso de la cri-

Durante la primera legislatura socialista se pondrá fin a 150 años de aislamiento respecto a Europa.

sis centroamericana y en el conflicto de las Malvinas.

La victoria socialista en las elecciones generales del 28 de octubre de 1982, y el subsiguiente Gobierno de Felipe González, supusieron un importante hito en el proceso de democratización español ya que, entre otras cosas, además de poner de manifiesto la posibilidad de una alternancia en el Gobierno, un partido que siete años antes era clandestino pasaba a gobernar España con el respaldo de una mayoría absoluta.

Como consecuencia de ello, sin olvidar los importantes cambios que se producen a nivel interno, en el plano de las relaciones exteriores se introduce una importante novedad. Si los planteamientos de política exterior de los Gobiernos centristas no tenían más tradición en qué basarse que la proveniente del régimen franquista y de la experiencia que pudieran aportar en esta materia las diversas formaciones políticas que, justo antes de las elecciones de junio de 1977, formaron un nuevo partido, no se puede decir lo mismo del Partido Socialista, que llegaba al Gobierno con nuevas ideas y diferente experiencia en cuestiones internacionales, adquiridas primero en la clandestinidad y después desde la oposición. En este sentido, la llegada de los socialistas al Gobierno abría una nueva posibilidad de dar un giro a la acción exterior de España.

Si desde 1976 a 1982 los Gobiernos centristas habían tratado de superar las lagunas y carencias de la política exterior del franquismo, normalizando la presencia internacional de España y completando su indispensable proceso de incorporación a la sociedad internacional, a partir de octubre de 1982 el Gobierno socialista tenía ante sí el reto de llevar el cambio a una política exterior que seguía marcada por estructuras y hábitos provenientes del franquismo y que continuaba sumida en

contradicciones y caracterizada por la ausencia de una definición global y precisa del papel internacional de España. El reto del cambio no consistía, sin embargo, en la adopción de nuevas dimensiones en la acción exterior, sino en lograr una proyección exterior plenamente democrática, realista, eficaz y coherente.

Cambio y realismo se transformarán, así, en los dos referentes que caracterizan toda la política exterior socialista. El cambio exigía un replanteamiento en materia de política exterior. El realismo exigía no olvidar que un cambio de régimen político, por importante que sea, y aún menos un cambio de mayoría parlamentaria, no son suficientes para alterar los intereses y datos constantes de la política exterior de un país, ni tampoco pueden provocar una ruptura con los compromisos anteriormente contraídos y todavía vigentes (5).

Es, en consecuencia, a partir de ese momento cuando realmente se materializa el debate, ya planteado desde 1980, en torno a las grandes opciones de la política exterior española y cuando se plantea, en toda su extensión y con todas sus consecuencias, la necesidad de articular un proyecto y una estrategia global de política exterior, que defina con precisión las líneas maestras de la misma y la posición de España en el mundo.

En este sentido, en concreto, las ideas rectoras de la acción exterior que se plantea el Gobierno socialista eran las siguientes: «1. No introducir elementos desestabilizadores en un mundo dominado por la idea de conflicto potencial. 2. Intentar obtener un mayor margen de autonomía que posibilite la consecución de nuestros objetivos, sin fomentar la inestabilidad. 3. Una definición claramente occidental, con un grado de libertad suficiente para que no se produzca un alineamiento mecánico con intereses que pueden no coincidir con los nuestros. 4. Intensificación

El reto del cambio consistía en lograr una proyección exterior plenamente democrática, realista, eficaz y coherente.

del proceso de integración en las Comunidades Europeas. 5. Una mejora substancial de las relaciones con nuestros vecinos. 6. Una conversión de nuestra tradicional política con Iberoamérica pasando del plano retórico al de las realidades. 7. La potenciación de nuestra acción exterior en todos los aspectos que conforman hoy las relaciones internacionales (culturales, sociales, laborales, económicas). 8. La utilización de los foros internacionales para contribuir al logro de un nuevo orden económico internacional...» (6).

De acuerdo con este marco, ante todo, era necesario encauzar y culminar adecuadamente toda una serie de cuestiones que, como las relaciones de vecindad con Francia y Marruecos, las relaciones con los Estados Unidos y, sobre todo, la incorporación de España al sistema defensivo occidental y la entrada en la Comunidad Europea, venían arrastrándose desde épocas anteriores, sin permitir que la política exterior española pudiera desplegarse coherente y plenamente. Junto a ello había que establecer sobre bases sólidas, no exclusivamente retóricas, las tradicionales relaciones con Iberoamérica, ya reformuladas por los Gobiernos de Adolfo Suárez, y diseñar la proyección en el mundo mediterráneo. Igualmente era necesario definir coherentemente la posición de España ante los grandes problemas y cuestiones internacionales. Al mismo tiempo era ineludible la reorganización de las estructuras del Servicio Exterior, con el fin de adaptarlas a las nuevas realidades internacionales en las que España estaba inmersa.

La intensificación y renovación de las relaciones con los países iberoamericanos constituyó una de las prioridades de la política exterior del Gobierno socialista.

Este nuevo planteamiento, junto a la definición y afirmación, dentro de la vocación occidental y europea, del margen y campo de autonomía de España en la esfera internacional, junto al aprovechamiento máximo de la proyección multidimensional de la relación con el exterior, y junto al acentuado matiz democrático con que se encararan las relaciones internacionales, marcará, sin lugar a dudas, las diferencias de la política exterior de los Gobiernos socialistas con relación a los Gobiernos anteriores (7).

A partir del 28 de octubre de 1982 se abre, así, una nueva fase en la definición de la política exterior española. A lo largo de ella culmina el proceso de normalización de las relaciones internacionales, se definen las bases políticas, estratégicas, económicas y culturales de la presencia española en el mundo, y se cierra esa difícil etapa para la acción exterior de la España democrática que se inicia en 1976 y que hemos llamado de transición en política exterior.

Durante la primera legislatura, con la adhesión plena a la Comunidad Europea, el 1 de enero de 1986, en virtud del Tratado y el Acta que se firman el 12 de junio de 1985, y con el referéndum sobre la permanencia en la Alianza Atlántica, celebrado el 12 de marzo de 1986, se afirma definitivamente la dimensión europea y occidental de España y se pone fin a 150 años de aislamiento respecto de Europa. La política de paz y seguridad, presentada en el Congreso de los Diputados por el Presidente del Gobierno, Felipe Gonzá-

lez, el 23 de octubre de 1984, constituirá en esta línea el punto de partida que desbloquea una dimensión vital de la política exterior española, que hasta entonces no había sido resuelta. Al mismo tiempo, se refuerzan las otras dos dimensiones claves de la acción exterior española, la iberoamericana y la mediterránea.

Durante la segunda legislatura socialista se consumará definitivamente el proceso de definición de la posición exterior de España, cerrándose la etapa de transición en materia de política exterior que se había abierto en 1976. El 14 de noviembre de 1988 España ingresaba en la Unión Europea Occidental. El 1 de diciembre de 1988, después de unas largas, difíciles y, en ocasiones, tensas negociaciones, debidas a la voluntad española de cumplir los términos aprobados en el referéndum, se firma en Madrid el nuevo Convenio de Defensa con los Estados Unidos. Este Convenio frente a los anteriores, además de recoger las condiciones aprobadas en referéndum, tiene un carácter exclusivamente defensivo, con lo que varía substancialmente su alcance y naturaleza, eliminándose cualquier atisbo de relación subordinada y estableciendo una relación duradera y equilibrada entre España y los Estados Unidos. Con él se cierra todo un capítulo de la política exterior española, que se remonta al franquismo, que se basaba en una relación con los Estados Unidos viciada desde sus mismos orígenes en 1953. También, el 1 de diciembre de 1988, después de una larga negociación, condicionada por los avatares de la negociación con los Estados Unidos para la firma del nuevo Convenio, el Comité de Planes de Defensa de la Alianza Atlántica aprobó las directrices generales para la contribución militar española, tomando nota de ello el Consejo Atlántico en su reunión del 8 y 9 de diciembre.

De esta forma, España culmina en diciembre de 1988 su proceso de incorpora-

ción al sistema defensivo occidental y europeo, quedando finalmente definido y concretado su modelo de política exterior y terminando la etapa de transición en política exterior.

Al mismo tiempo, el necesario cambio en la política exterior pasaba forzosamente por el Ministerio de Asuntos Exteriores, que prácticamente no había sido tocado desde el franquismo. Se emprende, en este sentido, la necesaria reorganización y reforma del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Servicio Exterior.

Esta era una asignatura pendiente, que no podía demorarse por más tiempo si se quería avanzar en la formulación e implementación de una acción exterior eficaz y acorde con los principios democráticos. Esta reforma venía impuesta por la rapidez del cambio en las relaciones internacionales, por la universalización e intensificación de la política exterior de España y por su integración en la Alianza Atlántica y en la Europa comunitaria. Responde al principio de unidad de acción del Estado en el exterior y persigue el reforzamiento de la infraestructura material y de personal, la modernización, la coherencia y la coordinación de la acción exterior.

Como ya se ha apuntado, la intensificación y renovación de las relaciones con los países iberoamericanos constituía una de las prioridades de la política exterior que formula el Gobierno socialista. Establecido desde el primer momento que el Gobierno otorgaba dentro de la política exterior carácter prioritario al fortalecimiento de las relaciones con Iberoamérica, además de con Europa, se dejó claro también que la realidad de que se partía exigía una actitud realista, acorde con las posibilidades españolas.

Esta nueva actitud hacia Iberoamérica

pasaba necesariamente por la formulación de un diseño claro y realista de la política iberoamericana. En este sentido, la primera legislatura del Gobierno socialista estuvo centrada principalmente en la formulación, en el marco del proyecto global de la política exterior española, de un proyecto coherente y global de política iberoamericana y en la afirmación sobre bases realistas de la vocación iberoamericana de España, mientras que la segunda legislatura, con Francisco Fernández Ordóñez como ministro de Asuntos Exteriores y con Luis Yañez-Barnuevo como Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, se caracteriza, una vez definida la posición internacional de España, por una acelerada puesta en práctica y ejecución de esa política iberoamericana. En esta línea se inserta la creación de la Agencia Española de Cooperación Internacional y la creciente atención que se presta a la cooperación al desarrollo.

La política iberoamericana de los Gobiernos socialistas, que se desarrolla en su mayor parte con Ronald Reagan como Presidente de los Estados Unidos, en momentos de reafirmación hegemónica de ese país en la región, tendrá que moverse, sobre todo en Centroamérica, en un escenario realmente complejo y difícil, en el que jugaban intereses de la más variada naturaleza y fuerza y en el que se había reducido el margen de maniobra de los Estados extrarregionales. En este sentido, esa política tratará de compaginar, en un difícil equilibrio, la actuación autónoma

El Gobierno español rechazará la interpretación que los EE.UU hacen de los conflictos latinoamericanos en términos de confrontación Este-Oeste.

de España, en función de los intereses nacionales, del propio proyecto de política exterior y de su interpretación de la problemática iberoamericana, con los intereses norteamericanos en la región, sin dejar, sin embargo, que éstos se impongan.

Esta búsqueda de equilibrio, como forma de mantener buenas relaciones con los Estados Unidos y de afirmar el margen de autonomía de la política española, tendrá, sin embargo, diferentes énfasis a medida que se vaya afirmando y definiendo la política exterior de los Gobiernos socialistas y vaya cambiando el contexto internacional en el que se mueve América Latina y evolucionen política e ideológicamente ciertos países de la zona. Así, mientras en los dos primeros años de la primera legislatura socialista, cuando se abre el debate sobre las líneas básicas del modelo de política exterior y de la posición de España en el mundo, que coincide con la etapa más agresiva de los Estados Unidos, la política iberoamericana, sobre todo en Centroamérica, chocará en ocasiones frontalmente con la estrategia norteamericana en la zona, pero sin que en ningún momento se llegue a romper el equilibrio señalado, posteriormente, una vez definida con claridad la posición internacional de España, iniciada la presencia activa de la Comunidad Europea como tal en la región y puesta de manifiesto la evolución que han experimentado ciertos países de esa región, la política iberoamericana de los Gobiernos socialistas podrá mantener sin excesivas tensiones ese equilibrio.

Con el ingreso en la Comunidad Europea, España puede diversificar y reducir los riesgos de su actuación.

En este sentido, hay que rechazar la tesis que considera que la política iberoamericana de los Gobiernos socialistas fue una política antinorteamericana, inspirada en un rígido análisis marxista y en la teoría de la dependencia (8). Por el contrario, la realidad es que esa política, si bien interpreta los problemas de la región en términos diferentes a los norteamericanos, aunque en ningún caso marxistas, y propugna soluciones diferentes, no dejó de tener presentes los intereses de seguridad de los Estados Unidos en la misma.

Un mínimo de realismo, derivado de la condición de aliados de los dos países, de la afirmación de la vocación occidental de España, de la importancia de los intereses de todo tipo implicados en esa relación y de la necesidad de consolidar la todavía joven democracia, obligaba, aún en el supuesto de que hubiera pretendido otra cosa, a la toma en consideración de dichos intereses (9).

Lo que sucede es que el Gobierno español, al igual que otros Estados europeos aliados de los Estados Unidos, rechazará la interpretación que los Estados Unidos hacen de los conflictos latinoamericanos en términos de confrontación Este-Oeste, afirmando, por el contrario, que los mismos responden fundamentalmente a las precarias e injustas condiciones socio-económicas y políticas en que vive una parte importante de la población de América Latina, por lo que las soluciones a los mismos pasan por políticas diferentes a las que los Estados Unidos aplican en la región.

Esta autonomía con que España encara su política hacia Iberoamérica se ha puesto claramente de manifiesto en fechas recientes, con ocasión de la intervención militar de los Estados Unidos en Panamá, cuando, el 20 de diciembre de 1989, el Gobierno español ha condenado dicha intervención y ha votado, el 29 del mismo

mes, a favor de una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas que condenaba igualmente esa acción, siendo el único país de la Comunidad Europea en adoptar dicha postura.

Este realismo y coherencia en el planteamiento de las relaciones con Iberoamérica, junto a esa afirmación constante del margen y campo de autonomía de España en la esfera internacional y al acentuado matiz democrático y solidario con que se encaran las relaciones internacionales, marcará, sin lugar a dudas, las diferencias de la política iberoamericana del Gobierno de Felipe González con relación a los Gobiernos anteriores. Los principios de democracia y desarrollo, considerados como inseparables y como base de la paz, animados por el principio de solidaridad, pasarán a constituir los ejes centrales inspiradores de esa política y del proyecto de Comunidad Iberoamericana de Naciones (10).

La adhesión de España a la Comunidad Europea no va a suponer una pérdida de la prioridad e importancia que se atribuía a la política iberoamericana. Más bien va a constituir un elemento impulsor y clarificador de la vocación iberoamericana que tradicionalmente se ha venido afirmando, además de ampliar substancialmente las dimensiones y posibilidades de la propia proyección iberoamericana de España. Va a representar igualmente la convergencia de las dos dimensiones prioritarias de la política exterior española.

La adhesión a la Comunidad Europea tendrá un efecto impulsor de la vocación iberoamericana, por cuanto que España, como país miembro que se considera especialmente ligado a los países iberoamericanos, actuará desde el primer momento como país valedor de la defensa de sus intereses y de la necesidad de la intensificación de las relaciones con América Latina, dando lugar a que la Comunidad

La adhesión de España a la Comunidad Europea no va a suponer una pérdida de la prioridad e importancia de la política iberoamericana.

Europea preste una atención creciente a una región tradicionalmente marginada en la política comunitaria (11).

El ingreso en la Comunidad Europea va a tener, también, un efecto clarificador de la vocación iberoamericana de España y, en consecuencia, va a reforzar la propia política iberoamericana. Desde el momento mismo en que España entra a formar parte de la Comunidad Europea se consuma un objetivo que, desde planteamientos muy distintos y con objetivos diferentes a los que inspiraban a la democracia española, se venía persiguiendo con empeño desde el propio régimen franquista. Las consecuencias son, por un lado, que desaparece uno de los retos exteriores que más fuerzas había venido consumiendo en el marco de la política exterior española y, por otro lado, que la política iberoamericana cobra una nueva y renovada dimensión, ya que desaparece totalmente el real o supuesto carácter de política de sustitución, que podía atribuirse a esa política. De esta forma, a partir de ese momento, al tiempo que se clarifica la política iberoamericana se refuerza el sentido real con que la misma se concibe por España.

Al mismo tiempo, la adhesión a la Comunidad Europea va a ampliar notablemente y multiplicar en sus efectos las dimensiones y posibilidades de la proyección y la política iberoamericana de España, por cuanto que en el plano de la acción exterior España ya no sólo tiene una política iberoamericana propia, sino que además tiene, a través de las políticas comunitarias hacia el exterior y a través

La política iberoamericana de España ha ido depurando su sentido y alcance y afirmando su raíz democrática y de cooperación.

de un sistema de cooperación política europea, la política hacia América Latina de la Comunidad Europea y del conjunto de sus Estados miembros. De esta forma, la presencia española en Iberoamérica se ha intensificado, ampliado y adquirido un peso que no tenía anteriormente.

Finalmente, España con el ingreso en la Comunidad Europea, al poder concertar su política iberoamericana con los doce Estados miembros puede diversificar y reducir los riesgos de su actuación, o no soportarlos en solitario, frente a terceros Estados, como, por ejemplo, respecto de los Estados Unidos. Ello se traduce en una ampliación del margen de autonomía de la política iberoamericana.

Esto se ha puesto claramente de manifiesto en la posición de España y de la Comunidad Europea respecto de la crisis centroamericana, tanto en el apoyo a Condatadora y Esquipulas como en la puesta en marcha del foro de San José.

Con todo, la política iberoamericana de los Gobiernos socialistas, que desde una perspectiva general ha mantenido una intensidad, una coherencia y una continuidad desconocidas anteriormente, no ha estado exenta de algunos altibajos, producto sobre todo de las propias limitaciones en la capacidad de acción exterior, de la escasez de recursos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la cooperación internacional, y de la urgencia con que en determinados momentos se han planteado algunos problemas de las relaciones exteriores de España en otras regiones

o dimensiones de la política exterior, como son, durante un cierto período de tiempo, el tema de la Alianza Atlántica y la recta final de las negociaciones para la adhesión a la Comunidad Europea.

Tres

Como ya se ha apuntado, a partir de diciembre de 1988 se ha iniciado una nueva etapa en la política exterior española. Terminada la larga etapa de transición, definidas y concretadas las principales líneas de la acción exterior, materializado plenamente el cambio en la política exterior y afirmados sus márgenes de autonomía, se abre una etapa caracterizada por la normalidad y la progresiva consolidación y profundización de esas líneas directrices de la política exterior. Esto se traduce en una progresiva disminución del importante protagonismo que los Jefes del Ejecutivo han tenido durante el período de transición en materia de política exterior, en orden a una definición de sus características, y en una revalorización del Ministerio de Asuntos Exteriores como protagonista principal de esa política exterior.

España, con su integración, primero, en el Consejo de Europa, y después, sobre todo, en la Comunidad Europea, ha cerrado uno de los capítulos pendientes más importantes en lo que a su definición y posicionamiento en el mundo se refiere. Se trata, al mismo tiempo, de la afirmación de una nueva dimensión de su política exterior y de la superación de su tradicional aislamiento respecto de Europa. De esta forma, la presencia española en el mundo no sólo se normalizaba plenamente, sino que además se intensificaba y ampliaba por efecto de su participación en la política exterior comunitaria.

Algo parecido ha sucedido con lo relativo a la definición de la política de paz y seguridad de España, que era otro de los

capítulos pendientes en su inserción y posicionamiento en el mundo, una vez incorporada a las instituciones europeas. La definición de la política de paz y seguridad se ha cerrado con la clarificación de los términos de la incorporación a la Alianza Atlántica, el ingreso en la Unión Europea Occidental y la firma de un nuevo Convenio defensivo con los Estados Unidos, basado en la afirmación de una nueva relación bilateral equilibrada y duradera. La definición de esta política de paz y seguridad ha normalizado plenamente la posición internacional de España y ha aclarado, igualmente, el sentido y propósitos de su política exterior y, en consecuencia, de las relaciones con Iberoamérica.

Ya hemos visto cómo desde sus primeros pasos en los inicios de la transición política española, hasta sus más recientes expresiones a raíz de la adhesión de España a la Comunidad Europea, la política iberoamericana de España ha ido experimentando una progresiva maduración, en el sentido de ir depurando su sentido y alcance y afirmando su raíz democrática y de cooperación. Si en los primeros momentos de la transición política, e incluso en algún momento de las difíciles negociaciones de adhesión con la Comunidad Europea, durante los gobiernos de Adolfo Suárez, pudo concebirse la política iberoamericana como una política de «sustitución», tendente a llenar el eventual vacío que se podía producir en la afirmación de la dimensión europea y occidental de España, mediante la apertura de una tercera vía, o como una política dirigida a reforzar la posición negociadora de España frente a la Comunidad Europea y frente a los Estados Unidos, e incluso como una política de «legitimación» interna, dados los antecedentes franquistas de una parte del partido centrista, con todo lo que de contradictorio e irrealista puede ser una política de esa naturaleza, hoy, una vez España ha normalizado plenamente sus relaciones internacionales,

culminado su proceso de inserción en Europa y el mundo occidental, la política iberoamericana tiene el terreno totalmente limpio para afirmarse de forma coherente y realista, sacando partido de los márgenes de autonomía que tiene un Estado de las características de España.

En este sentido, lo decisivo es que se ha pasado de concebir la política iberoamericana como política de «sustitución», de «legitimación» o de «presión» a considerar esa misma política como política de «adaptación», es decir, como política que debe adaptarse a las realidades de las que parte, España, y hacia las que se orienta, Iberoamérica. De esta forma, se ha pasado de una política contradictoria e irrealista en cuanto a los intereses nacionales, a una política coherente y realista en relación con ese mismo objetivo. En definitiva, se ha pasado de una política que trataba de instrumentalizar las relaciones con Iberoamérica en función exclusiva de determinados intereses de régimen o de gobierno a una política de cooperación y concertación que pretende atender a los intereses nacionales desde la base de la afirmación de un principio de solidaridad y comunidad.

Despejadas las grandes cuestiones que condicionaban el diseño global y coherente de una política exterior y fijadas en términos realistas las dimensiones iberoamericana y mediterránea, España aparece en el mundo como una potencia media con creciente presencia y protagonismo internacional y con una política exterior

España se encuentra en condiciones inmejorables para continuar afirmando y ampliando los márgenes de autonomía de su política hacia Iberoamérica.

acorde con sus características geográficas, estratégicas, políticas, económicas y culturales y coherente con sus intereses nacionales. En este sentido, España se encuentra en condiciones inmejorables para continuar afirmando y ampliando los márgenes de autonomía de su política hacia Iberoamérica.

Esta constatación no impide el reconocimiento de la existencia de importantes obstáculos para el desarrollo e intensificación de esa política. Obstáculos derivados especialmente del bajo nivel económico de esas relaciones; de la precariedad de recursos de la acción exterior; de la monopolización de la política exterior que puede originar la Comunidad Europea; de la evolución del escenario europeo en el sentido de un desplazamiento de la atención hacia unos países de la Europa de Este en proceso de apertura al exterior y de acercamiento a la Europa comunitaria, que pueden hacer bascular la orientación de la proyección exterior de la Comunidad Europea y de los doce Estados miembros hacia la Europa oriental, en detrimento de las relaciones con otras regiones, como América Latina; de un posible incremento de la tensión en las relaciones con Marruecos; y de la propia conmemoración del V Centenario, que puede provocar un olvido de Iberoamérica a partir de 1992. Obstáculos, íntimamente unidos los unos con los otros, que sólo pueden soslayarse si existe una voluntad política clara, continuada y decidida hacia Iberoamérica.

(1) Vid.: Menéndez del Valle, Emilio, «Política exterior y transición democrática», en J.F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *La transi-*

ción democrática española, Madrid, Sistema, 1989, pp. 715—755.

(2) Vid.: Arenal, Celestino del, «Las relaciones entre España y América Latina», en PNUD/CEPAL, *América Latina y Europa occidental en el umbral del siglo XXI*, Santiago de Chile, 1989.

(3) Vid.: Arenal, Celestino del, con la colaboración de Alfonso Nájera, *España e Iberoamérica. De la Hispanidad a la Comunidad Iberoamericana de Naciones*, Madrid, CEDEAL, 1989.

(4) Mesa, Roberto, *Democracia y política exterior en España*, Madrid, Eudema, 1988, pp.59.

(5) Mesa, Roberto, *ibidem*, pp. 95—96.

(6) Comunicación del Gobierno en materia de política exterior para su debate ante el Pleno de las Cortes Generales, BOCG, 22 de octubre 1983.

(7) Viñas, Angel, «Estrategia nacional y entorno exterior: el caso de España», *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5(1984), p. 97.

(8) Wiarda, Howard J., «Interpreting Iberian—Latin American Interrelations: Paradigm, Consensus and Conflict», en H.J. Wiarda (ed.), *The Iberian—Latin American Connection. Implications for U.S. Foreign Policy*, Boulder, Col./Londres, Westview Press, 1986, p. 239.

(9) Mujal—León, Eusebio, *European Socialism and the Conflict in Central America*, Nueva York, Praeger, 1989, p. 29.

(10) Vid.: Arenal, Celestino del, con la colaboración de Alfonso Nájera, *España e Iberoamérica, op. cit.* (11) Van Klaveren, Alberto, «Las relaciones entre Europa occidental y América Latina: alcances y límites de un proceso de consolidación», en H. Muñoz (comp.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: un balance de esperanzas. Anuario de políticas exteriores Latinoamericanas 1987*, Buenos Aires, GEL/PROSPEL, 1988, p. 383.



GRANDES CIUDADES: RETO Y ESPERANZA

Juan BARRANCO

Aun sin nombrarla directamente, como lo hacen a veces los enamorados, estaré hablando a lo largo de toda mi exposición de nuestra Villa, porque participa en alto grado de las características contenidas en el concepto moderno de gran ciudad y porque supone un reto aún no superado pero cuyas dificultades y complejidad no deben robarnos la esperanza.

Ocurre, en realidad, que la solución de los problemas de las ciudades es la solución de los problemas básicos de esta civilización, porque el futuro del mundo —es decir, el presente y su desarrollo— es urbano. No es, por tanto, un desafío baladí ni una esperanza que no requiera un tenaz e inteligente esfuerzo.

Evolución histórica y tendencias

En efecto, el número de las ciudades con más de un millón de habitantes se ha tri-

plicado en los últimos 35 años. En 1950 había 78, en 1985, 258, y para el año 2010, a la vuelta de la esquina del siglo y del milenio, habrá 511. Se calcula que en el año 2025 un tercio de la población mundial, aproximadamente, vivirá en metrópolis de más de 4 millones de habitantes. Y en este mismo sentido los datos y proyecciones de las Naciones Unidas 1950-2025 establecen para los países desarrollados, en su conjunto, una población urbana que representaba un 60% de la población total en 1960, 70,2% en 1980, un 74,4% en el año 2000 y un 77,2% en el 2020.

En el año 2025 un tercio de la población mundial vivirá en metrópolis de más de cuatro millones de habitantes.

Y esta tendencia creciente hacia la vida urbana como forma dominante de nuestra civilización convive o es compatible en los países desarrollados con algunas tendencias demográficas significativas, según dicho estudio:

1. tasas descendientes o estancadas en el crecimiento de la población;

2. aumento de la edad media. Casi una persona de cada seis tenía 60 o más años en 1980; en el año 2000, una de cada cinco seguramente;

3. disminución del tamaño de la familia: las viviendas con una o dos personas suponían aproximadamente, según la fuente citada, el 50% del número total de viviendas a principios de los 80;

4. el cambio de una economía industrial a una economía en la que el peso del crecimiento en el sector servicios, en sus sofisticadas e informatizadas versiones, es un hecho tan generalizado en los países desarrollados como significativo en cuanto a sus consecuencias en la vida urbana.

Personalmente creo que, junto a estas valoraciones demográficas y económicas, el informe citado no destaca suficientemente lo más significativo: la aparición y extensión, en las grandes ciudades, de factores de crispación y agresividad, de dureza y de insolidaridad.

La ciudad nació como una exigencia de la cultura y de la democracia. O, desde el ángulo opuesto, la ciudad fue la creadora, la matriz de la democracia y la cultura, de formas de convivencia hacia la libertad y la tolerancia. Las megalópolis modernas ponen en cuestión esta lectura tradicional

o tónica. En ellas se instalan también el miedo y la inseguridad y en ellas se mantienen focos de marginación, pobreza y egoísmo. Por ello, la «irresistible ascensión» de la tendencia a la urbanización como forma social preponderante me preocupa hondamente.

El caso de Madrid

En este contexto general el caso de Madrid es especialmente complejo, porque casi todo lo acontecido en las grandes ciudades modernas ha ocurrido en nuestra ciudad de manera tardía pero acelerada.

El despegue económico se produce en los años 60, quince años después de la iniciación de los procesos de recuperación europea, y la crisis nos golpeó quince o veinte años después. Afecta a España más tarde que al resto de los países de nuestro entorno pero con más intensidad en una magnitud básica: el paro. También la recuperación es más tardía y también más fuerte en términos de crecimiento del PIB, y de terciarización y urbanización de nuestra economía.

En Madrid han coexistido, en los últimos años, los sectores económicos en crisis y los sectores económicos en expansión, así como los grupos sociales ligados a unos y otros. Coexisten aún, en la fase de la recuperación, los efectos de la crisis: los parados, todavía demasiados, y los otros, las nuevas profesiones urbanas. Dos ciudades: Azca y San Blas.

La respuesta municipal a esta compleja y sinuosa situación ha sido coherente con el carácter oligárquico y autoritario de quienes mandaban o el carácter democrático de quienes ejercían el poder municipal por mandato de los ciudadanos. El crecimiento demográfico y económico de los años 60 y primeros 70 no va acompañado de las obras de infraestructura y servicios necesarios. Viales, colegios, sanea-

miento, zonas verdes, transportes, equipamientos deportivos y culturales, servicios sociales..., cuanto constituye la esencia de un proceso de urbanización al servicio del hombre son carencias realmente escandalosas en ese período.

A mediados de los 70 y a comienzos de los 80, cuando apenas se acaba de instalar la democracia municipal en la Plaza de la Villa, se acumulan otro tipo de problemas derivados no del crecimiento desarrollista, sino de la crisis: industrias que cierran, empresas que suspenden pagos, pérdidas de empleos, paro, marginación e inseguridad.

Hay que abordar por lo tanto, desde los primeros ayuntamientos democráticos, ambos problemas. Los no resueltos en los años 60, a través de la urbanización reequilibradora de los brutales desajustes producidos ante la pasividad municipal de la dictadura, y los derivados de la crisis económica, a través de una política de servicios sociales y promoción de la actividad económica.

El foso era profundo y por ello fue ambiciosa la política realizada. Más de 100.000 millones de pesetas a lo largo de estos años, hasta 1988, para dotar a la ciudad de cuanto debiera haber tenido previamente: 23.000 millones en equipamientos, 11.000 en servicios públicos, 25.000 en infraestructuras, 8.000 en zonas verdes, etc. Es decir, 34 centros culturales, 12 polideportivos, 26 centros de tercera edad, 7 de salud, 17 centros de servicios sociales, 4 millones de metros cuadrados en zonas verdes, 500.000 metros cuadrados de nuevas calzadas y aceras. Y todo ello con una distribución espacial de la inversión a favor de los distritos y poblaciones más necesitados.

Creo, sinceramente, que lo que se ha hecho era una exigencia democrática, de solidaridad. Alguien lo tenía que hacer por imperativos mínimos de justicia y equi-

dad. A mi partido le correspondió por elección democrática la responsabilidad básica de esta tarea. A mí me tocó, por azares del destino y de la vida, participar en ella.

Los nuevos problemas

Pero a mediados de los 80 se inicia una nueva coyuntura económica en la ciudad y en el país, tardía, como otras veces respecto a nuestro entorno, pero intensa en sus índices de crecimiento del PIB, de la creación de empleo y de la transformación del aparato industrial y del sector terciario en sectores de gestión y de información, de nuevas tecnologías. Las viejas teorías que explicaban la situación real de crisis de los 70, las teorías de «urbanismo y austeridad» de Campos Venutti o del informe del Club de Roma sobre el crecimiento cero, ya no sirven en una situación de crecimiento económico sostenido. Los problemas son diferentes. La realidad ha cambiado, tanto por la evolución económica, urbana, y de las políticas municipales puestas en acción, como por los efectos de la reactivación económica. Aun subsistiendo carencias de equipamientos y servicios que una política de solidaridad y justicia debe resolver a la mayor brevedad, lo específico, lo significativo, lo definitivo de la actual situación de las grandes ciudades como Madrid, son hoy —lo sabemos todos— los problemas de la vivienda, del tráfico, del medio ambiente. Problemas que, con mezclas de proporciones variables, conforman y condicionan unas ciu-

El crecimiento demográfico y económico de los 60 y 70 no va acompañado de las obras de infraestructura y servicios necesarios.

dades en que la calidad de vida —utilizamos este término omnicomprendivo— de la inmensa mayoría de los ciudadanos sufre un creciente deterioro. Problemas cuya solución aún no hemos encontrado, pero que debemos encarar con realismo y lucidez.

El suelo y la vivienda

De todos los componentes del precio final de la vivienda y de su oferta global, el suelo es el único costo que en determinadas condiciones puede ser establecido o condicionado por el ayuntamiento. En primer lugar, a través de los mecanismos de calificación de uso del suelo y de su puesta a disposición de la iniciativa privada para promover, urbanizar y construir viviendas. Este mecanismo, en cuanto a la construcción de viviendas destinadas a los sectores menos solventes, a las clases medias, a los trabajadores, a los jóvenes, no ha cubierto los objetivos previstos. Cualquier política de futuro tiene que contar con este hecho.

Pero, en segundo lugar, y esto es hoy lo relevante, el ayuntamiento puede actuar también a través de su patrimonio municipal de suelo y de la creación de reservas de suelo público para cederlo a precio tasado o como derecho de superficie, gratuitamente, a las cooperativas y ciudadanos que por sus rentas no puedan acceder al mercado de venta o renta libre.

El Plan 18.000 que pusimos en marcha los socialistas antes de la moción de cen-

Lo definitivo en la actual situación de las grandes ciudades como Madrid son hoy los problemas de la vivienda, del tráfico y del medio ambiente.

sura del 29 de junio supone el inicio de esta nueva política que debe resolver una parte de los déficits acumulados de vivienda. El horizonte hoy posible y realizable es la construcción y promoción en el suelo público de 100.000 viviendas sociales en el inmediato decenio. Las disponibilidades económicas de un ayuntamiento saneado financieramente, y la implantación de los mecanismos legales pertinentes, permiten hoy una operación que resuelva de una vez por todas este problema vital para tantos y tantos vecinos de Madrid.

La nueva demanda de plazas universitarias, por otra parte, exige también una valoración de las disponibilidades de suelo existente y calificado y de su posible revisión formal para la implantación de nuevos campus y facultades.

Más suelo para viviendas y universidades y más suelo libre para la ciudad existente. Se trata de esponjar la ciudad consolidada, de abrir nuevos espacios en los viejos ámbitos para la convivencia y para la relación personal. Ni puedo ni debo señalar operaciones concretas o identificar los puntos espaciales de esta renovación urbana, sino apuntar nuevas líneas de reflexión para los urbanistas y sociólogos, para la sociedad madrileña en su conjunto.

En este ámbito de preocupaciones y sugerencias, quisiera detenerme en operaciones de singular relieve en la futura morfología de la ciudad: el desarrollo del convenio que firmé en su día con el ministro de Economía y Hacienda para la reubicación de centros y oficinas estatales fuera de la almendra central de la ciudad, la transformación de la colonia de Campamento con el traslado de las instalaciones militares existentes y la creación de un conjunto urbano residencial y dotacional a la altura de las circunstancias, y la operación de Méndez Alvaro, que identifica a un específico caso de regeneración urbana.

En Méndez Alvaro se plantea una de las operaciones más importantes antes de finalizar el siglo para reconfigurar una periferia cercana, en declive industrial, deteriorada ambiental y urbanísticamente. En este ámbito debe producirse la concertación expresa entre las iniciativas públicas y privadas para el desarrollo de una gran operación cultural, de equipamiento dotacional, de asentamiento residencial y para la ubicación de los nuevos centros administrativos y de servicios que descentralicen la demanda que agobia y genera tensiones indebidas de tráfico en el centro de Madrid. Esta operación puede y debe ser la operación motor que concrete la intervención racional de la Administración Pública en la construcción de la ciudad, apoyándose en la capacidad de gestión de la iniciativa privada.

No hemos hablado aún del tráfico, del bloqueo de la circulación rodada, de los cada vez más largos tiempos muertos en los viajes residencia-trabajo. Es también éste el otro gran problema nuevo de las grandes metrópolis modernas.

Es un secreto a voces que el crecimiento del parque automovilístico registrado en los últimos cinco años ha desbordado la capacidad de circulación y de aparcamiento. Y ello no sólo en el marco de la ciudad, sino en el área metropolitana en que la ciudad se inscribe. Los fenómenos de degradación medioambiental, atmosférica y acústica están también asociados a este hecho.

Prácticamente sin excepción, las autoridades locales de las grandes ciudades europeas y americanas están poniendo en marcha medidas en dos ámbitos bien definidos: restricciones al uso del tráfico privado y potenciación del transporte colectivo. Pero antes de referirme a estas dos políticas, quisiera aludir a otras dos variables que inciden sobremanera en los problemas del tráfico de cada día. Me estoy refiriendo a las horas reales, ya que no for-

El horizonte posible y deseable es la construcción en el suelo público de 100.000 viviendas sociales en el inmediato decenio.

males, de las operaciones de carga y descarga y a los horarios homogéneos y rígidos de la actividad laboral y comercial. Entiendo que es necesario, en cualquier caso, un acuerdo bien estudiado y elaborado en ambas materias entre los interlocutores sociales. Pero creo que es el ayuntamiento quien debe convocarles y promover las condiciones para un acuerdo que va a beneficiar en definitiva al conjunto de los vecinos de la villa y del área metropolitana.

Quizás para enfrentarnos con rigor al problema del tráfico tendríamos que cambiar la perspectiva y la semántica. En realidad no se trata de un problema de tráfico *strictu sensu*, sino de «movilidad», es decir, del tiempo invertido en los desplazamientos y de las condiciones en que éstos se realizan. Mejorar las condiciones, los viales, los pasos subterráneos, las redes rápidas, para que circulen más y más rápidamente los coches, no condujo en ninguna gran ciudad a una solución razonable a la necesidad y derecho a la movilidad de los ciudadanos. Fue una primera y tosca aproximación al problema, superado pronto por haber creado aún más congestión y menos movilidad. Se avanzó entonces en la doble dirección de las restricciones al tráfico privado y de las grandes inversiones en el sistema de comunicación y de transporte público.

La política de restricciones es seguramente inevitable para mejorar la movilidad si al mismo tiempo se actúa en el sistema de transportes colectivos y públicos. La mayoría de los expertos internacio-

***El crecimiento del parque
automovilístico de los últimos
cinco años ha desbordado la
capacidad de circulación
y de aparcamiento.***

nales vienen aconsejando la limitación del tráfico privado en las áreas centrales de las grandes ciudades. Hay sólidas razones para ello, pero es preciso antes disponer de un estudio detallado de sus impactos sociales y económicos y de las alternativas existentes o de inmediata puesta en práctica. Creo que ha llegado la hora para que desde nuestro propio ayuntamiento se acometa esta tarea, cuya responsabilidad no puede esquivar ni transferir.

En cualquier caso, la apuesta decidida que debe afrontar nuestra ciudad y nuestro ayuntamiento —y no sólo el ayuntamiento— es el definitivo diseño y realización del plan de infraestructura y transportes que desde el Ayuntamiento y la Comunidad de Madrid, a través del Consorcio Regional de Transportes, presentamos en su día al Presidente del Gobierno.

Las deseconomías o efectos negativos de las grandes concentraciones urbanas exigen para su solución la intervención de la Administración central y autonómica. Esta es la experiencia actual de las grandes ciudades europeas y no deberíamos ser «diferentes» tampoco en esta cuestión. Si alguna conclusión unánime se repite a lo largo de todas las reuniones internacionales a las que he podido asistir como concejal y como Alcalde de la Villa es ésta: la única solución a los problemas de tráfico y a la necesidad de movilidad es el transporte colectivo y las infraestructuras de comunicación y transporte, que a su vez no pueden realizarse en la cantidad y tiempos debidos si no existe una aportación estatal relevante.

Por ello mi preocupación profunda, casi diría mi obsesión, es el desarrollo del plan que los medios de comunicación han bautizado castizamente como «Plan Felipe», cuyas líneas maestras quiero esbozar rápidamente.

El conjunto de medidas que se plantea debe ser forzosamente ambicioso, como ambicioso es el objetivo que persigue: equiparar la región metropolitana de Madrid a otras metrópolis europeas en cuanto a la capacidad y calidad de su sistema de transporte colectivo, la ordenación y regulación del tráfico viario y una participación de los distintos modos de transporte en la movilidad metropolitana.

Por lo tanto, el plan cubriría un triple objetivo:

Primero: mejorar la eficacia y la integración del territorio metropolitano, garantizando un sistema de comunicación nacional, regional y urbano que minimicen los costos de transporte de bienes y personas y permitan una accesibilidad no discriminatoria a sus ciudadanos.

Segundo: potenciar el transporte público incrementando su eficacia, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, mediante una gestión integrada de los distintos modos, explotando sus específicas potencialidades en los distintos espacios regionales y el tipo de viajes a servir.

Tercero: disuadir el uso indiscriminado del vehículo privado, especialmente en el núcleo metropolitano, el centro urbano de Madrid y su entorno inmediato, y para determinado tipo de viajes, los de carácter recurrente.

En este contexto se plantea como objetivo general incrementar la participación del transporte colectivo en el número de viajes o etapas en modos motorizados. De acuerdo con este objetivo, una mejora sen-

sible de la situación del tráfico en la región metropolitana de Madrid podría obtenerse aumentando el porcentaje de los viajes realizados en el transporte público en un día laborable medio del 60% al 70% del total de viajes motorizados.

Situación actual

Transp. Publ. 3.300.000 (60%)
Vehículo Priv. 2.200.000 (40%)

Necesario

+33%
-33%

Objetivo

4.400.000 (75%)
1.470.000 (25%)

Las medidas propuestas pueden agruparse en dos grupos:

1. Las medidas para aumentar la capacidad y la oferta de transporte (inversiones en infraestructura, material móvil y mejoras de explotación);

2. Medidas para mejorar la calidad del servicio de transporte (modernización de infraestructura e instalaciones, renovaciones de material móvil, mejoras en la explotación, señalización, información a los viajeros, etc.)

Y todo ello mediante aplicación al sistema general de transportes: metro, autobuses, tren y sistema de comunicaciones, con una inversión aproximada de 250.000 millones de pesetas a realizar desde 1.990 entre Ayuntamiento de Madrid, Comunidad Autónoma y Gobierno de la nación.

Me ahorro los aspectos técnicos del plan, que se han elaborado cuidadosamente y que deben resolver en profundidad y con

rigor los problemas enunciados de la movilidad ciudadana, como necesidad social y cultural y como un auténtico derecho subjetivo en las grandes ciudades modernas.

La vieja teoría de la ciudad se ha derrumbado, a veces silenciosamente, a veces con ruidos y protestas. Necesitamos una nueva teoría de la ciudad como centro de convivencia, de cultura, de progreso económico y de solidaridad humana. Echo de menos, sinceramente, la reflexión de nuestros mejores intelectuales sobre la naturaleza y las consecuencias de la creciente y compleja urbanización de la vida humana. Nada hay más práctico que una buena teoría, se ha dicho. Los pragmáticos por excelencia, los que intentamos cambiar la dura y resistente realidad, necesitamos hoy esta nueva teoría de la ciudad.

Hace un par de años, a través de una empresa municipal, pusimos en marcha un diagnóstico sobre la situación de los parámetros básicos de la ciudad para la elaboración de un plan estratégico, acompañado todo ello por una cuidada encuesta. Las conclusiones del estudio y del diagnóstico, discutibles o criticables parcialmente, ofrecían datos claros sobre población, economía, infraestructuras, suelo y vivienda, calidad de vida e imagen de la ciudad. El diseño del plan estratégico que forzosamente quedó truncado bien a mi pesar, a elaborar conforme a dichos datos, estudios y opiniones, podía haber sido, puede serlo todavía, una base de partida para organizar en el tiempo y en el espacio

Los efectos negativos de las grandes concentraciones urbanas exigen para su solución la intervención de la Administración central y autonómica.

las sugerencias y propuestas que he realizado y otras muchas más que la sociedad y las instituciones madrileñas deben discutir y demandar.

Porque el problema de las grandes ciudades, el de Madrid en concreto, es también una cuestión de Estado. Todo cuanto aquí se ha expuesto conduce inexorablemente a esta conclusión.

Y creo que esta madurada reflexión de quienes nos hemos dedicado a las tareas municipales es compartida hoy por el Presidente del Gobierno en su reciente discurso de investidura. Me permito citar textualmente algunas de sus palabras: «o, dicho en otros términos, los propios problemas del crecimiento de la demanda, de las nuevas necesidades, de los nuevos desarrollos, están creando problemas en las estructuras, en los servicios de las grandes ciudades, de difícil solución. En mi opinión, las respuestas no son ni simples ni tampoco admiten formulaciones mágicas. Sin embargo, desde mi responsabilidad quiero decirles que estamos dispuestos a hacer frente a los problemas de esas grandes concentraciones urbanas y desearíamos hacerlo de acuerdo con las instituciones, las fuerzas políticas, las organizaciones sociales y los propios ciudadanos, puesto que de todos depende que los problemas de la gran ciudad (problemas de tráfico, de infraestructura o de transportes) vayan encontrando una solución que permita una vida mejor, no sólo desde el punto de vista económico, sino en los distintos aspectos de la calidad de vida».

El viejo ayuntamiento de 1979, hipotecado por el endeudamiento y la carga financiera, tiene hoy una fuerte capacidad

inversora. Los desequilibrios dotacionales y de equipamientos han sido objeto de una acción municipal fuertemente redistributiva. La reactivación económica ha dado lugar a nuevos empleos y oportunidades. Este marco positivo, en una deseable y posible senda de crecimiento sostenido, permite abrigar la esperanza de erradicar definitivamente las bolsas de marginación y desigualdad aún existentes. Pero permite también, y éste es el desafío al que debemos responder, encarnarnos con los nuevos problemas con imaginación y con audacia, sin aferrarnos a ninguna clase de dogmatismos, prejuicios o vanidades personales.

Ello implica, por cierto, una actitud de respeto a las personas individuales y a la personalidad colectiva de la ciudad; y requiere la persistencia en unos modos democráticos y en un hacer flexible y tolerante, que hemos procurado siempre imprimir a nuestra actuación al frente del Gobierno Municipal y que nos duele ver esfumarse en el fondo y en las formas que parecen hoy en boga. Madrid ha sido, en su más íntima vocación, ciudad integrada e integradora, ciudad abierta y tolerante. Que ninguna forma de intolerancia quiebre este estilo de Madrid.

Creo cada día más en la coincidencia de la racionalidad de las políticas urbanas con el modelo de socialismo democrático. Sólo desde esta perspectiva, a mi juicio, pueden abordarse con esperanza los problemas de equidad y libertad, de justicia y de cultura en nuestra civilización urbana.

Conferencia pronunciada en el Club
Siglo XXI. Diciembre de 1989.



ACTUALIDAD

5

SOCIEDAD, MECENAZGO Y CULTURA

Francisco CANOVAS

Uno de los hechos más característicos del escenario cultural es la revitalización de las iniciativas privadas, expresada por la creación de numerosas asociaciones y fundaciones, así como por el creciente desarrollo del patrocinio empresarial. El afianzamiento de estas tendencias ha sido favorecido por la concurrencia de diversos factores de naturaleza política, económica y cultural.

El cambio democrático, el acceso de las fuerzas progresistas a los gobiernos de las Administraciones Públicas y la puesta en marcha, a partir de la Constitución de 1978, de una política cultural orientada hacia la democratización de los bienes y servicios culturales, favorecieron la creación de unas nuevas condiciones que propiciaron la participa-

ción social y la revitalización de la vida cultural.

Una revitalización cultural que no ha pasado inadvertida a los observadores españoles y extranjeros, y que se manifiesta en indicadores significativos como el incremento de los niveles de práctica cultural, la revalorización social de la cultura, la

En la sociedad actual a la cultura se le considera como dimensión básica de la calidad de vida y del bienestar social.

creación de numerosas asociaciones y fundaciones, el firme despegue del patrocinio empresarial y el impulso de la acción cultural de las Administraciones Públicas.

La actividad cultural de los ciudadanos se ha incrementado notablemente. Encuestas realizadas en 1978 y 1985 revelan un significativo aumento de los niveles de práctica cultural: el 14% en asistencia a conciertos musicales, el 27% en lectura de libros, el 29% en visitas a exposiciones y museos y el 49% en asistencia a teatros. Tan sólo ha descendido la asistencia al cine, como ocurre en la mayoría de los países, y ello está originado por la fuerte concurrencia de otros medios audiovisuales(1).

Este incremento de la actividad cultural está estimulado, básicamente, por la revalorización social de la cultura. En la sociedad actual ya no se la considera como un «adorno», ni como un patrimonio exclusivo de unos pocos, sino como una dimensión básica de la calidad de vida y del bienestar social. La democratización de la cultura, el acceso de los ciudadanos en condiciones de igualdad a los bienes culturales, es hoy un derecho demandado por sectores sociales cada vez más amplios.

A la atención de esta legítima demanda han concurrido las iniciativas privadas y los poderes públicos, cuyas actuaciones han ampliado y diversificado la oferta cultural.

La consolidación del régimen de libertades favoreció la creación de numerosas asociaciones y fundaciones que vertebran

el tejido social, canalizan los intereses ciudadanos y promueven una gran variedad de proyectos sociales y culturales. Por otra parte, se ha producido en los últimos años un firme despegue del patrocinio empresarial, con aportaciones económicas importantes, que ha reforzado la proyección de la iniciativa privada en la vida cultural.

En este contexto, los poderes públicos han jugado un papel decisivo en el enriquecimiento de la oferta cultural y la atención de las demandas ciudadanas. Recuérdese la meritoria labor que desarrollaron los primeros ayuntamientos democráticos, en aquellos decisivos años de 1979 a 1983. Desde entonces, las distintas Administraciones Públicas han desplegado un esfuerzo para aumentar sus recursos presupuestarios, modernizar sus estructuras y ampliar el alcance de sus programas culturales, traduciéndose todo ello en un incremento sustancial de las exposiciones artísticas, los conciertos musicales y las representaciones teatrales. Según Thomas Krens, director de la Fundación Guggenheim, España «se ha convertido en los últimos diez años en un punto de extraordinario interés cultural y artístico en el mundo» (2).

Economía de la cultura

La «cultura» y la «economía» son dos realidades estrechamente interrelacionadas. Esto no siempre se ha apreciado así. No hace mucho tiempo se pensaba que cultura y economía constituían dos mundos diferentes e, incluso, contrapuestos: el de los negocios y el de la creación artística, el de la producción «útil» y el de la «improductiva», el de la técnica y el de las letras, el de los intereses «materiales» y el de los «espirituales»... Dos realidades, en suma, muy diferentes representadas por la «cultura blanda» y la «economía dura».

Esta supuesta contraposición fue desvaneciéndose al apreciarse el creciente im-

pacto del sector cultural en la actividad económica, el desarrollo de industrias productoras de bienes y servicios culturales y la capacidad generadora de empleo del conjunto de la actividad cultural. Un ejemplo: la producción editorial española en 1989 ascendió a 40.365 nuevos títulos, editados por 1557 empresas, localizadas principalmente en Barcelona y en Madrid, con un volumen de negocios de 212.345 millones de pesetas (3).

Las repercusiones económicas de los grandes museos, auditorios y equipamientos culturales en capitales como París, Londres o Madrid son evidentes, tanto en términos directos, como en sectores como el transporte, el turismo y la hostelería. Según el ministro Richard Luce, el número de visitantes a museos del Reino Unido ascendió en 1989 a 100 millones (4).

En fin, la cultura está hoy inserta en el conjunto de procesos económicos, tecnológicos, sociales e institucionales que configuran la sociedad actual. Algunos de ellos, como el desarrollo de los sectores terciario y cuaternario, la aplicación de las nuevas tecnologías a los sistemas de producción, el incremento de la información, la potencialidad de los medios de comunicación audiovisual y la atención de las demandas generadas por la ampliación del tiempo de ocio contribuirán de forma especial a la redefinición de la realidad cultural de los años 90.

La revitalización de la iniciativa privada a través del patrocinio y el mecenazgo

Uno de los aspectos novedosos del escenario cultural es, como decíamos, la revitalización de la iniciativa privada a través de las actividades de patrocinio y mecenazgo.

Este tipo de iniciativas tiene antiguos antecedentes en nuestra sociedad, pero ha sido en los últimos años cuando se han

manifestado con perfiles renovados, en términos cualitativos y cuantitativos, a consecuencia del firme despegue del patrocinio empresarial, de la creación de numerosas fundaciones y asociaciones y, en suma, del fomento de proyectos culturales y sociales de mayor alcance.

a) Los empresarios españoles se muestran muy favorables a que las sociedades económicas contribuyan a fomentar la actividad cultural. El 96% considera que la cultura constituye una dimensión relevante de la sociedad, siendo demandada cada vez más por amplios sectores ciudadanos (5).

La extensión de estas consideraciones entre el empresariado ha favorecido el desarrollo del patrocinio cultural. Así, superadas las limitaciones originadas por la crisis económica, las actividades de patrocinio de las empresas han crecido sostenidamente, representando, en 1988 una financiación de 20.000 millones de pesetas, aportada fundamentalmente por las grandes empresas industriales y de servicios.

El patrocinio cultural es impulsado por las empresas como un nuevo medio de publicidad promocional. «La imagen descubierta y no impuesta —se dice en el Informe «Perrin-Cartier»— es más creíble» (6). En un mercado de la comunicación como el actual, saturado por la publicidad convencional, las actividades de mecenazgo utilizan los valores y los símbolos de la cultura y el arte para difundir la idea de que las empresas colaboran en la

La democratización de la cultura es hoy un derecho demandado por sectores sociales cada vez más amplios.

atención de los intereses generales, que aportan su dinero para atender las necesidades sociales y culturales de la comunidad.

Los contenidos culturales fomentados por el patrocinio empresarial son muy variados, así como su ámbito de proyección. Entre las actividades de proyección pública se sitúa en primer lugar la pintura, con el 38%, seguida por la literatura, con el 33%, por la música, con el 27% y, a cierta distancia, por la recuperación y restauración del patrimonio, con el 14%, y las conferencias, con el 11%.

Por otra parte, el 49% de las empresas bibliotecas (16%) y el cine (7%).

En fin, nos encontramos ante un fenómeno relativamente novedoso como es el patrocinio empresarial, que inició su desarrollo en 1986 y que, en unos pocos años, ha adquirido un fuerte impulso, haciendo notar su incidencia en la vida cultural con actuaciones de indudable alcance, como los premios «Príncipe de Asturias», la informatización del Archivo de Indias o el patrocinio de la Orquesta Nacional de España, por citar algunos ejemplos significativos.

b) Otra de las facetas de la revitalización de la iniciativa privada, de corte más clásico, es la recuperación que se ha producido en los últimos años en el ámbito de las fundaciones, unas entidades de perfiles muy variados en cuanto a filosofías y prioridades de actuación, que se dedican a

La cultura está hoy inserta en el conjunto de procesos económicos, tecnológicos, sociales e institucionales que configuran la sociedad actual.

finalidades educativas, culturales y sociales de interés general, con una orientación más ajustada al mecenazgo, por cuanto no pretende conseguir una contrapartida publicitaria.

El Ministerio de Cultura desarrolla una labor de cooperación con las fundaciones que tienen una finalidad predominantemente cultural. A finales de 1989 estaban inscritas en su registro 198 fundaciones. La mayoría de ellas, el 76%, fueron creadas a partir de 1982, dato que expresa la revitalización de la actividad fundacional en los últimos años (7).

Pero más que el número de nuevas fundaciones, lo verdaderamente significativo es el cambio cualitativo que se está originando, ya que las fundaciones de reciente creación están dotadas con mayores recursos económicos y proyectos culturales más cualificados.

La capacidad económica de las fundaciones está mejorando sustancialmente. Durante los años 70, el impacto general de la crisis económica limitó su disponibilidad de recursos, pero a partir de 1985 sus niveles de ingresos fueron incrementándose gracias al impulso del patrocinio empresarial y a la mayor canalización de recursos de la sociedad. En 1987 los presupuestos de gastos de las fundaciones registradas en el Ministerio de Cultura ascendieron a 2.955 millones de pesetas, lo que representó un incremento del 53% respecto al año anterior. Esta tendencia se viene manteniendo, situándose en 1988 en torno a 5.700 millones de pesetas.

Según un estudio sobre el ejercicio de 1987, la distribución del gasto de las fundaciones agrupándolas por áreas de actividad cultural predominante fue la siguiente: las fundaciones dedicadas a la promoción cultural, esto es, a programas que abordan varias áreas, o bien tratan de desarrollar ámbitos territoriales determi-

nados, gastaron 1.842 millones de pesetas; las fundaciones dedicadas a la difusión ideológica, de orientación política o religiosa, gastaron 485 millones; las dedicadas a la promoción del patrimonio histórico y del arte, 412 millones; a actividades literarias y documentales, 114 millones; al fomento de la música, 97 millones; y al teatro, 24 millones.

Por otra parte, los programas específicos más desarrollados fueron los «Simposios, conferencias y cursos», con 248 millones de pesetas; la «Conservación y restauración del patrimonio», con 241 millones; los «Premios, becas y ayudas económicas», con 240 millones; los «Conciertos musicales», con 97 millones; y la «Investigación», con 92 millones de pesetas.

En suma, el escenario de las fundaciones culturales presenta un variado abanico de prioridades y realizaciones, estando inmerso, en estos momentos, en un proceso de enriquecimiento y renovación. Las estimables realizaciones de fundaciones como la «Juan March», «Principado de Asturias», «Germán Sánchez Ruipérez» y «Colegio de Eméritos Universitarios», así como las primeras actuaciones de fundaciones de reciente creación como la «Thyssen Bornemisza», «Banco de Bilbao Vizcaya», «Banco Hispano-Americano», «Camino de Santiago» y «Mapfre» van a dar, sin lugar a dudas, un impulso a la actividad fundacional en el campo de la cultura.

El fomento del mecenazgo; un debate abierto

Las tendencias recientes del mecenazgo y las estrategias adoptadas respecto a las mismas por los poderes públicos han originado un debate en los países europeos y los foros internacionales en el que se han expresado diferentes valoraciones y propuestas.

Nos encontramos ante un fenómeno relativamente novedoso como es el patrocinio empresarial, que ha adquirido un fuerte impulso.

El debate se ha centrado fundamentalmente en el patrocinio empresarial, la tendencia más pujante de las distintas formas de intervención del sector privado en la cultura, afectando menos a las fundaciones y asociaciones.

Las manifestaciones más favorables hacia el fomento del mecenazgo empresarial se han expresado en círculos liberales y conservadores. Una de las formulaciones más perfiladas es el *Informe Perrin-Cartier*, presentado en 1987 al Gobierno francés con motivo de la preparación de la Ley de Desarrollo del Mecenazgo 1987/571.

El informe cuestiona la idea de que la acción cultural sea competencia del Estado, de que intereses generales no puedan ser promovidos por las iniciativas privadas. Este es, a su modo de ver, un «prejuicio» carente hoy de sentido.

La labor cultural desarrollada por el Estado es muy criticada. Tiende a un intervencionismo creciente, que califica de «obstruccionista» y «depredador», que conduce a una atención deficiente de las demandas culturales, a una gestión burocratizada y a la disuasión de las iniciativas privadas.

Según el informe, este modelo de servicio público se encuentra en crisis, avanzándose hacia un nuevo escenario en el que desarrolla un papel cada día más importante la iniciativa privada, y sobre todo la empresa: «Este fin de siglo ve emerger a la empresa como actor económico y social preponderante. La empresa que sa-

La atención del derecho de los ciudadanos a la cultura es responsabilidad de los poderes públicos y de las iniciativas sociales.

lió revalorizada de la crisis de los setenta se la felicita hoy por su eficacia y su dinamismo. Se reconoce su papel social (...) La cultura es también asunto de la empresa» (8).

El creciente desarrollo del mecenazgo empresarial, así concebido, propiciará logros importantes para la vida cultural, como la ampliación de la oferta cultural y su acercamiento a la demanda ciudadana, la modernización de los sistemas de gestión de los servicios culturales, la creación de redes asociativas integradas por creadores, empresarios, medios de comunicación y responsables públicos y, sobre todo, la superación de la tradicional disociación entre «economía» y «cultura».

En suma, el informe Perrin-Cartier constituye una defensa incondicional del papel de la empresa en el mundo de la cultura. Las palabras con las que finaliza son sumamente expresivas del nuevo liberalismo que pretende representar: «La cultura y la economía se unen, dejad hacer a la empresa. Dejad pasar al artista» (10).

En el ámbito europeo existen otras posiciones sobre la política cultural y el papel que corresponde desarrollar a la iniciativa privada. Una de ellas fue la preconizada por los *socialdemócratas suecos* a partir de los años 60.

Para los *socialdemócratas* la cultura es una dimensión básica del Estado de bienestar, el pacto social impulsado por sindicalistas y socialistas en los años sesenta, aceptado por el resto de las fuerzas socia-

les, con la finalidad de asegurar a los ciudadanos unos niveles básicos de seguridad material y de prestaciones sociales y culturales.

Los ejes de la construcción del Estado de bienestar fueron la potenciación de los servicios públicos, la modernización de las estructuras de la Administración y el fomento de la participación ciudadana en el control de la gestión pública.

En este contexto, la «Declaración de Política Cultural», aprobada por unanimidad por el Parlamento sueco en 1974, definió un modelo de actuación basado en los principios de democratización de la cultura, participación social, descentralización administrativa y cooperación internacional.

Este modelo de política cultural no contempla el patrocinio empresarial. Los cometidos específicos asignados a la empresa son el impulso de la actividad económica y la mejora de la producción. La actividad cultural no se relaciona con la gestión empresarial, ni con la finalidad lucrativa de los negocios, por eso cuando las empresas se introducen en ella pueden originar «efectos negativos». De ahí que la «Declaración de Política Cultural» asumiera las preocupaciones que había manifestado Edenman, ya en 1959, sobre las consecuencias de la comercialización de la cultura, de los efectos negativos de las leyes del mercado en la creación cultural y no estableciera ventajas fiscales para las empresas ni los particulares que promovieran actividades culturales, definiendo una línea de actuación que ha llegado hasta la actualidad (10).

Esta perspectiva crítica ha sido desarrollada por diferentes sectores, como el Atelier Ruschlikon, que han llamado la atención sobre los problemas que podría originar el protagonismo empresarial en el

mundo de la cultura, entre los que resaltan los siguientes:

— La paulatina dependencia del arte y la cultura del gran capital, cuyos intereses económicos, políticos e ideológicos condicionarían la libertad de creación, los contenidos culturales y las características de la oferta cultural.

— La incorporación de la cultura a la publicidad comercial, promocionándose actividades que, sobre todo, «vendan» la imagen empresarial al mayor número de ciudadanos, que tengan unos efectos espectaculares que permitan conseguir una amplia audiencia. Unas actividades culturales, en suma, en las que el *marketing* prevalece sobre el propio contenido cultural. Así, las exigencias publicitarias obligan a descartar manifestaciones minoritarias (creación contemporánea), inversiones de resultados a medio plazo (construcción de equipamientos) y programas de escaso impacto popular (investigación, educación cultural básica, etc.).

— El desplazamiento del Estado, a medio plazo, a un papel secundario en la financiación y fomento de la cultura, que quedaría en manos de los agentes privados, siendo perjudicados los sectores sociales usuarios de los servicios públicos, esto es, las clases populares.

— La introducción en el trabajo cultural de factores de discontinuidad, al pasar a depender de las fluctuaciones económicas propias de las empresas y de un sistema basado en financiaciones puntuales, sin garantías de continuidad.

Y, en fin, la influencia de los intereses empresariales amparados en sus recursos económicos, sobre organismos, instituciones y entidades culturales (11).

Entre estas dos posiciones, ha ido ganando terreno en los últimos años una

intermedia preconizada por *Lang y Tummers*, entre otros, fundamentada en el fomento del mecenazgo privado, inserto en un modelo cultural caracterizado por la corresponsabilidad de los poderes públicos y las iniciativas sociales y la concurrencia de ambos sectores en la financiación de las actividades culturales. Esta orientación se perfila en el «Programa 2.000» del PSOE: «La democracia cultural que proponemos ha de desplegarse sobre la base de calidad y el carácter de la cultura, así como sobre la integración de los valores del humanismo y la cultura científico-técnica. El papel que debe jugar en la organización y financiación de la cultura la iniciativa privada, el mecenazgo y el voluntariado, y las actuaciones que en materia de cultura corresponden a las instituciones públicas, deben equilibrarse entre sí. Es coherente con el desarrollo futuro de la sociedad española que el Estado, en concertación con las industrias culturales, demercantilice segmentos de la producción cultural, de modo que —mediante su actuación fiscal y presupuestaria— se conviertan en bienes de uso accesibles a toda la población» (12).

Los argumentos expuestos sobre el patrocinio empresarial, como puede apreciarse, ofrecen materia para un debate, ciertamente interesante y complejo que, en el fondo, somete a discusión cuestiones de primordial importancia, como el papel del Estado y la iniciativa privada en la vida cultural, los recursos económicos aportados por cada uno de ellos y las orientaciones prioritarias de la oferta cultural. Y en

***Plantear ahora en España
el debate sobre la
alternativa privatización/
estatalización de la cultura
no sería lo más
recomendable.***

esta discusión, unos sectores tratan de enriquecer el modelo cultural, adecuándolo a las nuevas exigencias sociales, mientras que otros se proponen desplazar al Estado para dejar la cultura en manos privadas.

Las responsabilidades culturales del Estado y de la sociedad

La cultura es hoy una dimensión básica del desarrollo personal, la calidad de vida y la articulación de las relaciones sociales. La Declaración Universal de los Derechos Humanos proclama que «toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la Comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico».

En esta línea, la Constitución española determina que «los poderes públicos promoverán y tutelarán el acceso a la cultura, a la que todos tienen derecho» (Art. 44)

El *derecho a la cultura* ha sido desarrollado por organismos internacionales, como el Consejo de Europa y la Unesco, en relación con los principios de «*democratización de la cultura*» y de «*democracia cultural*».

La «*democratización de la cultura*» constituye el proceso por el que los ciudadanos acceden a los bienes culturales, al patrimonio cultural de la comunidad, gracias a las correspondientes estrategias de difusión cultural y a la corrección de las desigualdades impuestas por factores sociales o territoriales.

***La cultura, es hoy
una dimensión básica del
desarrollo personal, la
calidad de vida y la articulación de
las relaciones sociales.***

Por su parte, la «*democracia cultural*» representa el derecho de los ciudadanos a ejercer libremente las actividades creativas que les sean propias, a participar directa y activamente en la creación cultural.

La atención de este derecho básico que es el derecho de los ciudadanos a la cultura, en la doble perspectiva complementaria de democratización de los bienes culturales y de libre expresión de la creatividad cultural, es, a mi juicio, una *responsabilidad de los poderes públicos y de las iniciativas sociales*.

A los poderes públicos corresponde la obligación de crear las condiciones que favorezcan el desarrollo socio-cultural, en un marco presidido por la libertad y la solidaridad. La corrección de la desigualdad de oportunidades originada por factores sociales y territoriales debe de ser una orientación prioritaria.

Por otra parte, la capacidad concurrencial de los agentes institucionales y sociales debe ser reforzada. Las iniciativas privadas disponen de un amplio campo de actuación para desarrollar los fines que les sean propios, así como para concertar con otras entidades sociales y con las Administraciones Públicas la realización de proyectos culturales de especial interés. Un mayor diálogo y cooperación entre los diferentes sectores será beneficioso para todos.

Plantear ahora en España el debate sobre la alternativa privatización/estatalización de la cultura no sería lo más recomendable. La discusión sobre la crisis del Estado del bienestar debe de tener muy en cuenta las condiciones de nuestra evolución histórica y nuestras necesidades de desarrollo.

Los países europeos se han planteado la contención del gasto público en los servi-

cios preferentes después de un importante esfuerzo de inversión de recursos desarrollado en los últimos treinta años, gracias al cual disponen de una infraestructura de servicios y de una oferta cultural estimables.

La situación española no es esa. El sistema democrático inició su andadura hace pocos años y la inversión de recursos en el nuevo modelo de política cultural no ha alcanzado los niveles de los países europeos. De ahí la subsistencia de problemas seculares como los desequilibrios territoriales, la precariedad de los servicios públicos y la debilidad tradicional de las iniciativas socio-culturales.

En este contexto, las alusiones críticas al «Leviatán» estatal son exageradas. Uno de los problemas de la España moderna ha sido la debilidad del Estado, que le impedía atender necesidades sociales perentorias.

Así pues, el impulso cultural que los poderes públicos y las iniciativas privadas han desarrollado en los últimos años debe de ser mantenido y reforzado. Y ello plantea otra cuestión fundamental, como es *la financiación de la cultura*.

En España se está realizando un esfuerzo por incrementar los recursos destinados a la cultura. El presupuesto de gastos del Ministerio de Cultura, excluyendo áreas sociales que finalmente se integraron en otros Departamentos, pasó de 27.204 millones de pesetas en 1983 a 44.433 millones en 1989. Los costes transferidos a las Comunidades Autónomas pasaron de 2.418 a 29.925 millones.

Los presupuestos de gastos de las Comunidades Autónomas en programas específicamente culturales pasaron de 22.365 millones de pesetas en 1985 a 65.604 millones de pesetas en 1989.

El impulso cultural que los poderes públicos y las iniciativas privadas han desarrollado en los últimos años debe de ser mantenido y reforzado.

Los sectores privados, por su parte, han contribuido en esta canalización de recursos hacia la cultura, pasando de niveles modestos a principios de los años 80 a un volumen de inversión situado en torno a 30.000 millones de pesetas.

Este esfuerzo económico debe ser proseguido en los próximos años. La sociedad española, en el umbral de los años 90, tiene planteados importantes retos culturales. La modernización de los servicios básicos, el desarrollo de las industrias culturales, la progresiva extensión de los bienes culturales a toda la población y la aportación de la cultura española a la construcción del espacio europeo son algunos de ellos.

Intensificar la colaboración entre las fundaciones, asociaciones y empresas y los poderes públicos para desarrollar proyectos sociales y culturales de especial interés es una orientación prioritaria.

El mecenazgo dispondrá en los próximos años de amplias posibilidades para canalizar todo tipo de iniciativas. Sus mejores potencialidades se desarrollarán en la medida en que favorezca la colaboración de los ciudadanos en proyectos de interés general, contribuya a enriquecer el tejido socio-cultural y, en suma, esté al servicio de las legítimas exigencias de progreso cultural y de solidaridad.

(1) *Encuestas de demanda cultural*, 1978 y 1985, Ministerio de Cultura.

(2) *El País*, 15 de marzo de 1990, pág. 44.

(3) *Informa sobre el sector editorial español*, Centro del Libro y la Lectura, 1989, Ministerio de Cultura.

(4) *The Times*, 19 de diciembre de 1989, pág. 36.

(5) *El mecenazgo de empresa en España*, 1987, Ministerio de Cultura.

(6) *El mecenazgo francés, el final de un prejuicio*, Alain Dominique Perrin, 1987, pág. 27.

(7) Cfr. Francisco Cánovas, «El mecenazgo cul-

tural», *Rev. Economía industrial*, n 267, 1989.

(8) *El mecenazgo francés...*, op. cit., pp. 1-7.

(9) Op. cit., p. 60.

(10) *Swedish cultural policy in the 20 th. century*, N. H. Nilsson, pp. 45-51, 1980.

(11) Rapport Atelier Rüscliikon, Consejo de Europa, 1985.

(12) Rapport Tummers, Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, 1987, «Manifiesto del Programa 2000», PSOE, p. 42, 1990.

CIDOB

AFERS INTERNACIONALS

Elisabets, 12 - Tel. 302 64 95 - 08001 Barcelona

Publicación trimestral de Relaciones Internacionales
Atención especial a los siguientes bloques temáticos:

Paz y Conflictos
América latina
Países del Este
Africa negra

Reflexión y análisis permanente sobre el carácter y
naturaleza de las Relaciones Internacionales coyunturales



ENTREVISTA

ENTREVISTA CON NORBERTO BOBBIO

Giancarlo BOSETTI

Profesor, esta entrevista no puede comenzar sino con las dudas e interrogantes que usted manifestó después de la represión de China. ¿Qué cosa sustituirá al derrumbe del modelo comunista? ¿Cómo será la izquierda del futuro?

— El problema de la izquierda es el de la cuestión social, transportada de los Estados en particular a todo el mundo. Se trata de encontrar una alternativa a aquella que, para el viejo socialismo, era la clase social poseedora del impulso universal para la emancipación. Una cosa es decir: proletarios de todo el mundo únense; y otra es decir: abandonados del mundo... Mis dudas no están en relación a la individualización de los objetivos de justicia, sino a la posibilidad de dar voz a aquéllos que representan la parte condenada del mundo. Hay que considerar también aquí

países que podemos definir democráticos como Brasil, México, Colombia, donde existen elecciones regulares democráticas e institutos representativos.

Tenemos que darnos cuenta que ahí la democracia puramente formal no es capaz de transformar los *no hombres* en *hombres*, ahí se muere de hambre y enfermedades, los derechos son solamente formales. El problema para la izquierda es tal, que yo me pregunto cuál puede ser la solución política, cómo se puede organizar la fuerza para cambiar las cosas en profundidad. La fuerza de la religión, en los países que viven este drama, nace justamente del hecho de que la religión católica en algunas áreas, y la islámica en otras, es la única razón de vida, no obstante ser únicamente una fuerza moral. Los curas y arzobispos en el Tercer Mundo tienen

tanta fuerza porque la política, que debería en alguna forma satisfacer las mismas exigencias, es demasiado débil. El hecho de que en estos países guerrilla y violencia sean endémicas, demuestra la insuficiencia de las dictaduras y también de las democracias puramente formales.

— **Democracia formal y socialismo.** Usted siempre ha querido conjugar socialismo y libertades civiles, un proyecto de socialismo liberalizado y un liberalismo socialmente responsable. Este difícil proyecto lo ha definido Perry Anderson como una inestable mezcla química.

— Sí, estoy de acuerdo con esa definición y, justamente porque estoy de acuerdo, no soy muy optimista. Nadie hasta hoy ha encontrado la manera de poner de acuerdo derechos de libertad y exigencias de justicia social. En la respuesta para Anderson, que será publicada, comento su frase que, a propósito del liberalsocialismo, dice: *It is too soon, sí, es demasiado rápido* para dar un juicio definitivo al respecto. Esto significa que todavía no tenemos las ideas claras sobre el camino que se tiene que recorrer.

— **Esto es cierto sólo por la parte negativa, pero se puede decir que el fracaso del socialismo sin libertad ha verificado su tesis.**

De acuerdo, el fracaso del socialismo sin libertad ha confirmado los derechos de libertad, pero no el futuro del socialismo: donde se han desarrollado los derechos de libertad y el derecho de propiedad —y no es fácil entender esto en una perspectiva socialista— se ha llegado inevitablemente a una lucha de intereses de la cual surge quien se bate por la superación de las desigualdades, una lucha que ha dado vida a los partidos socialistas democráticos, los cuales no han logrado transformar sino al máximo corregir la sociedad de los privilegios. Es necesario sin embargo ser conscientes que, en los países con instituciones

democráticas, los ciudadanos que gozan de estos derechos son los que rechazan con el voto las propuestas moderadas, reformistas, gradualistas. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de debilidad del socialismo y en general de la izquierda.

— **El movimiento obrero occidental sin embargo ha recorrido ya un buen trecho, pensemos en el Estado social en los países europeos.**

— Es cierto, pero piense la situación italiana, sumando los votos del PCI y del PSI se llega siempre al 40%. En 1976 con el PCI en los niveles más altos y el PSI en sus mínimos, se alcanzaba un poco más del 40%. Ahora son 27 más 14.

Es impresionante esta constancia del electorado respecto de los dos partidos históricos de la izquierda italiana. Yo pienso que el razonamiento debe partir de este bloque que obstaculiza la perspectiva de izquierda. Con el fracaso de la vía leninista, nos encontramos que el camino de la izquierda es más incierto que nunca.

— **La crisis del Este no tiene sólo carácter negativo. Por ejemplo, dice Peter Glotz: existen en Europa centrooriental buenas oportunidades para la socialdemocracia, en los próximos 25 años, seis Estados se pueden transformar en economías mixtas ya que tienen dirigentes e intelectuales de cultura socialista democrática.**

— La socialdemocracia ha sido un adversario de los Estados socialistas. Ciertamente no todo el movimiento socialdemócrata ha sido anticomunista, pero creo que antes de cualquier cosa es necesario razonar sobre aquello que considero una derrota. Quiero indicar esta necesidad como una tarea que toca hoy a socialdemócratas, socialistas y comunistas: entender hasta el fondo las razones de esta derrota.

— Dígame usted, ¿cómo se puede empezar una explicación?

— El pecado original, el vicio de fondo de los regímenes comunistas fue el de mantener un carácter monocrático después de la revolución. Repito algo que no decía desde hace 30 años: la necesidad de distinguir el momento de la conquista del momento del ejercicio del poder.

En períodos de crisis es necesario el reagrupamiento, la unidad, lo que llamo poder monocrático; sin embargo, después de la conquista el poder debe ser ejercido en modo democrático. Esto sucedió, por ejemplo, con la resistencia italiana: había unidad en el comando a pesar de las divergencias de partido; sin embargo, una vez que se logró el objetivo surgió el acuerdo entre los partidos para instituir un futuro democrático.

En síntesis, para la conquista del poder se hizo necesario un pacto de no agresión entre los aliados que debería ser sustituido por un segundo que estableciera las reglas que permitirían a cada uno desarrollar su política propia sin necesidad de recurrir a la fuerza. Primero unidad en la lucha, después unidad en la delineación de una Constitución democrática. Y Constitución democrática quiere decir sustancialmente establecer reglas para la solución de los conflictos al interior de toda sociedad sin necesidad de recurrir a la fuerza recíproca. Esta es la definición de la democracia que yo llamo procesual. Los valores que más adelante se sigan, en el ámbito de la dialéctica democrática, dependen de las fuerzas que lleguen a ser hegemónicas. En Rusia, por el contrario, una vez realizada la revolución surgió la mano dura; los partidos de oposición fueron suprimidos. Y con base en este modelo, en todos los países en los que el Partido Comunista ha tomado el poder, aquel pecado original se ha repetido.

— Es sobre esta estructura monocrática que ahora se está discutiendo en los países del Este. Asistimos en Moscú, en Polonia, en Hungría, al inicio de la transición. Parece posible —ha escrito Duverger— un cambio, en este 89, que podría ser muy violento respecto de aquel otro del 89.

— Es cierto que esto está sucediendo. El estadio más avanzado es el de Polonia. Esto demuestra la crisis del modelo monocrático. De hecho, como sostuve en mi artículo sobre China, los jóvenes de Tiananmen, con la estatua de la libertad, sostenían las mismas cosas que los revolucionarios del 700: la libertad de palabra, de opinión, de reunión y aquella que considero la más difícil de obtener, la de asociación, que, por el momento, sólo ha sido conquistada en Polonia.

— En Polonia, Hungría y la URSS, está en curso una evolución que da alguna esperanza.

— Puede ser, no lo niego, pero si las perspectivas son aquellas de regresar a la socialdemocracia quiere decir que un gran paso hacia adelante no se ha dado. Si el gran progreso después de 40 o 50 años de experiencias comunes y de esperanzas —y yo viví de cerca el entusiasmo con el que los comunistas han luchado y sufrido por las vidas que han sido sacrificadas— es el de regresar a la socialdemocracia, quiere decir que un gran paso hacia adelante no se ha dado.

— Es posible decir que la historia de la cultura democrática, no el liberalismo conservador sino la tradición de la democracia obtenida con las conquistas sociales, es la historia de la contaminación de la mejor tradición liberal con las instancias del movimiento obrero, es el producto de una evolución histórica, de un progreso.

— Estoy de acuerdo, siempre he sido un demócrata.

— Usted sin embargo no habla con entusiasmo de la socialdemocracia, prefiere hablar conjuntamente de socialismo y liberalismo.

— Mi inspiración es socialista y he participado en los primeros movimientos antifascistas a través del liberalismo socialista de Guido Calogero.

— ¿Existía quien, en aquel entonces, hablara de «comunismo liberal»?

— Ciertamente, y también quien hablara del comunismo católico. Esto demuestra el enorme encanto del comunismo por aquella época. Un encanto que hoy no existe más. A pesar de nunca haber sido comunista, no tengo aquella forma de anticomunismo feroz que tienen los excomunistas o los jóvenes que ven sólo los aspectos negativos del comunismo.

— Anderson ha escrito que en sus reflexiones el PCI ha sido siempre un punto de referencia. Usted ha tenido con los comunistas algunas discusiones de gran importancia, en 1954 directamente con Togliatti y con Della Volpe, cuando los puso en guardia sobre que un progresismo tan audaz podía caer en la dictadura. Ahora que el PCI se ha separado de aquella fase se ha escrito que las anticipaciones de Bobbio han sido confirmadas.

— Sobre el particular creo que es justo una nota de agradecimiento personal. En realidad ninguno de los comunistas de hoy, tocando el tema de los derechos de libertad, sostendría las tesis que fueron defendidas en los 50 (debo decir que no sólo la polémica con Togliatti no fue muy animada, sino que ya en 1957 Della Volpe corrigió su juicio de 1954 reconociéndome algunas razones). Me parece que es posible decir, sin presunciones, que los comunistas italianos han cambiado más de lo que yo he cambiado. La discusión, en sustancia, se relacionaba con los derechos

fundamentales: mi polémica nacía del hecho que, de Marx en adelante, estos derechos eran considerados como reivindicaciones burguesas. Yo respondía que stas no eran reivindicaciones burguesas sino del hombre en cuanto tal, ya que poder reunirse y asociarse libremente es algo que interesa también a los proletarios y esto es tan cierto que estos derechos los han usado por un siglo para crear un gran movimiento socialista, nacido en los países donde existían estos derechos de libertad.

— En 1975 dos de sus artículos fijan dos puntos decisivos. Uno está en relación con la ausencia de una teoría del Estado en Marx y el otro habla de la falta de alternativas hacia la democracia. Sobre este último punto usted no sólo insiste sino agrega, en una nota muy aguda aparecida en estos días, que la democracia no mantiene sus promesas.

— Esto también frente a la desilusión de la democracia italiana. Sinceramente no se puede decir que ésta satisfaga todas las exigencias de libertad y justicia. Sin embargo, lo he dicho siempre y lo repito: es mejor una mala democracia que una buena dictadura. Cuando se dio la discusión con De Felice sobre el fascismo, yo me puse en guardia contra ciertas tendencias. Es verdad que en relación al nazismo el fascismo fue una dictadura mejor, pero para aquéllos que conocen la historia de oídas, es importante siempre remarcar que una mala democracia, no obstante esto, es siempre mejor. No se debe despreciar, busquemos reforzarla, mejorarla, pero estemos atentos a no destruirla.

— Usted se ha mantenido siempre dentro de la difícil línea de la exigencia de socialismo, con los peligros de degeneración autoritaria y los principios de la democracia, con el riesgo de que las promesas no se cumplan. Observando 50 años de historia y usando su mismo punto de vista, no se puede negar que se han alcanzado progresos al formular la hipótesis de una extensión universal

de los derechos, lo cual era impensable algunos decenios atrás.

— Sobre el particular estoy absolutamente de acuerdo. Además debo decir que mi artículo sobre China, en el que advertía sobre no hacerse muchas ilusiones, ha sido mal interpretado por algunos: el fracaso del comunismo no hace desaparecer las interrogaciones de fondo con base en las cuales nació este movimiento. Quien ha pensado que yo he renunciado a mis profundas convicciones democráticas ha cometido un gran error. No lo escribí para dar un bastón de apoyo a los comunistas. El punto es que ahora ha aumentado la responsabilidad de la democracia frente al fracaso de los comunistas: ahora la democracia debe buscar resolver el problema de una sociedad justa que el comunismo intentó resolver a través de una vía que históricamente se ha demostrado equivocada. No obstante mi escepticismo sobre que la democracia, frente a los problemas del Tercer Mundo, sea hoy capaz de darles una solución adecuada, estoy convencido que de la democracia no se puede salir, no se debe salir, porque todos los intentos por salir de ella han demostrado que al final se recorren vías infecundas y peores, hasta en relación a la peor democracia. De lo anterior creo que ya todos estamos convencidos, también los comunistas, frente a esta dificultad; yo dirijo mi vista hacia aquello que se llama democracia internacional. Mientras la democracia parece extenderse también hacia el Este europeo, yo creo que sus principios deben ahora afirmarse a escala internacional: esto significa transportar sus reglas fundamentales, que valen en el ámbito de los Estados en particular, al sistema internacional.

— **Ahora bien, ¿es éste el campo de acción de la izquierda? ¿Está aquí, según usted, su tarea principal?**

— Quisiera sostener sin embargo que la democracia que se está afirmando, tam-

bién en los países del Este, es aquella democracia fundada en algunos principios y procesos que los movimientos de izquierda y los comunistas han combatido siempre como una falsa democracia, una democracia burguesa.

— **Pero esto lo dice desde hace años la izquierda italiana. Es un principio tan afirmado en el PCI que ha llegado a ser sustancia política. No es una amarga constatación del último momento.**

— Estoy de acuerdo que el PCI lo dice desde hace años y también que, desde el punto de vista de la acción política, el PCI se ha conducido desde hace años como un partido democrático que respeta aquella regla fundamental de la democracia, la que permite protestar y mostrar el desacuerdo en todas las formas posibles sin romper con el pacto que excluye el uso de la violencia. Es necesario reconocerle históricamente esto al PCI, un partido que en 1948 impidió que el atentado a Togliatti (si bien no se sabe cuál haya sido la mano que había armado a aquel joven pagado que le disparó) se transformara en la ocasión de una respuesta violenta. Por esta razón digo que el PCI no sólo ha profesado la democracia sino que se ha conducido lealmente en estos años de vida democrática. No obstante lo anterior, queda siempre el problema de que la izquierda es débil, que su perspectiva es débil.

— **Nosotros tenemos la democracia de las reglas liberales, a las que no se debe renunciar. En una ocasión usted escribió: en Stuart Mill encontramos el ABC de la democracia, pero más adelante siguen otras letras, esto es, su contenido social. Para realizar este contenido son necesarias nuevas fuerzas. Hobsbawm dice que no tenemos ya la fuerza de la clase obrera, pero tenemos los grandes partidos de izquierda, de origen obrero, que pueden formular nuevas políticas. En Inglaterra, por ejemplo, los laboris-**

tas parecen tener la fuerza para derrotar a la Thatcher.

— Sí, pero en Inglaterra después de la guerra la alternativa ha existido siempre. De cualquier forma estoy de acuerdo con Hobsbawm. El hecho es que esta democracia, llamémosla social, puede traer beneficios al interior de los Estados en particular. Es una conquista para los países europeos, si bien no debemos olvidar que en Italia el Estado social no ha sido propuesto, ni deliberado, ni puesto en vigor por los partidos de izquierda.

— Pero ha sido también el resultado de las luchas de oposición.

— Es cierto, pero dejando a un lado las consideraciones de cómo funciona el Estado asistencial italiano, queda el problema de que Italia es el único país del área europea occidental que no ha sido jamás gobernado por la izquierda. Y quisiera decir que después de tantos años de exaltación de comunismo, la perspectiva socialdemócrata no puede ser asumida tan fácilmente por los comunistas. Por ejemplo, en Polonia y en otros países del Este, la perspectiva socialdemócrata es una derrota para los comunistas.

— Pero, según usted, el fracaso de un tipo de partidos comunistas y del comunismo debilita, en sustancia, las perspectivas de la izquierda en todo el mundo.

— Esto ciertamente no. Algunos podrán decir a los comunistas —y esto deben entenderlo o bien justificarlo—: por años han considerado al comunismo como la solución, como la dirección de la historia, ahora no pueden pretender dar lecciones a otros. Es un hecho que la Revolución de Octubre ha generado en los países occidentales partidos que han cometido probablemente el error fundamental: creer que aquello que sucedió en la URSS, que

era un país de estructura social muy débil, podría también suceder en nuestros países.

— Esta relación era ante todo una referencia simbólica, los partidos comunistas occidentales no han construido Estados o sistemas económicos; han sido movimientos de emancipación de los trabajadores.

— Lo sé, pero el hacer como en Rusia ha sido uno de los motores fundamentales de este movimiento, de los maximalistas en Italia aun antes de los comunistas. Esto dio origen a aquel período violento que fue llamado «bienio rojo». El vicio ha sido no entender aquello que decían los mencheviques: aquí no se puede hacer una revolución socialista, aquí no se ha hecho ni siquiera una revolución burguesa. Esta fue la idea que en Italia sostuvo Rodolfo Mondolfo, marxista reformista, amigo de Turatti: allá la revolución se dio justamente porque Rusia era el anillo más débil, pero habría tomado un camino equivocado, de un régimen autocrático; era necesario ir paso a paso, según la interpretación gradualista del marxismo. Pero quiero subrayar otra cosa: que una vez que todos se convierten en socialdemócratas, debemos ser conscientes que la socialdemocracia es un sistema que ha permitido dar importantes pasos hacia adelante a las democracias, en el sentido general de la palabra, burguesas, pero frente a los grandes problemas que hoy son el Tercer Mundo se debe inventar algo nuevo. Yo sostengo que si hoy se quiere ser fiel al principio democrático, es necesario transportar estos problemas del interior de los Estados al sistema de la democracia internacional.

— Este problema está abierto, se le ha puesto a la izquierda europea. La dificultad es la de conquistar suficiente consenso sobre el particular dentro de la izquierda en las sociedades desarrolladas.

— Pero se entiende porque es difícil, porque somos ciudadanos de un Estado.

Cuando votamos lo hacemos por el gobierno de nuestro Estado, no por el gobierno del mundo, por el cual votan sólo los Estados en particular. Ahora en Europa se ha dado un paso hacia adelante; ahora somos ciudadanos italianos y también europeos, si bien en forma fraccionada, porque votamos por un parlamento con poderes muy limitados.

Si de verdad creemos que los grandes problemas de justicia son internacionales, debemos hacer votar en la ONU a los ciudadanos del mundo. En este caso sí podríamos tener una mayoría favorable para la democracia social; en el mundo ya existen millones de hombres que tienen mayor interés en políticas de reequilibrio, en el desarrollo y en la justicia. Por otra parte, no se ha preguntado por qué nosotros, que formamos parte de este universo de países de la llamada democracia occidental, do-

minados indudablemente por Estados Unidos, nosotros, ciudadanos italianos, no votamos por el Presidente de Estados Unidos?Cuál sería el resultado si votaran todos los Estados de la Alianza? Con esto quiero decir que aquello que los juristas llaman derecho de ciudadanía está limitado a la ciudadanía nacional; no existe todavía un derecho de ciudadanía internacional. Lo he mencionado ya una vez, con ocasión del doctorado *Ad honorem*, aquello que Kant escribió en su espléndido libro de la *Paz perpetua*. Más allá del derecho interno e internacional existe aquel que Kant llamaba derecho *cosmopolítico*: es el derecho que todos los hombres tienen en cuanto ciudadanos del mundo. Este es el gran deseo que podrá constituir la fuerza impulsadora de un cambio. Sin embargo, temo que no esté todavía en grado de provocar un movimiento universal tan fuerte como para modificar la realidad presente.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

ALCANCE Y LEGADO DE LA REVOLUCION FRANCESA

M.^a José Villaverde (comp.)

Roger Barny, Guy Chaussinand-Nogaret, Alan Forrest,
François Furet, Jacques Godechot, Jean M. Goulemot, Norman Hampson,
Manfred Kossok, Oruno D. Lara, Guy Lemarchand,
Ted Margadant, Claude Mazauric, Denis Richet,
Michel Vovelle.

214 págs.

1.600 ptas.

El coloquio internacional «Alcance y legado de la Revolución Francesa», organizado por la Fundación Pablo Iglesias y presidido en sus diferentes sesiones por Antonio Elorza, Pedro Ruiz Torres, Gonzalo Anes y Miguel Artola, reunió por primera vez a algunos de los más destacados representantes de las distintas corrientes interpretativas sobre la Revolución de 1789, cuyas ponencias e intervenciones se recogen en este volumen.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal



PROGRAMA 2.000

PROGRESO Y NUEVAS TECNOLOGIAS

Luis SOLANA, Miguel Angel QUINTANILLA, Javier NADAL

Luis SOLANA

La Iglesia, que es una sabia institución, tenía dos secretarías de Estado, una para asuntos ordinarios y otra para asuntos extraordinarios. Creo que en el socialismo o en el progresismo en general conviene también tener esta doble forma de enfrentarse a las circunstancias, porque si la inmediatez nos agobia nunca definiremos el futuro, y si sólo hablamos de futuro, nadie nos creerá en nuestras definiciones del presente. Hoy, a pesar de estar, como todo el mundo, agobiado con los problemas ordinarios, gracias a Vds. puedo encontrar un marco en el que se hable de los problemas extraordinarios.

Hay una pregunta inicial que uno se puede hacer: ¿por qué plantear el tema de los socialistas ante las nuevas tecnologías? Podría hablarse de muchos otros colectivos que dirían que ellos también tienen algo que decir, que recibir o que sufrir de las nuevas tecnologías. Obviamente soy un convencido de que este debate es bueno y oportuno porque corremos el riesgo de afrontar las nuevas tecnologías sólo como un mito y no como definidoras de un cambio. Porque resulta que estas nuevas tecnologías se pueden aceptar o

no. Si se aceptan se ven inmediatamente afectadas áreas como la política, la educación o la economía. Si no se aceptan hay que definir cómo se convive frente a ellas. Y, lo que es más complicado, se acepten o no se acepten, todos afrontamos riesgos imposibles de medir con certeza hoy. Que los socialistas analicen en qué mundo van a vivir sus conciudadanos en el futuro en áreas tan importantes como las que he mencionado, educación, política, economía, etc., es absolutamente lógico o, mejor aún, es absolutamente obligado. Y una pequeña aclaración personal de quien, como yo, dirige una empresa en la que los asuntos ordinarios abrasan las horas: encontrar una foto donde se puede mirar el futuro a fuego lento intelectual resulta un sedante. Y otra aclaración: me van a permitir que no hable mucho de cifras, sino que plantee sobre todo algunos conceptos.

El otro día oí por la radio una copla que empezaba así: «Duérmete niño chiquito, si no el progreso te lleva». Ya está aquí una de las primeras características del impacto de las nuevas tecnologías: un cierto componente de miedo. Todo el mundo, o al menos mucha gente, está aceptando las nuevas tecnologías como algo que tiene que ser y no está claro que se acepten como algo que debe de ser. En el fondo tienen miedo los gobernantes. Los empresarios piensan que un modelo de producción se les termina y que no tienen capital para rehacerlo. Los trabajadores piensan que la máquina, otra vez, les va a quitar empleo. Los gobernantes dudan sobre cuál es la línea a seguir: el proteccionismo de lo que hay o el apoyo a la aventura y al cambio que se intuye. Yo comprendo ese miedo cuando, por ejemplo, Françoise Dalle ha oído del «taylorismo al revés». Es decir, que gracias a la electrónica y a las comunicaciones, su hija predilecta, vamos a la descentralización y a la desconcentración. A desandar mucho de lo andado durante siglos. El pensar en un hombre aislado pero bien comunicado es algo que rompe muchos esquemas organizativos a todos los niveles. Pero es que no sólo va a ponerse en marcha una fórmula de entender la alimentación, la comunicación, el pensamiento y un largo etc.; es que por primera vez va a hacerse realidad el bíblico «seréis como dioses», al poder hacer los hombres obedecer a células y átomos a su mandato más o menos caprichoso y más o menos racional. Lógicamente estoy mezclando asuntos referidos a mi sector con temas que afectan a muchos otros, pero intentaré que al final la meditación sea globalizadora, porque si alguien quisiera medir la capacidad industrial de desarrollo y hasta el ocio de un pueblo cara al futuro, sólo tiene que medir su industria electrónica y de comunicaciones y la respuesta que a su reto dan los distintos agentes sociales: empresarios, trabajadores, gobernantes y consumidores. Porque, ciertamente, el reto existe. Van a terminar unos modos de producción y van a aparecer otros nuevos, lo que va a requerir voluntad de aceptación del reto, capitales acumulados para intervenir y aceptación social del cambio.

Un país como España puede optar por lanzarse decididamente a las nuevas tecnologías, por esperar a ver en qué acaba todo o simplemente por convertirse en un conservador de lo existente. En el primer caso hará falta que alguien diga, justifique y entusiasme al ciudadano diciendo que vale la pena lanzarse hacia las nuevas tecnologías, sabiendo que quedarse sin hacer nada cuando el entorno se mueve lleva al aislamiento y al estancamiento. Pero ciertamente puede decir no. Creo, sin embargo, que es tal la mitología, por no decir otra cosa, que tienen las nuevas tecnologías que nadie se atreverá a decir no. Pero cada día que pasa, los que vivimos directamente el mundo de las nuevas tecnologías podemos empezar a decir con tristeza que hay muchos pequeños noes que, sin decir NO con mayúsculas, van dificultando el discurso a base de pequeños noes parciales. Mucho cuidado, porque al final muchos noes parciales pueden ser lo mismo que una gran negación y a cada agente social habrá que decirle si acepta o no el reto, pero cuando se acepte tiene que ser con todas las consecuencias.

Cuando se acometen aventuras complicadas es bueno tener planificado el proceso. Hoy la palabra planificación no está de moda. Creo que es un error. El problema con esta palabra, como con algunas otras que hoy parecen malditas, es semántico, ¿Qué quiere decir planificación hoy? ¿Alguien duda que la industria de alta tecnología de los EE.UU. vive en un enorme porcentaje de la planificación que realiza conjunta o separadamente con el Departamento de Defensa? ¿Qué hay de auténtico debate militar y qué de incentivación a las nuevas tecnologías en la mal llamada guerra de las galaxias? Yo creo que en estos momentos, además, si quisiera buscar una última diferencia entre alguien que es socialista y alguien que no lo es, buscaría cuáles son sus posiciones sobre el papel del Estado. A las gentes progresistas no les asusta, faltaría más, ni la iniciativa ni la competencia; les asusta la desigualdad y, al final, el único instrumento que protege a los desiguales es el Estado. En consecuencia, si queremos que España tenga acceso a las nuevas tecnologías el Estado tiene que ser un instrumento activo. Otra cosa es que el Estado tenga que actuar igual en el siglo XIX que en el siglo XX. Si en algún momento el concepto de quién es el propietario puede dividir a los que son progresistas de los que son conservadores, hoy el Estado tiene que plantearse su papel de incentivador a través de las compras, a través de la financiación complementaria, a través de los programas de investigación, etc., pero no tengo la menor duda que el Estado propietario va a ser una de las grandes víctimas de las nuevas tecnologías. Pero esto para los socialistas es inicialmente muy duro, porque hay tradiciones largas de entender al Estado como dueño de cosas. Se van a requerir ajustes ideológicos prudentes en la forma pero muy duros en el fondo, y subrayo esto de la prudencia en las formas y dureza en el fondo porque temo que en momentos de zozobra, y esta época es un buen ejemplo, el serenar a quien tiene miedo es mucho

más importante que azuzarle con la fuerza de que la meta final es positiva.

Las nuevas tecnologías requieren una aplicación intensiva de capital y esto hace que aquella vieja expresión de «acumulación primitiva» deba salir a la palestra. Es imprescindible plantearse la reducción de ciertos consumos para generar ahorros aplicados a la investigación y desarrollo, y a la compra de maquinaria y de procesos, si queremos afrontar con éxito la nueva época. El problema no es fácil. Si en el siglo XIX posiblemente la colonización permitía a las grandes potencias generar acumulación primitiva, ¿cómo se puede hacer hoy sin que se entienda de alguna manera que se está pidiendo a los trabajadores que sean ellos las colonias de este nuevo empeño? Esto sería un desastre para los proyectos en general y una decepción para los planteamientos progresistas. Habrá que hablar claro. Han de crearse centros de acumulación de capital muy importantes y habrá que pactar cómo se crean, para que aquellos que están reduciendo el consumo no planteen la gran pregunta: ¿por qué yo? Aquí entra en juego un colectivo: los sindicatos. Estoy convencido de que la entrada de las nuevas tecnologías puede hacerse sin los sindicatos e incluso contra ellos, pero los riesgos a corto plazo, y especialmente para países con democracias no tradicionales, no pueden despreciarse. Al mismo tiempo habría que plantear a los sindicatos que las nuevas tecnologías originan economías mucho más flexibles que las actuales. Morirán y nacerán empresas mucho más rápidamente, aparecerán y desaparecerán empleos a velocidades hoy desconocidas. Cambiarán los domicilios de las empresas en las geografías nacionales e internacionales sin que nadie lo pueda detener, y todo esto puede llevar a un sindicalista a poner uno de esos pequeños noes que yo decía antes, que se convierten al final en un enorme NO con mayúsculas. Nuevas tecnologías y flexibilidad es casi la misma palabra. No puede haber nuevas tecnologías sin imaginación, cambio, riesgo, acumulación de capital (económico e intelectual), y todo esto un sindicalista debe saberlo bien, esa resistencia al cambio tecnológico hoy es garantía de extinción mañana. El empresario, el político o el sindicalista que sólo toma las decisiones con los datos de hoy tiene garantizada la extinción mañana por algo tan normal como que las nuevas tecnologías los convertirán en piezas inútiles de la historia de la humanidad. Permitidme que le diga a ese colectivo que hoy puede tener miedo, incluso un miedo agresivo, que creo que es necesario que un ser humano pida tener cubiertos sus miedos. Lo que hemos de negar es que eso signifique una seguridad automática. Tiene que acercarse más al concepto de seguro. El que haya accidentes de automóviles por la carretera no lleva a los automovilistas a pedir al Estado que les compre un tanque, lo que pide es que haya un seguro de accidentes.

Hablaba antes de una acumulación primitiva de capital, pero

hay también una acumulación primitiva de saber. Posiblemente se habla muy poco o, mejor aún, no suficiente de que el saber hacer es mucho más complicado de acumular, desde el punto de vista institucional, que el capital moneda. Si alguien quisiera aplicar lo que está ocurriendo en el Pacífico, le pediría que no se quedase en la situación actual de pensar en un Japón que ya es la segunda potencia financiera del mundo, sino que echase la vista atrás y viera por dónde empieza ese proceso —ese proceso se produjo en la Universidad y en los centros de Formación Profesional del derrotado Imperio— o que analizase el número de estudiantes coreanos que trabajan en los EE.UU. para absorber tecnologías que hoy ya empiezan a estar en los mercados y en las fábricas de todo el mundo. Personalmente tengo dudas sobre la Universidad en su modelo tradicional. Tengo que hacer justicia a sus gentes y a sus esfuerzos de cambio. Pero esta Universidad así no nos lleva al siglo XXI. Felizmente, decía, ya lo saben y están cambiando. Pero o el proceso enseñanza-investigación-desarrollo industrial-mercado es un proceso perfectamente integrado o no permitirá que España esté en primera línea de futuro. Tengo la sensación de que el mundo económico español está viviendo, y va a vivir en los próximos años, clarísimas posibilidades de acumulación de capital. No estoy tan seguro de que la enseñanza y la Formación Profesional puedan tan rápidamente ponerse al lado de ese capital, de ese saber hacer, sabiendo que es imprescindible para que esas empresas sirvan para algo más que para especular.

Para terminar, a mí me gustaría que todas las personas de progreso, socialistas a la cabeza, hiciéramos una apuesta por las nuevas tecnologías como elemento clave del crecimiento de este país, cosa que ya sería bastante. Pero digo más, como posibilidad de mejora de la calidad de vida, del dominio del hombre sobre su destino, del bienestar personal y colectivo; en una palabra, del progreso humano. Pero hay que decirles a los políticos que tienen miedo, a los sindicatos, que no pueden decir sí y no a la vez, que la Historia les espera pero de otra forma; a los empresarios, que han de saber arriesgar, lo que significa que a veces se gana y otras se pierde; a los ciudadanos, que España tiene una posición privilegiada porque no tiene una industria tradicional que proteger en este sector, y eso le da una ventaja inicial que vale la pena aprovechar; a todos los que se llaman progresistas, y muy en especial a los socialistas, que pueden ser los actores de esa España nueva que nunca existió y que ahora, por primera vez, sí está en nuestras manos.

Miguel Angel QUINTANILLA

El objetivo general de estos debates es hablar de la estrategia política del socialismo en España de cara al futuro. Por eso, qui-

zás, la primera cuestión que nos podemos plantear hoy es el sentido que puede tener discutir, dentro de los múltiples debates que se desarrollan, sobre uno que desde el punto de vista de las estrategias políticas está todo hecho. Se podría pensar en efecto que, en relación con el desarrollo tecnológico, son muy pocas las posibilidades de maniobra política para definir estrategias diferenciadoras en función de postulados ideológicos, que es lo que caracteriza a los partidos políticos. O que quizás no sea una cuestión central para definir la estrategia del socialismo del futuro. Sin embargo, hay un argumento en contra de esta tesis y es el siguiente: el papel de las nuevas tecnologías en el proceso económico y social de un país desarrollado es cada vez más central por distintas razones. Principalmente, porque la revolución tecnológica industrial que las llamadas nuevas tecnologías, y especialmente las de la información y la comunicación, están introduciendo en nuestros sistemas productivos es de una profundidad extraordinariamente grande. Es semejante al calado que tuvieron las anteriores revoluciones industriales, pero con la diferencia de que se produce a un ritmo, como se ha señalado muchas veces, extraordinariamente rápido. Los cambios tecnológicos de la primera revolución industrial tardaron un siglo en cuajar en el sistema productivo y en el sistema de relaciones sociales, mientras que los cambios que las nuevas tecnologías están introduciendo se producen a un ritmo diez veces superior. Cambios, insisto, no solamente en la estructura productiva, sino también en las relaciones sociales a un nivel muy profundo, porque no existen sólo repercusiones en la estructura y en la distribución del empleo, sino también en las pautas culturales y de comportamientos, en los sistemas de valores, etc. Pero además existe otra razón para plantearse la estrategia frente al desarrollo tecnológico desde una perspectiva socialista. Esta razón, que no se ha señalado suficientemente, es que no existen patrones de respuestas políticas en la tradición socialista, y en general en la izquierda europea, suficientemente contrastados y disponibles como posibles soluciones a aplicar en cada circunstancia del desarrollo tecnológico de nuestros días.

Si repasamos las actitudes tradicionales de la izquierda respecto a este tipo de problemas podríamos, a título de simplificación y con objeto de facilitar la discusión, clasificarlas en cuatro grandes grupos. El primer grupo, la *actitud resignada*, considera que el cambio tecnológico es tan inevitable como incontrolable. Es decir, nos viene impuesto por el propio desarrollo interno del conocimiento científico y de sus aplicaciones y por la propia lógica del mercado. Por lo tanto, un país como el nuestro, como cualquier otro, no tiene más remedio que subirse al carro del desarrollo tecnológico, bien sea arrastrado o bien sea cómodamente sentado. Pero, en cualquier caso, o se sube o es atropellado. Esta actitud, en general, se puede llamar resignada porque no supone un planteamiento de iniciativa ideológica en la estrategia política a seguir, sino, como

digo, considera el fenómeno inevitable. Pero desde una perspectiva de izquierda se hace el siguiente añadido: el desarrollo tecnológico va a aumentar la actividad de nuestras empresas y, por lo tanto, la competitividad de nuestra economía, y esto es beneficioso porque ya vendremos nosotros y, a través de la política fiscal y de los servicios sociales, redistribuiremos la riqueza que se genere. Esta actitud no es nueva. Trata simplemente de aplicar el mismo esquema tradicional de la socialdemocracia del siglo XX, que consiste en potenciar el desarrollo económico para luego redistribuir la riqueza generada. Utiliza el fenómeno de las nuevas tecnologías como un componente más del desarrollo económico y, por lo tanto, de ese fondo de reserva de beneficios que posiblemente después puedan redistribuir para generar una sociedad más igualitaria.

Otra actitud, que hoy no mantiene casi nadie pero que en los años 60 era muy famosa, es la claramente *optimista*. Vendría a decir que las tecnologías de la información, de las comunicaciones y, en general, la revolución científico-técnica va a ser la encargada de realizar, de forma automática, el paraíso socialista en la tierra. Supone que basta con potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas para que se derrumbe la lógica del sistema capitalista y el socialismo, como sociedad reconciliada y paraíso en la tierra, aparezca por su propio peso.

El tercer grupo sería el *pesimista*, que a mí me gustaría, dado el contexto español en que nos movemos, llamarlo *resistencialista* ya que la palabra se ha puesto de moda. Viene a decir que el desarrollo tecnológico es un asunto del capital, de las multinacionales y de las fuerzas que oprimen a la clase obrera y a la Humanidad. Lo mejor que podemos hacer, entonces, desde una perspectiva de izquierda es, o bien dificultarlo cuanto podamos o bien buscar formas alternativas al desarrollo que viene impuesto por la dinámica del mercado y los intereses del capital, es decir, buscar tecnologías alternativas, modelos alternativos del desarrollo técnico industrial, etc.

Yo no estoy de acuerdo con ninguna de las tres posturas, porque el diseño de la estrategia y del proyecto socialistas de cara al futuro debe cambiar profundamente y tiene que dar respuestas nuevas a problemas nuevos, y uno de ellos son las nuevas modalidades del cambio tecnológico y las nuevas formas de organización social y económica que de él se derivan. Por eso, la cuarta postura es la que yo propongo. La llamaría *oportunist*a para jugar un poco con la ambigüedad del vocablo. Consiste en aprovechar las oportunidades que nos brinda el fenómeno del desarrollo tecnológico para integrar en el proyecto socialista elementos nuevos que permitan respuestas distintas a los problemas mucho más amplios que se dan en nuestra sociedad. Concretamente, las nuevas tecnologías

ofrecen recursos para dar respuestas nuevas a los ideales del socialismo diseñando estrategias políticas innovadoras. Nos permiten redefinir el concepto mismo de progreso económico y social en términos no sólo cuantitativos, sino también cualitativos. Esto supone superar el paradigma socialdemócrata tradicional, que correspondía a la actitud resignada, y plantear una política económica y social que, más allá de potenciar el crecimiento para después redistribuir la renta, atienda a ambos objetivos desde el principio con criterios de calidad y no sólo de cantidad. Criterios de calidad de vida y de calidad de relaciones de los individuos con el sistema productivo en un doble nivel: como consumidores y como productores. Sería bueno que el socialismo se planteara el marco teórico de la política tecnológica en unos términos similares a como se lo plantea el último informe de la Oficina de evolución de la tecnología del Congreso de EE.UU. Este concibe que el ciudadano se relaciona con el sistema económico, por un lado, adquiriendo servicios y bienes y, por otro, produciéndolos. Por esto, dice, el objetivo de una política económica, de cara a la satisfacción del ciudadano, consiste en conseguir que pueda obtener servicios y bienes que le satisfagan y que, además, pueda acceder a formas de participación en el sistema productivo que también le dan satisfacción. Porque es un bien poder desempeñar la propia actividad laboral de forma satisfactoria. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que podemos aprovechar las capacidades y las peculiaridades que las tecnologías de la información y de la comunicación introducen en un sistema productivo y de relaciones sociales, precisamente para potenciar un tipo de crecimiento industrial y tecnológico orientado, no solamente a la producción en masa, sino a la producción a medida; no solamente a la generalización del trabajo, sino a la distribución del trabajo satisfactorio. Esta es una oportunidad que antes no había y ahora es posible.

Aunque, por supuesto, junto con estas oportunidades surgen también problemas nuevos a los que al mismo tiempo debemos dar respuesta. En primer lugar, los cambios tecnológicos van a arruinar a muchas empresas y, en segundo lugar, van a dejar en la calle a muchos trabajadores no cualificados, pero las razones de que las respuestas que se den a estas consecuencias no sean suficientemente aceptables, desde el punto de vista de los ideales de una política de equidad y de justicia, vienen dadas por dos características del desarrollo tecnológico en países como el nuestro. Por una parte, el desarrollo tecnológico debe estar necesariamente subordinado a centros de decisión más avanzados, de los cuales dependemos tecnológicamente, y esto impide unos grados de libertad que podrían permitir una mejor adaptación de las empresas y de los trabajadores a las necesidades del cambio. Y, por otra, las consecuencias sociales son tanto más graves cuanto más tenga el cambio tecnológico un carácter subordinado no solamente de cara al exterior, sino también de cara al interior.

¿Cuáles son, entonces, las respuestas socialistas a estos retos? Primero, aprovechar las posibilidades de nuevas formas de organizar la producción y las relaciones sociales. Y, segundo, tomar las medidas necesarias para evitar cuanto sea posible las consecuencias funestas de esta forma impuesta de desarrollo tecnológico subordinado. Citaré algunas de estas medidas. Obviamente no se puede pretender un desarrollo autónomo en el campo de las nuevas tecnologías en un país como España, ni siquiera en cooperación con el resto de los países europeos, por eso el mecanismo fundamental es inicialmente la transferencia de tecnología procedente de centros más avanzados. Esta transferencia no se produce por contratos, transfusiones o transplantes, sino que necesita que el donante tenga exceso de capacidad, que haya una receptividad por parte del beneficiario y, por supuesto, que haya un contacto permanente a nivel de Estado entre ambos. Entonces, la pregunta clave es: ¿cuál es nuestra capacidad para absorber la tecnología de los centros líderes mundiales? Porque la cuestión más importante en las políticas tecnológicas en España en estos momentos y de cara al futuro no es exactamente tecnológica, sino educativa o cultural. Es decir, la primera medida es preparar el recipiente produciendo en los sistemas formales e informales de formación y educación de nuestros ciudadanos cambios absolutamente drásticos y además de forma urgente. El segundo tipo de medidas tampoco son exactamente tecnológicas, sino científico-tecnológicas. En este aspecto se está haciendo ya mucho, por ejemplo, mediante el Plan Nacional de Investigación y Desarrollo Tecnológico. Pero como con estas medidas uno de los principales objetivos que se persigue es conseguir un tejido industrial integrado con el sistema científico-técnico, hay todavía muchos aspectos que se deben desarrollar. Este problema trasciende al de la mera integración de las nuevas tecnologías. Es mucho más básico que esto porque, aunque en principio no tienen por qué estar ligados a las tecnologías de la información, son imprescindibles para que éstas puedan surtir efectos. Por último, algo que me parece muy importante. Todas las medidas anteriores son respuestas al carácter subordinado del desarrollo tecnológico. Respecto al carácter posiblemente impuesto de este desarrollo, que es el otro polo de la problemática política que nos afecta, creo que hay que ser muy claro y decirlo de forma contundente: no tiene sentido un proyecto político estratégico socialista en este campo que no vaya acompañado de un interés por propiciar la participación democrática de los ciudadanos en la toma de decisiones sobre el desarrollo tecnológico y en la evaluación de sus consecuencias. A nivel de empresa no hay otra forma de conseguir que este desarrollo beneficie al mismo tiempo los proyectos socialistas que no sea implicando a los trabajadores en él. Esto se puede conseguir a través de los procedimientos de concertación y procesos similares. Pero, naturalmente, esto tiene que ser compatible y estar integrado en los mecanismos de la democracia representativa, porque no creo que las fórmulas de democracia directa sirvan

para potenciar la participación sin que al mismo tiempo impida que el proceso se haga racionalmente.

Javier NADAL

Siento mucho no ser un detractor de las nuevas tecnologías, porque sin duda el debate va a perder riqueza y vivacidad. Yo no estoy en una actitud resistencialista como la señalada por Miguel Angel Quintanilla, sino más próximo a la última postura, donde él mismo se situaba. Pero, en todo caso, no podemos dejar de admitir una cierta dosis de actitud resignada ya que las nuevas tecnologías son un fenómeno inevitable. Son un fenómeno que de una manera u otra nos arrolla. Sin embargo, el que nos arrolle no puede hacer nos perder de vista dos elementos: por una parte, que las tecnologías no son un fin en sí mismas y, por lo tanto, debemos tener siempre en mente que son un instrumento o una herramienta en mano de los hombres y de la sociedad y, por otra, debemos ser conscientes de que, aún no siendo un fin en sí misma, la tecnología tiene hoy un protagonismo inevitable y evidente. Tiene un protagonismo evidente porque estamos en un momento de cambio social y de reestructuración, en un momento en el que, al igual que cualquier otra revolución en la historia, la tecnología es un elemento fundamental.

Pero, ¿de qué manera está afectando la tecnología a nuestras sociedades, sobre todo en el caso concreto de España? Yo diría que las nuevas tecnologías son un elemento que entra directamente en todos los sectores inevitablemente y, por esto, todos tienen necesidad de integrarlas para mejorar su productividad y competitividad internacional. Pero no sólo las tecnologías van a entrar en el sistema productivo, sino que también van a redefinir, en una sociedad moderna, todos los servicios que el Estado ha puesto tradicionalmente a disposición de los ciudadanos. Con la llegada de las nuevas tecnologías la sanidad no va a ser la misma que antes, ni tampoco la educación ni, en definitiva, los distintos servicios asistenciales del Estado, porque las nuevas tecnologías se van a mostrar como un elemento fundamental del Estado de bienestar.

Por lo tanto, desde esta perspectiva, se detectan distintas demandas sociales relativas a las nuevas tecnologías que pueden dividirse en dos bloques. Por una parte, el bloque productivo, y por otra la sociedad misma que es en este momento el primer demandante de la introducción de las nuevas tecnologías y el primer beneficiario de la misma. Naturalmente esto no significa alinearse en la posición resignada que señalaba Miguel Angel Quintanilla, sino reconocer que, dada su inevitabilidad y su valor dentro del Estado de bienestar y como redefinidor de la capacidad productiva y, por lo

tanto, de la riqueza de un país, las nuevas tecnologías son un elemento de referencia inevitable.

Pasemos a ver cuáles son los objetivos, carencias y prioridades con las que podemos abordar el problema que nos ocupa. El primer objetivo es atender las demandas del aparato productivo, si queremos integrarnos en Europa en las mejores condiciones en el horizonte del mercado único del año 1992 y si queremos tener unos servicios asistenciales del Estado de calidad. Por lo tanto, me atrevería a plantear este objetivo de forma un tanto provocadora. Se trata de atender prioritariamente la renovación tecnológica de todos los sectores productivos y la dotación de infraestructuras tecnológicas que mejoren los servicios y resuelvan las necesidades sociales de todo tipo pasando para ello, si fuera preciso, por encima de los intereses de la industria productora. El aprovechar las necesidades de nuevas tecnologías para potenciar su producción en España aunque sea a costa de retrasar su disponibilidad. Es el interés de todos los sectores productivos, y no exclusivamente el que produce nuevas tecnologías, el que hay que tener en cuenta. Por tanto, traigamos la tecnología de donde esté y creemos nuestras propias infraestructuras tecnológicas a la mayor velocidad posible para todos los sectores. Sin embargo, no quiero decir con ello que las nuevas tecnologías no se deban desarrollar en nuestro país. Al contrario: el segundo objetivo que fundamentalmente debe atender un gobierno de progreso, un gobierno socialista, es potenciar la capacidad generadora de tecnología. Existen al menos dos razones para ello. Una, porque necesitamos asimilar las nuevas tecnologías y esta asimilación la logran en mejores condiciones aquellos países que las desarrollan y las producen. Y, dos, porque el sector de nuevas tecnologías es de un dinamismo extraordinario y es el que se va a desarrollar con más intensidad y el que mayor volumen de negocio va a generar en los próximos años. Por lo tanto, tampoco podemos olvidar que este sector es vital y tenemos que dedicar los mayores esfuerzos para que nuestro país tenga una capacidad productiva importante.

Planteados estos dos objetivos hay que ver cuál es nuestro punto de partida y si somos capaces de desarrollar nuestro sistema productivo. Nuestro punto de partida, y me voy a referir exclusivamente a la comparación con el resto de los países europeos, es bien conocido. Somos el quinto país de Europa en macromagnitudes, es decir, en conceptos tales como la renta, la demografía o, por citar una infraestructura tecnológica, en red telefónica. Sin embargo, aunque tenemos el 7% de PIB de la Comunidad, sólo tenemos el 1,5% del volumen total de la investigación y el 2,5% de la producción de electrónica y nuevas tecnologías. Si nos ponemos a comparar, nos encontramos con que, a grandes rasgos, la situación europea se divide en varios grupos: en un primer conjunto estarían países como Dinamarca y Alemania, y en el segundo estarían el

Reino Unido, los Países Bajos y Francia y, en el tercero, Bélgica e Italia. España no entra en ninguno de los tres. Está por debajo de todos ellos y ni siquiera forma otro grupo con el resto de los países. Los demás estamos cada uno como podemos en una situación en la que no alcanzamos ni el nivel más bajo del tercer grupo.

Este cuadro podría parecer pesimista y llevarnos a la conclusión de que España no tiene solución en esto de las nuevas tecnologías. Podríamos pensar que, como mucho, podemos conseguir atraer tecnología y crear infraestructuras, pero que difícilmente vamos a poder estar a la altura de otros países de nuestro entorno en producción y desarrollo. Sin embargo, creo que existen elementos de referencia suficientemente positivos para pensar que esto no tiene por qué ser así y que tenemos la posibilidad de salir de esta posición negativa y evolucionar hacia una posición razonable.

Estas posibilidades son evidentes cuando observamos el crecimiento del PIB que estamos registrando en los últimos años. Cuando vemos, por ejemplo, que la producción del sector electrónico en España en los dos últimos años ha crecido por encima del 30%, siendo el primer sector industrial en cuanto a crecimiento. Cuando vemos cómo las cifras del mercado están creciendo a ritmos similares, o cuando comprobamos nuestra participación en programas europeos de investigación tras dos años de pertenecer a la Comunidad. Nuestra cuota de participación en programas de tecnología avanzada se aproximan al teórico 7% que nos corresponde, exactamente estamos en cifras del 5%. Es decir, existe en estos momentos un dinamismo contrastado y evidente de nuestra sociedad que nos permite ser optimistas cara al futuro.

Pero ser optimistas, ver que la sociedad se mueve y apreciar que las actuaciones de los últimos años van bien encaminadas, a lo que no es ajeno el Plan Nacional de la Ciencia, no basta. Creo que es el momento de fijarse unos objetivos racionales, lógicos y, al mismo tiempo, posibles. Unos objetivos que permitan movilizar a la sociedad y al sector productor de las nuevas tecnologías. Objetivos razonables serían alcanzar en el año 92 a los países integrados en el tercer grupo y, como segundo hito de referencia, hacer todos los esfuerzos para seguir avanzando hasta integrarnos en el segundo grupo en el año 2.000. No sé si alguien considerará esto una utopía, pero a mí, observando todos los signos positivos señalados, me parece que con un poco de esfuerzo y con una política coordinada podemos llegar a alcanzar esos objetivos.

Objetivos que conviene sintetizar en una serie de políticas concretas. La primera, en cualquier caso, sería la difusión y asimilación de las tecnologías en todos los sectores consumidores, desde los ciudadanos hasta la industria y los servicios. El segundo, sumado al anterior, debe ser la dotación de infraestructuras tecnológicas

en cantidad y calidad, lo que requiere un esfuerzo importante. Y, en tercer lugar, aparece lo que Miguel Angel Quintanilla señalaba al final de su exposición: necesitamos tener un sistema de ciencia-tecnología-industria integrado y que alimente un tejido tecnológico homogéneo, que ya no puede ser visto como el tejido de un sólo país, sino conectado con Europa y con estrategias que van mucho más allá de Europa. Porque Europa en estos momentos y en estas tecnologías no es más que una pieza y ni siquiera la más importante en la dinámica internacional.

Así pues, debemos empezar por la adquisición de la tecnología. Si la tecnología está fuera habrá que facilitar la entrada de las multinacionales, otro problema será cómo controlar después su actuación en nuestro país. A continuación será preciso crear mecanismos de transferencia de tecnología y el punto clave es que se desarrolla a través del elemento humano. Naturalmente habrá que apoyar la existencia de empresas nacionales y facilitar, sobre todo, su integración en la economía internacional y su crecimiento en tamaño. Yo no soy un forofo de las fusiones porque sí, pero no deja de ser sintomático que hace pocos años de las 100 primeras empresas europeas sólo dos eran españolas, cuando países como Bélgica tenían 4 y el Reino Unido 26. La dimensión, aunque no siempre, es un aspecto a tener en cuenta.

Otro elemento fundamental es la creación de multinacionales españolas que pueden competir en el mercado internacional. En este sentido hay un dato interesante a tener en cuenta: de las 100 primeras empresas españolas, pertenecen el 36% a multinacionales, el 20% a la Banca, el 24% son públicas o semipúblicas y el 20% restante son de distintas propiedades. Con esta estructura de propiedad un pacto del Estado por un lado, la Banca por otro y tal vez alguna de las multinacionales que operan en España, podríamos conseguir alguna empresa potente con vocación transnacional y de matriz española. Junto a esto, existe la necesidad de crear centros de investigación y desarrollo ligados a la producción, como elementos necesarios para crear tejido, y para la participación en proyectos que alguna vez se han llamado estrella, de forma que con ellos se movilice a todo el sistema productivo.

De todos modos, aunque evidentemente se debe insistir en el esfuerzo de introducción de las nuevas tecnologías, no podemos olvidar los efectos negativos que se nos pueden presentar con esta introducción y que no podemos considerar desde una actitud conservadora o defensiva. Hay efectos negativos que están ahí y que no podemos dejar de lado: los desfases generacionales se acrecientan, las diferencias sexuales y sociales en el acceso al trabajo también aumentan como consecuencia de la introducción de las nuevas tecnologías, éstas además desplazan el empleo y en muchos casos el que se destruye es irrecuperable. En definitiva, estos efec-

tos y otros que están en la mente de todos nos pueden llevar a una desvertebración y a una fractura social. Nos pueden llevar a un nuevo dualismo en un país que ya de por sí ha sido históricamente dualista. Por tanto, debemos evitar crear las dos Españas de la tecnología. Este debe ser un punto de meditación permanente. Sería un flaco servicio hacer una política que no pusiera todos los resortes necesarios para evitar este peligro evidente. Porque, en caso contrario, podríamos crear marginados, excluir del sistema a los que no tienen acceso a la tecnología, mientras que los que sí lo tienen la dominan, la controlan y se apropian de sus beneficios. Por eso el Estado y el control democrático de la tecnología son fundamentales en todo el proceso.

Si hemos dicho al principio, quizás con actitud resignada, que la tecnología es inevitable, entonces late la pregunta: ¿es posible controlar este proceso? Si no queremos estar en una actitud negativa, la respuesta debe ser que sí. Sin embargo, una vez hemos dicho que sí, digamos cómo. Y en este caso la respuesta no es tan fácil. Pero, en cualquier caso, el control democrático tendrá que ser hecho desde los distintos niveles en que se accede, se puede acceder o se puede facilitar el acceso a la tecnología. El Estado y el Gobierno tienen la obligación de crear las infraestructuras tecnológicas y de modificar el ambiente legislativo para adaptarnos a los cambios. Pero no es suficiente, es necesario un proceso de concertación para que los agentes sociales intervengan en las distintas fases y, sobre todo, a nivel global. Los agentes sociales deben intervenir en la introducción de la tecnología en sectores completos y no sólo en las empresas. Si se negocia la introducción de tecnología sólo en empresas concretas podemos caer en el corporativismo. Los sindicatos tienen que, junto al capital y al Gobierno, concertar los procesos de introducción de las nuevas tecnologías, los procesos de reciclaje del personal, su flexibilidad, pero también la manera de como se participa en los beneficios de su introducción. Y cuando digo sindicatos también me refiero a otros tipos de colectivos e instituciones, como pueden ser los consumidores, el Parlamento, los partidos políticos, etc. En definitiva, hay que abrir un gran debate global y hacer un gran consenso sobre esta cuestión, pero también otros a menor nivel para todos y cada uno de los sectores.

Y para acabar, recordar un aspecto ya mencionado por los otros dos intervinientes, el de los recursos humanos y su formación. Este es claramente el elemento clave, junto al de la concertación, para una introducción adecuada de las tecnologías y conseguir dominar el proceso, en vez de ser dominados por él.

COLOQUIO

Manuel ESCUDERO

En las nuevas tecnologías nosotros, como otros países del mundo, vamos indudablemente a un ritmo muchísimo más lento que los países punta. Entonces, una pregunta importante que podríamos plantear es: ¿cómo se puede aumentar el ritmo de la transición tecnológica? Porque es evidente que esto es imprescindible si queremos conseguir el aumento de la productividad necesario para resolver muchos de los problemas que tenemos planteados y para obtener una base real para un proyecto de progreso en nuestro país. Sin embargo, parece que hay muchas inercias. Son los pequeños noes a que antes se refería Luis Solana.

Para perfilar un poco más la reflexión podríamos considerar dos de sus aspectos. Primero, teniendo en cuenta que el Estado ha adoptado la posición beligerante que tenía que adoptar como socio de la empresa privada, nos podemos preguntar si ha ocurrido lo mismo en cuanto a la introducción de la tecnología. Porque no estoy seguro que esto haya sido así en la promoción de proyectos estrellas, en las políticas de compra o en la estrategia de la renovación industrial. En mi opinión esto último es un aspecto fundamental y precisamente el que más nos falta en la articulación de una estrategia: una renovación industrial que además sea positiva, es decir, que favorezca a sectores o empresas de acuerdo con las señales del mercado, que atienda a la flexibilidad, etc. Esto posiblemente falla por parte del Estado.

Y, segundo, a la salida de la crisis, situación en la que estamos en estos momentos, ¿cuál es el tipo de valores desde el punto de vista económico que se está generando en nuestra sociedad? Quiero decir lo siguiente: al comienzo de la industrial-

ización, por ejemplo en el País Vasco allá a comienzos del siglo, el prestigio social en cuanto progreso está depositado en los industriales porque eran auténticos innovadores, sin embargo la figura de empresario que en estos momentos está primando en España es la de Mario Conde. Por lo tanto, ¿qué significa que hoy se admire más al financiero especulativo, que no se dedica a ningún tema de economía real, que al empresario innovador? Resumiendo, me da la impresión de que la falta de una estrategia industrial y de valores referenciales son dos aspectos relacionados, y lo sugiero como hipótesis probablemente parcial, que interviene en la carencia de efectividad o de ritmo en la transición tecnológica española.

Jaime BARREIRO

Una cuestión la trataron los tres ponentes y todos de distinta manera. Me gustaría hacer referencia a ella aunque no sea central. Es la aceptación en el mundo laboral de las nuevas tecnologías. Cuando hablamos de nuevas tecnologías nos inclinamos a pensar que partimos de aquí para ir hacia adelante y eso no es cierto. Es mucho más fácil recordar que no hay precedentes históricos que justifiquen el pesimismo respecto a los efectos laborales. Nueva tecnología fue la guadaña en su momento y supuso una amenaza gravísima, nueva tecnología fue la cosechadora después, más tarde la electricidad, etc. Pero, en cualquiera de estos momentos, la amenaza estuvo acompañada en el mismo acto de una reorganización en la forma de utilizar la tecnología o, dicho de otra manera, de un modo de producción diferenciado. Por lo tanto, no podemos advertir los rigores del futuro con los datos de hoy. Porque si ahora, tal y como está organizado el mercado de trabajo, recibimos el impacto de una tecnología de

consecuencias tan importantes éste será inevitablemente negativo, pero hay que pensar que las propias tecnologías exigen una reorganización de las fuerzas productivas, especialmente de la fuerza laboral.

Quizás el problema es que esta nueva situación se produce en medio de una gran crisis de relaciones porque el cambio es muy acelerado. Es bastante ilustrador tomar una enciclopedia y comprobar el agobiante número de inventos que ha logrado el hombre en los últimos 100 años, pero es que el número de inventos sigue siendo agobiante en los últimos 50, lo sigue siendo en los últimos 25 y todavía lo es en los últimos 5. Esa aceleración es la que nos somete a un debate tan desgarrador que no nos deja tiempo para reconstruir nuestra visión del mundo. Esa prisa nos está afectando a todos de manera cotidiana y el interés, en el sentido positivo de la palabra, se está convirtiendo en un condicionante difícilmente evitable.

Por lo tanto, para resumir, creo que merece la pena que discutamos aquí de dos elementos sobre los que ha habido alguna referencia. El primero, donde todos estaremos de acuerdo, es que quizás ha llegado el momento de decir que no sirve la seguridad laboral como único requisito para la seguridad vital. Esto tiene profundas implicaciones sociológicas, políticas y materiales. La segunda es que los sindicatos, exclusivamente como demandantes en el mercado de trabajo, deben desaparecer y surgir organizaciones laborales que también sean ofertantes. Es decir, que produzcan mercancía trabajo en condiciones competitivas.

Maria Jesús MIRANDA

La intervención de Miguel Angel Quin-

tanilla me ha sugerido dos problemas. El primero, en torno a la virtualidad de las nuevas tecnologías para la Administración Pública en general y para la Administración del Estado del bienestar en particular. Cuando estaba cenando he sacado mi cartera y había en ella siete tarjetas magnéticas orientadas al consumo. Sin embargo, no había ninguna tarjeta sanitaria o fiscal. Mi pregunta sería: ¿por qué no es posible aplicar la tecnología a la distribución de bienes y servicios sociales? Los pobres, los ancianos y todos los territorios marginales podrían tener tarjetas de este tipo, no dedicadas al consumo y el crédito, sino a los servicios asistenciales. Sería otra manera de ver el mundo. Pero ni aquí ni donde más avanzados están, en Noruega o en Canadá, se les ha pasado por la imaginación a los gestores del Estado ni la centésima parte de lo que se les ha ocurrido a los empleados del crédito y del consumo. El desequilibrio es tal que, o pegamos un zapatazo en el suelo y se vuelven las cosas del revés, o prácticamente todos los análisis que se han hecho aquí serán una utopía.

El segundo problema es relativo a la enseñanza. Una parte del trabajo que he hecho en mi vida ha sido intentar enseñar cómo utilizar la informática en el diseño asistido y en el control de procesos. Y me he encontrado con muchas dificultades. Está muy bien que la Universidad haga planes tecnológicos, pero en nuestro país no se va a conseguir nada positivo mientras no se dé un cambio rotundo en la enseñanza primaria. Porque el problema fundamental es que es incapaz de pensar un proceso. Esto le ocurre a universitarios y a profesionales cualificados de la industria, pero simplemente porque tienen un déficit anterior. Me parece que esto es un problema terriblemente grave.

La pregunta que planteaba Manuel Escudero, sobre la eficacia o no del modelo que se ha seguido en España en la introducción tecnológica, es una cuestión importante. Tenemos como referencia permanente el caso de Corea. Ahora tienen allí un nivel tecnológico que no podrían soñar hace siete años. Nosotros, por el contrario, no hemos avanzado tanto en el mismo período de tiempo. Entonces, ¿qué ha ocurrido en España? Evidentemente, en los últimos años ha habido un proceso de aceleración importante en el PIB. Estamos creciendo y hay una mayor coordinación en la investigación. Pero es cierto que, por ejemplo, la participación de nuestras empresas en los gastos de investigación y desarrollo en el año 1987 no era más allá del 20%, mientras que en cualquier país de nuestro entorno contribuyen con el 50% o el 80%. Por tanto, estamos creciendo aceleradamente, pero estamos todavía a unos niveles bajos y necesitamos un salto cualitativo.

Seguramente las razones para que esto no haya ocurrido son más psicológicas que objetivas. Nuestra industria tecnológica, por no hablar de nuestras tecnologías, no ha soltado del todo los resabios de la autarquía y todavía piensa en mercados cerrados. Siguen latentes los viejos modelos. Es un problema de cultura empresarial, laboral y sindical. Creo que éste es el aspecto más importante con el que hay que romper, igualmente que hace unos años se tomó conciencia y se pactó una reconversión, ahora hay que pactar otra cosa y esto significa un cambio cultural.

Cuando los tres ponentes que estamos aquí y muchos de los que estáis en la sala hemos coincidido en que el problema fundamental que hay que acometer es el de la formación de los recursos humanos e incluso cambiar la cultura, yo me pregunto si en el fondo no nos estamos escudando tras una palabra mágica. Pensamos que ya sabemos lo que tenemos que hacer, mejorar los recursos humanos, y nos estamos olvidando de cortar el nudo gordiano que nos impide dar el salto a un nivel superior de desarrollo. Es cierto que la educación es fundamental, pero no es suficiente. Algo más nos falta para salir de la situación en la que nos encontramos: un gran consenso social que nos movilice a todos en otra dimensión. Y en este mismo orden de ideas es donde se encuadra la cuestión de la participación mencionada por otro interviniente. Los sindicatos tienen que concertar con el capital y con el Gobierno un gran programa de renovación tecnológica.

En cuanto a lo que ha dicho María Jesús Miranda, creo que ha dado ideas magníficas de cómo las nuevas tecnologías pueden valer para definir el Estado de bienestar: evidentemente la imaginación puede servir para encontrar nuevas aplicaciones, pero se necesita ponerlas en práctica y que la Administración tome el

papel que le corresponde. En todo esto lo que hace falta es una evaluación permanente de lo que está sucediendo con las nuevas tecnologías. Quizás un programa potenciado desde el Gobierno. Una manera de saber qué es lo que está ocurriendo y por qué. Sepamos cómo se ha estado evolucionando, qué efectos positivos y negativos se están teniendo y qué efectos que deberían suceder no suceden. Este elemento de información es la base para encontrar soluciones más creativas.

Miguel Angel QUINTANILLA

Dos son las intervenciones que me interpelaban directa o indirectamente. Empezaré respondiendo a Jaime Barreiro. Tienes razón al comparar las actuales nuevas tecnologías con las de cualquier otra época en relación con la destrucción o creación de empleo. Cuando se introduce la tecnología en el sistema productivo es para aumentar la productividad y, por lo tanto, el factor capital constante a costa del factor capital variable. Se pretende ahorrar salarios y, en consecuencia, se destruye empleo. Esto sucedió en las manufacturas inglesas, en las factorías motorizadas, etc... Pasa ahora y pasará en el futuro en todos los sectores industriales. Sin embargo, según los modelos más avanzados, como puede ser el americano, los datos nos dicen que, aunque efectivamente se destruye empleo, globalmente surgen tal cantidad de otros nuevos que realmente no podemos hablar de paro estructural como consecuencia del desarrollo tecnológico. Simplemente cambia el modelo del sistema económico. Por ejemplo, los americanos piensan que la evolución de las tecnologías de la información y las repercusiones que van a tener sobre el sistema productivo llevan a la dirección de potenciar empleos, no solamente de un elevado nivel profesional, lo que supondría la marginación de un gran sector de la población, sino de aquellos que necesitan otro tipo de cualidades profesionales. Y, efectivamente, el número de ejercicios dedicados al trabajo y a la venta de servicios y bienes en EE.UU. ha crecido extraordinariamente. Estos son un tipo de trabajo que requiere cualidades humanas, así se llama, y formación básica general, pero no habilidades específicas y son accesibles para una gran parte de la población. Son empleos nuevos que antes no pertenecían al circuito normal de la economía de mercado y que ahora han entrado en él. Me refiero a las atenciones personales, a muchos aspectos de la atención sanitaria, de la atención educativa, etc... Por lo tanto, desde este punto de vista, estoy completamente de acuerdo con Jaime Barreiro: los cambios producidos por la revolución tecnológica a la que estamos asistiendo van a desplazar mucha fuerza de trabajo de sectores tradicionales pero, si el crecimiento se hace con un modelo global, lógicamente tienen que surgir actividades nuevas que permitan la recolocación de efectivos laborales.

Ahora bien, el problema no es la reestructuración de los puestos de trabajo, sino el trauma social que la sociedad crea. Como socialista considero que los traumas sociales no son deseables y hay que luchar para evitarlos o, en todo caso, compensarlos al máximo si son inevitables. En el diseño estratégico político del socialismo hay que acostumbrarse a pensar en el costo de la renovación tecnológica y de sus consecuencias económicas y sociales. Hay que incluir en el diseño los costos de la compensación por los perjuicios que se causan. Por ejemplo, hay que compensar a la población en la que se ha instalado una central nuclear o un laboratorio de residuos nucleares, porque si no seguro que habrá reacciones contrarias a estos proyectos. O también facilitar el reciclaje al sector de la población laboral que ha sido desplazado. Respecto a esto último, se exponía en la mesa la duda de si en estos momentos son tan importantes algunos sectores tradicionales de la economía como para que les beneficie de forma sistemática la política fiscal. Si estamos convencidos, como dicen algunos teóricos, de que el equivalente a las infraestructuras terrestres tradicionales para una sociedad industrial o para una sociedad posindustrial son las estructuras cerebrales, es decir, las estructuras de formación del sustrato cultural, de formación de competencia profesional, etc., entonces, ¿por qué no desgravamos fiscalmente la formación y la educación?, ¿por qué no orientamos globalmente la política económica también a este tipo de estructura? Yo creo que, puesto que todos estamos de acuerdo en que estas infraestructuras son fundamentales para la sociedad del futuro, se debe orientar la política económica de tal manera que se compensa a aquellos que van a sufrir las consecuencias del camino subvencionando el reciclaje de igual manera que se subvenciona la construcción de carreteras. Este es el sentido que quiero dar a la afirmación de que el problema no es el paro estructural, sino la reconversión y el costo de ésta. Otra cuestión sería que el tiempo de trabajo socialmente necesario para un determinado nivel de crecimiento económico en función del aumento de la productividad disminuye y que, por lo tanto, habrá que repartir ese tiempo de trabajo. Pero esto no tiene nada que ver, al menos al principio, con la revolución tecnológica, no es el factor fundamental.

Respecto a lo que me planteaban en otra intervención quiero decir que no soy partidario ni de las viejas teorías del socialismo autogestionario ni de los viejos mitos del siglo XIX. No porque no me parezcan importantes, sino sencillamente porque son soluciones para una economía del siglo XIX o principios del XX y el proyecto socialista hoy no puede identificarse con ellas. En lo que sí creo es en que nos tenemos que identificar con los planteamientos ideológicos, que es lo que diferencia a una posición de izquierda de otras posiciones igualmente legítimas. Nadie debe plantearse solamente, como gestor, cuál es la forma más eficaz de resolver un problema, sino cuál es la forma más justa de solucionarlo de

acuerdo con su propia ideología. En este sentido, la participación es un problema de justicia y no meramente de eficiencia tecnológica. Por lo tanto, si evitar la explotación por el trabajo es un objetivo de la tradición socialista, me parece que la única manera de avanzar hacia él es consiguiendo que los más perjudicados en las relaciones económicas tengan mecanismos de compensación que les permita ejercer su influencia en el tema de los cambios tecnológicos. El trabajador tiene la posibilidad de usar varios mecanismos. Uno de ellos son los sindicatos. Pero creo que los trabajadores deben diseñar nuevos modelos de organización sindical. Esto se puede propiciar desde un gobierno socialista potenciando la democracia industrial, pero para eso necesitamos nuevas mentalidades tanto empresariales como sindicales.

Luis SOLANA

El modelo de enseñanza en España es probablemente lo que esclerotiza la modernización de este país. Aquí, lo he dicho antes, ya se ha producido una acumulación primitiva de capital, pero no la acumulación primitiva de conocimientos. No es sólo eso, sino que el proceso conocimientos-tecnología-producto-mercado está roto, cuando su integración ha sido el gran éxito de las universidades americanas, japonesas e, incluso, alemanas. Hay un divorcio clarísimo entre el modelo de enseñanza y el modelo de producción, y mientras esto no se encaje es imposible pensar en ganar los objetivos que Javier Nadal planteaba.

Hay otro tema donde también quisiera ser beligerante. ¿Actúa el Estado, no digo un gobierno del signo que fuere, suficientemente bien? Creo que no. En este país hay una obsesión por la macroeconomía y una falta de sensibilidad hacia la microeconomía. Se ha hablado de proyectos estrellas. Antes muchos socialistas protestábamos porque no se lanzaban proyectos locomotoras que ilusionaran al país. Al final se están poniendo en marcha, pero simplemente como una respuesta a la demanda social y no como proyectos que ilusionen a la población y se anticipen a esa demanda. Además, cada vez que hay una operación locomotora se olvida que debe ser soporte de muchas otras cosas: de riqueza, de actividad, de empleo, de tecnología, etc. El peligro es que de alguna manera estemos mejorando la fuente de resultados de otros, amortizando los gastos de investigación y desarrollo de las multinacionales a través del enorme mercado que somos en estos momentos. Cuando se tiene que debatir, por ejemplo, el tema de la subida de tarifas de la Telefónica, y entramos en un terreno de quinta, sólo se plantea su incidencia en el IPC, pero nunca he oído cuánto genera en la investigación, en el desarrollo de actividad y de servicios y cuánto incide de esta manera en el IPC.

Otro tema que me preocupa es el debate sobre el modelo que representa Mario Conde. Me parece un mal planteamiento lanzar la idea de que alguien que se ha enriquecido sin cometer ninguna inmoralidad es distorsionante. En esta sociedad a quien plantea este debate hay que preguntarle si tal persona estaba dentro de las reglas del juego. Estas reglas se pueden cambiar o no, pero lo que no se puede hacer son acusaciones contra el que cumpla con ellas. Hemos llegado a ser nuevos ricos y ocurre, entonces, que se convierten en mitos las estrellas que surgen en el firmamento económico probablemente con la misma rapidez con que se las destruye.

Respecto a la participación obrera, me gustaría mucho que todo aquel que proponga el tema diga muy rápidamente con quién y cómo. Porque en caso contrario, participación obrera se convierte en un concepto vacío y de muy peligrosa traducción.

Por otro lado, estoy convencido de que las nuevas tecnologías van a crear trastornos sociales y que es muy importante que la sociedad española lo sepa. Y digo más, hasta que un proceso generacional no cambie la cultura los trastornos sociales van a ser gravísimos. Hay un problema de fractura generacional, cultural y educacional que es imprescindible asumir. Pero además tengo la sensación de que las nuevas tecnologías, por falta de amortización de la investigación y del desarrollo, abocarán a una crisis próxima, salvo que Gorbachov, una de las personas que mejor ha entendido el capitalismo occidental, nos ayude.

Porque no se puede plantear un mercado de nuevas tecnologías en el que EE.UU. venda a Japón, Japón a Europa y Europa a EE.UU., todos investigando y gastándose miles y miles de millones de pesetas. O se abren nuevos mercados o es imposible la amortización.

Y, para acabar, quiero referirme rápidamente a lo señalado por María Jesús Miranda. Se ha dicho que el Estado no tiene tarjetas ni para esto ni para lo otro. Pero el Estado no tiene obligación de tener imaginación. Creer eso es caer en un profundo error. Lo que hay que pedir es que la sociedad ofrezca esos servicios y posibilidades y el Estado los compre o los instrumente. Con funcionarios públicos no se hace y no se puede hacer investigación.

Antonio PUERTA

El tema de las nuevas tecnologías se ha debatido bastante en los últimos años en España. Quizás ha ocurrido que a él nos hemos incorporado desde el principio una minoría, mientras que otros se incorporan

ahora. Esto puede explicar en parte las distintas actitudes que existen respecto al tema. Pero, entrando en cuestión, creo que hay que globalizar el problema porque la tecnología misma, se quiera o no se quiera, se generaliza. Esto me plantea una interrogante importante: ¿es posible o no

planificar y controlar un proceso de esta naturaleza? Mi punto de vista es que sí, siempre y cuando se de un acuerdo entre los interlocutores y los responsables que lideran los procesos en el orden político, en el intelectual y en el económico. En caso contrario es prácticamente imposible que se pueda hacer esta planificación. En este sentido, un gobierno socialista debe pensar en dos cosas para diferenciarse de otras ideologías: una, en el papel que debe jugar el Estado; y, dos, el papel que corresponde al trabajador-ciudadano. Un tema de reflexión puede ser dónde empieza una cosa y dónde acaba la otra. Porque pueden darse las circunstancias de que una persona como trabajador esté produciendo tecnología y como ciudadano se le creen algún tipo de dificultades, o a la inversa.

Respecto al papel que debe jugar el Estado, éste tiene que utilizar tanto los instrumentos de que dispone como su capacidad de compra. Estos objetivos no se han cumplido como se requería. Otro aspecto que debe cubrir es el de distribuidor de la riqueza que se cree con el desarrollo tecnológico, de tal forma que el progreso no deje espacios sociales marginados. Y otro es el de potenciar la participación. Suele suceder que establecemos una dinámica reivindicativa para conseguir una participación y, una vez se tiene, no se ejecuta. Yo he manifestado públicamente que lo más duro en todo planteamiento sindical es aceptar y entrar en una dinámica de participación, que es lo que te va a dar capacidad y control, porque las exigencias son tan duras que se requiere un esfuerzo inconmensurable. Además, hay

que considerar que el sindicato será mejor o peor en función de cuál sea su componente humano y este componente muchas veces falta. Si todos los técnicos, los ingenieros, los intelectuales, etc. consideran que el sindicato es necesario y posee un papel importante que jugar en la sociedad, díganme por qué no están organizados en ellos. No es posible exigirle a un instrumento de la sociedad un cierto nivel de participación y de responsabilidad sin dotarle, a la vez, del componente humano necesario.

Y, para acabar, me gustaría hacer otra reflexión. La situación económica hoy en España es mejor que hace algunos años debido sencillamente al esfuerzo tecnológico. Porque la reconversión industrial fue y es un esfuerzo tecnológico, aunque sea con muchas dificultades y deficiencias, para tratar de alcanzar niveles de eficacia y competitividad en nuestra industria. He dicho muchas veces que no concibo un país rico si no tiene una industria potente. No es posible financiar el sector servicios, la creación de empleo y a trabajadores cualificados sin una industria fuerte y capaz. Por lo tanto, me parece inevitable, si queremos continuar la línea de progreso, una apuesta industrial mucho más amplia de la que se ha realizado hasta ahora, aunque lo hecho haya sido importante. Para ello hay que seguir apostando por la tecnología de primera línea, pero sin abandonar a los sectores tradicionales. En nuestro caso es imprescindible que se sepa armonizar el mantenimiento de nuestra industria más tradicional con la apuesta tecnológica.

Luis SOLANA

Pretendo contestar sólo a algunas cuestiones de las que se han planteado aquí. En primer lugar, quisiera dar una dosis de pesimismo a los que lanzan el Programa 2000. Alguien ha dicho que en estos debates nunca se llegan a conclusiones. Es cierto, en un debate

sobre tecnología nunca se llega a conclusiones por definición. El que intente aclarar el modelo de nuevas tecnologías a seguir está abocado al fracaso. El tema de las nuevas tecnologías es dinámico por sí mismo. Nadie debe plantearlo desde una aproximación «conservadora», dentro del progresismo, porque las nuevas tecnologías van a cambiar constantemente.

Por otro lado, alguno ha dicho que es molesto defender las materias primas. En este tema España debería tener más confianza en sí misma. La gran materia prima del futuro es el saber hacer, el *software* de los ordenadores: el diseño de su uso. Hay quien se sorprende de que IBM traspase fábricas a países de tipo intermedio, pero lo que hay que preguntar es dónde están los centros de definición del *software*. Estoy seguro que estos centros no saldrán fuera, porque ahí está la gran materia prima del futuro. Lo importante para nosotros es no tener miedo y considerar que la materia prima es la sensatez. Por eso mi llamada de atención. Yo no digo que la Universidad deba estar mejor o peor, sino que el problema es cómo se unen los procesos de saber fabricar y saber vender. Esto lo saben hacer en países como EE.UU., y en España, en cambio, no. En este sentido, hay una contradicción «in terminis», lo cual es dramático tanto para el futuro de la enseñanza como para el país mismo.

En tercer lugar, para un socialista o un progresista las nuevas tecnologías deben significar una oportunidad para mejorar desde la calidad de vida hasta el empleo. Es una oportunidad que debemos aprovechar. Es el país quien tiene que asumir decisiones concretas y puntuales.

En cuarto lugar, niego que las tecnologías de la información estén fomentando el liberalismo. No hay ninguna tecnología que asocie más, que socialice más conocimientos, la educación o la medicina, que las tecnologías de la información. Por tanto, no se quiere decir que la liberalización de las redes de telecomunicaciones significa una ofensiva liberal. Todo lo contrario, esto traerá como consecuencia el fenómeno más integrador y socializador que va a vivir la Humanidad en los próximos años. Todo depende de para qué se use y de quién y qué gobierno las use, pero en sí mismas no son liberales ni conservadoras. Pueden ser, en cambio, un instrumento de progreso si se las emplea para repartir mejor el bienestar y la riqueza.

Y, en quinto lugar, hay una pregunta tremendamente importante que late en el ambiente y que quisiera que fuera un punto de debate en el futuro: ¿qué significa Europa? A mí me gustaría que no se mitificase Europa. Europa hasta ahora ha aportado a este país fundamentalmente estabilidad política, pero desde el punto de vista tecnológico hemos sido simplemente un mercado para amorti-

zar. El retraso que tenemos respecto a Alemania o Inglaterra no lo van a enjugar estos países. Otra cosa es que nosotros nos debemos sumar sin duda a todos los proyectos nuevos que se planteen Pero téngase presente que también en el resto del mundo hay tecnología, en muchos casos más avanzada que la europea. Yo, como Estado, pensaría cuando alguna empresa europea presenta un gran proyecto de inversión en este país no sólo en las financiaciones, sino también en la transmisión de tecnología.

Javier NADAL

Rebobinando toda la información me voy a permitir ser un poco más optimistas o, por lo menos, un poco más realista. No estoy de acuerdo en que el debate que tenemos hoy sea el mismo de hace muchos años. Efectivamente, hace algún tiempo que se producen debates sobre las nuevas tecnologías respecto a temas concretos, pero básicamente este debate no es igual a los anteriores. Se han consolidado ideas, se piensa en un futuro que parece más asequible y, además, no es justo el pesimismo porque las cifras que podemos manejar nos permiten por el contrario ser moderadamente optimistas. En los últimos años, como decía antes, se ha evolucionado en sentido positivo en las cifras de producción, consumo y de participación en los programas europeos. Las empresas y las instituciones españolas se están moviendo, tratan de participar y están consiguiendo retornos en tecnologías. Es evidente que esto no se consolida en dos años, pero es un germen que irá creciendo poco a poco. Quizás lo que hay que conseguir es aumentar la velocidad para lo que nos falta vencer las resistencias e inercias históricas.

En este sentido, se nos preguntaba qué significan los programas europeos. Por supuesto, los programas europeos significan mucho para España y debemos participar al máximo posible con el objetivo de que dentro de unos pocos años, a ser posible antes del 93, no seamos simplemente participantes en los programas, sino también en la definición de sus objetivos. Por otro lado, respecto a las posibilidades de Europa, comparto sólo en parte lo dicho por Luis Solana. Tenemos un ejemplo muy reciente que me permite sostener esta opinión: la tecnología de alta definición. Hace dos años Europa decidió hacer un esfuerzo sobrehumano para alcanzar una norma mejor que la japonesa. Europa se unió en este reto y sacó la norma adelante con unos efectos positivos visibles, aunque la pregunta que queda por contestar es cómo se comportarán los compradores con los aparatos de televisión europeos y japoneses una vez la norma se ponga en ejecución.

Se preguntaba también qué pensábamos sobre el modelo asiático. Sin conocerlo profundamente, puedo decir que este modelo se ha producido en Asia. Tal vez para que esto haya ocurrido así

deba haber algunas otras razones además de las meras razones industriales o de capacidad tecnológica. Creo que lo que funciona en el modelo asiático no es el control social sobre la tecnología, sino el control tecnológico de la sociedad. La sociedad asiática tiene una capacidad de ponerse todos firmes mirando en la misma dirección que nosotros no tenemos. Entonces, y enlazando con lo que ya hemos dicho varias veces, lo que deberíamos conseguir aquí con la intervención y actuación del Estado son fundamentalmente tres cosas. Una, lograr una homogeneidad de planteamientos en una dirección, lo que implica información de lo que hay que hacer, de los efectos de la tecnología y sobre su necesidad. Dos, potenciar la participación, de lo que tenemos ejemplos recientes en varios sectores. La reconversión tecnológica obliga a que la participación suba un escalón más; tenemos que conseguir participación y corresponsabilización, pero también una copartición de los beneficios. Esto, en definitiva, exige el tercer elemento clave: un cambio cultural. Este cambio cultural está ligado a la formación de los recursos humanos y la formación de toda la sociedad.

Miguel Angel QUINTANILLA

Voy a intentar referirme a aquellos puntos que me parece que no han quedado claros.

Un problema clave a determinar es si tenemos o no capacidad de maniobra, no en el sentido de capacidad para potenciar el desarrollo tecnológico en nuestro país, sino capacidad de maniobra para potenciar el cambio tecnológico de una forma determinada y coherente con un proyecto estratégico global de transformación social de acuerdo con parte de la tradición de la izquierda socialista. Porque estamos hablando del siglo XXI y de cuál va a ser el proyecto político del Partido Socialista, y esto no ha sido el centro del debate. La mayor parte de las cosas que hemos dicho están todavía en una fase previa. Es decir, en la fase de considerar el problema de la política industrial y de las nuevas tecnologías como algo que hay que asumir. En general, ésta es la posición que ha predominado, a pesar de mi intención de que no fuera así. Se ha mantenido lo que antes he llamado la actitud resignada: tenemos un reto tecnológico y lo que hay que hacer es potenciar el desarrollo económico, y luego ya veremos cómo distribuiremos la renta. Sin embargo, de cara a la definición de un proyecto socialista, el reto de las nuevas tecnologías, la política industrial en general y, concretamente, las posibilidades y peculiaridades que ellas introducen es algo más aprovechable. Nuestra pregunta debería ser: qué podemos aprovechar y potenciar de las aportaciones y modificaciones que al sistema productivo y social introducen las nuevas tecnologías, en coherencia con la tradición de la izquierda? Por ejemplo, este asunto pasa por el problema de la cooperación con

Europa. La integración de España en Europa tiene dos aspectos: por una parte, se trata de acortar las distancias respecto a los países más desarrollados y de aumentar el ritmo de crecimiento y el nivel de riqueza y, por otra, también modificar el modelo de desarrollo europeo. Es decir, vamos a tener poca capacidad de influir en el modelo europeo si no tenemos capacidad estratégica, pero seguramente también si no hacemos un esfuerzo por definir un proyecto progresista para Europa, potenciando las nuevas tecnologías de una forma determinada. Europa es una oportunidad importante desde el punto de vista de las posibilidades de aumentar nuestra capacidad de desarrollo tecnológico, pero también es una oportunidad importantísima para madurar un proyecto de izquierdas para gran parte del mundo.

Otro tema que ha surgido esta noche y al que me gustaría dedicar unas palabras es el de la enseñanza, la investigación, la ciencia, la universidad, etc. Todavía no hemos tomado en serio el asunto. Insisto en el ejemplo anterior de las autopistas y la educación. La infraestructura del tejido industrial del futuro depende más de la formación y del nicho cultural en el que se desarrollen las innovaciones tecnológicas que de las infraestructuras materiales. Por lo tanto, hay que hacer un esfuerzo mayor, más creativo e innovador en estos próximos años. Las limitaciones del sistema de educación institucional en general, no sólo del sistema universitario, para este esfuerzo son muy fuertes. Porque el esfuerzo debe ser intenso y además rápido y el sistema educativo institucional es lento de reacción. No es un caso típicamente español, sino mucho más general. El tema de la educación habría que empezar a pensarlo bajo un paradigma diferente al que ha sido el tradicional en la ideología de la izquierda europea. Para el futuro, el tema más importante que hay que debatir en política educativa no es la disyuntiva enseñanza pública o privada, tampoco la cantidad de la oferta educativa, sino la calidad y diversidad de la oferta educativa. Hay que hacer un gran esfuerzo para plantear una alternativa de izquierda orientada a responder al reto que suponen las transformaciones sociales que se nos vienen encima.

Por último, querría decir dos cosas que dejaran una nota de optimismo. Primero, el control, la participación democrática en el control y la evaluación de las nuevas tecnologías es un problema de justicia y de eficiencia, en el que los socialistas tenemos que aprender de los países más avanzados. Las fórmulas de democracia industrial que se han ensayado en otros países de Europa no han demostrado que disminuya la eficiencia del sistema económico, más bien lo contrario. Los costos de un proyecto tecnológico fallido por falta de participación ciudadana en su definición y aceptación son mucho más elevados que los que nos costaría lograr la participación misma. Pero es que, además, iniciativas como dotar a los representantes de la soberanía popular de instru-

mentos de evaluación racional de las opciones tecnológicas independientes del Ejecutivo son iniciativas que no se han inventado los europeos, sino que lo inventaron los norteamericanos, la meca del capitalismo internacional, en el año 72.

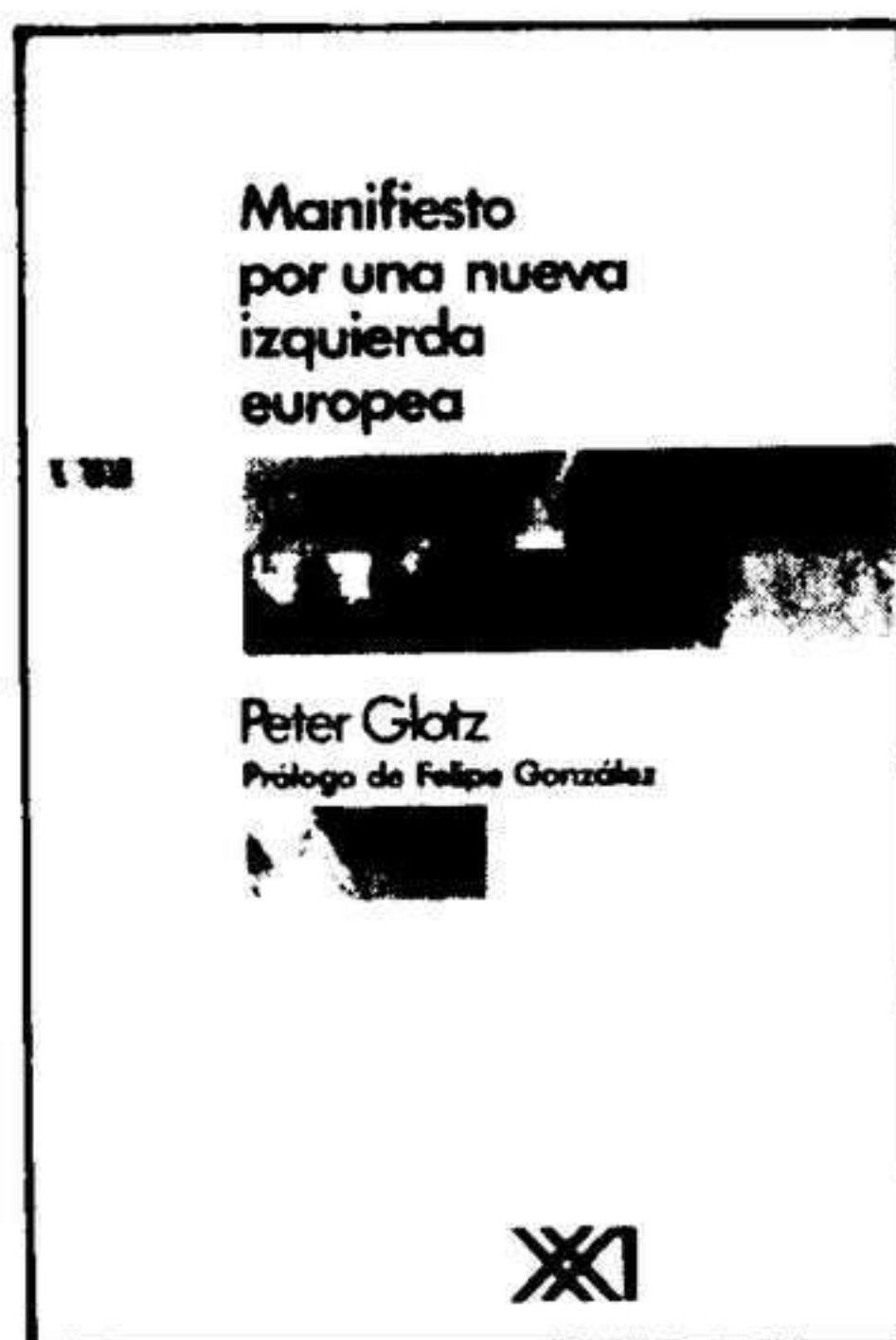
Miguel Angel Quintanilla

Y, en segundo lugar, hay que decir que España no está mal. Hay un gran consenso político y social. Hace cinco meses se ha producido en el Parlamento español una unanimidad respecto a un proyecto del Gobierno que supone una inversión anual del orden de 150.000 millones durante cuatro años. Todas las fuerzas políticas apoyaron el Plan Nacional de Ciencia y Tecnología, y esto es un esfuerzo considerable para ir preparando esa infraestructura cerebral de la que hablaba Luis Solana.

E D I T O R I A L

FABIO IGLESIAS

XI
Siglo veintiuno
de España
Editores, sa



MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA
Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



SOCIALISMO DEMOCRÁTICO: TRADICIÓN Y ALTERNATIVAS

Enrique MUGICA

No parece empresa fácil la de escudriñar, hoy por hoy, el horizonte teórico del socialismo democrático. En el reducido espacio de las dos últimas décadas se han registrado muchos e importantes acontecimientos. Si hubiéramos de intentar representarlos con apenas un par de gruesas pinceladas, difícilmente podríamos evitar posar la vista en dos de ellos: dos fenómenos cuya trascendencia explicaría por sí sola los verdaderos ríos de tinta que se les han dedicado; siendo, además, unos hechos que parecerían deslegitimar —o al menos *poner en crisis*— el esfuerzo de una vida encaminada a apoyar el ideal incierto, pero estimulante, del triunfo socialista.

Nos referimos, de un lado, al *cuestionamiento* del modelo conocido como *Estado del bienestar*, y al derrumbamiento, por el otro, de los sistemas políticos hasta hoy representados en el llamado *socialismo real*.

Nos hallaríamos, en efecto, y siempre al decir de algunos, ante la voceada crisis de las políticas de inspiración reformista, íntimamente asociadas a la creación y sostén de un aparato asistencial de titularidad pública, del que se han beneficiado, durante sucesivas décadas, los menos favorecidos por las coordenadas de un mercado libérrimo pero desigual. Por si esto fuera poco, de creer en dichas tesis, esta crisis vendría a anunciar el fin de un verdadero modelo de crecimiento económico: el de la última posguerra, comúnmente conocido como socialdemócrata.

Por otra parte, y en paralelo a la ofensiva neoconservadora — actualmente en declive, pero cuya referencia cronológica se situaría en torno a las últimas presidencias republicanas en los Estados Unidos y al thatcherismo en Gran Bretaña—, asistimos estos años al derrumbamiento efectivo del llamado socialismo real, así como a la *perestroika* y a su proyección sobre la configuración del mundo contemporáneo. Parecería, por tanto, que la derrota histórica del comunismo estatalista ha sido certificada. Y no satisfecha con ello, la derecha liberal se habría apresurado, además, a celebrar con alborozo no sólo esta defunción, sino la de toda la izquierda, e incluso —y ahí está el controvertido opúsculo de Fukuyama— el «fin de la historia».

Debo añadir que sería absurdo pretender que estos sucesos no han obligado al socialismo y a los socialistas a una profunda reflexión. Muchos se han sentido, incluso, forzados a revisar sus más viejos postulados: los esquemas de interpretación de la historia, y los postulados analíticos tendentes a descifrar la naturaleza y sentido de los cambios a que venimos asistiendo.

Para quienes hemos roto, alguna vez en la vida, con los dioses de nuestros mayores, ninguno de los pilares de nuestra visión del mundo constituye un principio de fe. Quiero significar, de este modo, nuestra radical ruptura respecto del dogmatismo y de la omnicomprensión que casi siempre se agazapan bajo la tradición o las creencias heredadas. Las convicciones políticas de un intelectual demócrata sólo pueden ser inquebrantables en la justa medida en que no encuentre ninguna más convincente o persuasiva con las que sustituirlas. Precisamente por ello, a nadie puede extrañar que ni la ofensiva ideológica del liberalismo mentor del individualismo posesivo, ni las transformaciones de los sistemas del Este, puedan cuestionar el fondo de una apuesta personal, largamente decantada en favor del *socialismo democrático*. Y ello porque —más que un *corpus* ideológico cerrado— entiendo esencial al *socialismo* una propuesta política crítica y abierta al mundo. Abierta, específicamente, a una *realidad social* que admite, necesariamente, diversas interpretaciones.

Hay que asumir con placer esta ocasión para emprender, una vez

más, la aventura de pensar y entrar en el debate, recuperando, para ello, el acento puro y simple del socialismo preocupado por los sucesos de su época, pero al que no han alcanzado los síntomas de zozobra de quienes profesan por un tiempo las ideas que han pillado con alfileres, en algún escaparate de progresismo formal, para naufragar con ellas a la primera marejada.

Abordaré, en primer término, los rasgos más aparentes del cuestionamiento crítico de la apuesta socialista, para proceder, después, a sintetizar los rasgos que, a mi juicio, han sido las más importantes contribuciones del *movimiento político* que ha impulsado aquella apuesta, en los sucesivos planos económico-social, político e intelectual; y, por último, trataré de perfilar las pautas de una evolución todavía hoy pendiente y, consecuentemente, el arco de alternativas que, a mi entender, se le alcanzan al ciudadano europeo preocupado por la decantación de nuestro futuro mediato.

Es preciso señalar que, para el socialista, la preocupación de futuro no tiene otro sentido que, a ser posible, *interceptar*lo, tomar el timón del mismo y apuntar al objetivo que estimamos deseable y realizable conforme con los dictados de nuestra racionalidad. Porque es a lo que se ha calificado como *utopía razonable* donde tiene que llegar la modesta reflexión del socialista militante (algo que, de pasada, no siempre equivale a militante socialista), de acuerdo con aquellas tesis del primer y joven Marx que vino a situar al hombre en el epicentro mismo de la transformación de la realidad circundante: el hombre, para el socialista, es quien construye la historia. Y este concepto de *historia* es crucial para entender la progresión de la izquierda en la contemporaneidad.

Lejos, por tanto, del vértigo al que invita un mundo en cambio, comenzaré por reafirmar la virtualidad del análisis socialista en la localización de los elementos de crisis. Enunciemos, simplemente, sus manifestaciones conocidas y aparentes: hemos vivido, en efecto, una crisis económica, de enorme profundidad, que se remonta a los inicios de la década de los 70; una crisis que, a su vez, se traslada a las esferas política e institucional, que en nuestro país vivimos con toda la especialidad propia de la irrepetible circunstancia de la transición democrática; y crisis también, finalmente, en el nivel ideológico: todo un sistema de ideas que durante largo tiempo han sido puntos capitales para la vitalidad del pensamiento socialista, se ha visto, sin duda, afectado por los precedentes fenómenos. Creencias de textura «dura» —tales como el progreso de la libertad, la igualdad y la solidaridad, en el decurso humano— se contemplan ahora sacudidas por el «pensamiento débil», por la posmodernidad y el renacer paralelo del individualismo liberal y posesivo.

Ninguna de estas manifestaciones resultaría de por sí excesivamente preocupante para quien —como yo u otros muchos militan-

tes de la izquierda democrática española— hemos vivido largamente en circunstancias más hostiles. No obstante, es cierto también que nunca como hasta ahora había llegado a definirse con tan mediana claridad una perspectiva de futuro tan seriamente inquietante; tan enfrentada, por tanto, a la realización del *principio de esperanza* que ha estado siempre vinculado al pensamiento socialista.

Nos hallamos, en efecto, ante un panorama global de desaliento y disuasión respecto a nuestra confianza en la eficacia o relevancia —no digamos «trascendencia»— de cualquier esfuerzo humano. Da la impresión de que la *debilidad* del pensamiento posmoderno hace de esta cualidad de tan dudoso prestigio su punto de máxima fuerza: su único activo sería su capacidad corrosiva y disuasoria con respecto de cualquier empeño de actuación sobre lo humano. Desde ese preciso momento, la política habría llegado a ser lo que el poeta predijo: el arte de hacer imposible que el ser humano se ocupe de lo que realmente le importa. Y a tenor de la presente exaltación de lo accesorio, lo frívolo y lo superfluo, parecería que la batalla en el terreno más propio del movimiento socialista —esto es, el de *las ideas*— habría de darse por perdida.

Pero el mensaje que subyace a esta disipación de la confianza en el futuro es, lamentablemente, mucho menos moderno de lo que quiere aparentar. En realidad es viejo; acaso el más anticuado de los mensajes posibles. Viejo como el poder del hombre sobre los hombres, como la dominación, como la alienación. Es el mensaje en el que priva el egoísmo usual en los autosatisfechos sobre la preocupación por la solidaridad. La libertad, en el lenguaje de los *neoliberales*, es una nueva reedición de esa inveterada apuesta por la desigualdad que permanentemente mantienen quienes, teniendo más, no ven en el Estado sino un estorbo molesto para la realización de sus iniciativas. Sería, en definitiva, el triunfo del afán de lucro y la ambición irracional sobre el equilibrio ecológico, y sobre la razonable comunicación del hombre con lo comunitario y con la naturaleza.

Mas, como consecuencia de estos lamentables criterios, nunca antes como ahora había estado el hombre tan cerca de sus propios límites, de su autodestrucción. La ciencia apunta, como uno de los rasgos más representativos de nuestra hora presente, el terror del niño ante la noción de futuro. A medida que han crecido sus propias posibilidades de autorrealización a través de la tenencia o del consumo de bienes, crece paralelamente su paradójico miedo a la destrucción del ambiente y al empobrecimiento de la vida. No extrañará que afirme que, bajo mi punto de vista, la asociación entre la curva de la doctrina liberal y la de la sensación de inseguridad colectiva es algo que viene de antiguo. Al igual que se remonta también varios siglos atrás esa lamentable tendencia a la autoafirmación, por la vía de la conciencia individual posesiva, como reacción a la misma atmósfera de inseguridad: sólo *soy* en cuanto *tengo* bien

cubiertas *mis espaldas*. En resumidas cuentas, bajo la cáscara rancia del individualismo lo que subyace siempre es un «sálvese quien pueda». Pretendiendo reclamar la desaparición de lo que consideran excesivo gasto público, alegando que el Estado debe minimalizarse para permitir la iniciativa de los particulares, lo que en realidad se propugna es que la función que hoy ejercen los servicios públicos no la ejerza mañana nadie. Eso es lo que algunos llaman «liberalizar» recursos para otros fines, con toda probabilidad mucho más lucrativos.

Tengo la fundada sospecha de que la historia del liberalismo nos demuestra una y mil veces que los particulares no acuden jamás a subvenir las necesidades colectivas que no sean claramente rentables. Y me permito añadir que, atendiendo a la cultura empresarial española, el desmantelamiento del aparato asistencial en España no sólo no contradiría mi anterior afirmación, sino que la confirmaría. Muchas de las inversiones de este país no se han caracterizado nunca por arrostrar riesgos ni por su especial interés por la cobertura a fondo de las necesidades básicas, sino por acudir sólo allí donde esperaban obtener alta rentabilidad a corto plazo y con mínimo riesgo.

Por ello, no puedo dejar de concluir que bajo el mensaje de aparente invocación conservadora de la idea de «libertad», denostando el gasto público, lo que se vende, en realidad, es el mensaje de egoísmo de los que más poseen, de los que temen *perder*, en cuanto creen que el Estado les impide *ganar más*. Con su fraseología de «voracidad fiscal», lo único que evidencian es que perciben el Estado como algo que perturba la consecución de sus concretos fines.

Esta es la cuestión de fondo, y frente a ella el socialista tiene legítimo derecho a interrogarse acerca de los argumentos con que cuenta para contrarrestar ese horizonte inquietante y sobreponerse, en suma, a la ofensiva liberal que aparece, ante mis ojos, como algo contraproducente y desprovisto de un norte mínimamente atractivo.

Decía Elías Canetti que «la supervivencia no es sino una *pasión* que, en cuanto tal, se crece con sus oportunidades». Esta interpretación de los impulsos humanos, tendentes a fortalecerse ante las dificultades, ha demostrado ser válida no solamente en relación con los comportamientos individuales sino también con los *sociales*. Y creo que, en ese sentido, algunos desearían que nos hallásemos de nuevo en ese incierto rincón al que cada tanto nos traen los avatares de la historia, y en el que los hombres propenden a pensar que nada pueden hacer para cambiar el rumbo de las cosas.

Yo, en cambio, tiendo a pensar que el ser humano adquiere parcelas de libertad, en la medida en que gana capacidad de determinar

su presencia en el proceso de producción y de justa distribución de los bienes, impidiendo que sean tanto la producción como el producto quienes lo determinen a él. La gran cuestión subyacente a este principio socialista es la de dilucidar los medios de que dispone para conquistar, primero, y consolidar, después, espacios de libertad.

Los instrumentos político-públicos y las instituciones —muy en particular la administración del Estado— han ocupado siempre un preeminente lugar en la comprensión de esos medios. De lo que se trata ahora es de indagar si, a la vista de las experiencias habidas, puede el razonamiento «débil» y «posmoderno» inducirnos a seguir aceptando que la única «razón» consistiría en seguir perfeccionando *los medios*, en lugar de preguntarse si los referidos *medios* continúan siendo *sensatos*. Nuestra pregunta equivale a cuestionarnos los *finés* del poder y del Estado desde la perspectiva en la que siempre lo ha hecho el pensamiento socialista.

Y creo, en este sentido, que pueden caber pocas dudas acerca de la lectura que viene a desprenderse de nuestros centenarios años de itinerario teórico: desde los utopistas a la socialdemocracia, pasando por el socialismo europeo del siglo XIX, por el *revisionismo* y por los enfrentamientos entre los partidarios de la progresión democrática y los de la desviación estatalista-burocrática, basada en el partido único, y que quedaría confirmada en la constitución de la *III Internacional*. Esta lectura socialista de los fines del poder no es otra que la búsqueda de la paz, la mayor seguridad y la mayor libertad para el mayor número. En sólo cuatro palabras: *democracia, libertad, justicia y solidaridad*.

Desde la perspectiva del pensamiento socialista no puede hablarse de paz donde no existe *democracia*. Y desde la misma óptica, no existe *libertad real* donde las condiciones mínimas de la existencia no se hallan asentadas en vínculos *solidarios para el disfrute de la misma*. Y no hay ni una cosa ni otra si no es dentro del contexto del *Estado de derecho, democrático y social*, esto es, del que se funda sobre el consenso de todos los ciudadanos, institucionalizando los cauces de resolución pacífica de los eventuales conflictos.

Llegados a este punto, creo lógico recordar los componentes sustantivos que hasta la fecha ha aportado el socialismo democrático al Estado de derecho, así como los elementos más diferenciadores de esta tradición intelectual, que cabe considerar no sólo como verdadero hilo de conexión de la progresión democrática entre los siglos XIX y XX, sino también como resorte para la imaginación de nuestro futuro mediato, al filo del inminente siglo XXI.

A partir de esa pregunta, me permito proponer una síntesis de lo que considero que son los principales pilares de la contribución

socialista al entendimiento de la economía, la política y la cultura cívica del mundo contemporáneo.

Enrique Múgica

Al hablar de *socialismo*, en un sentido genérico, nos hallaríamos, primero, ante una corriente de *pensamiento político* en torno al decurso histórico de la lucha de los hombres por su emancipación; nos hallaríamos también ante una *corriente crítica* acerca de las deficiencias conceptuales y funcionales del liberalismo económico y de su paradigmática traducción empírica: el capitalismo «puro» o capitalismo «salvaje» de la primera hora; y nos hallaríamos, en fin, ante una *tradicón moral*, ante una componente *ética* en la conducción consciente del propio comportamiento político y social.

Desde el primer punto de vista, y en cuanto formulación con vocación política, práctica y realista, el socialismo nació como movimiento en favor de la emancipación de los trabajadores en unas circunstancias sociales e históricas muy concretas. Nos hallábamos, efectivamente, ante la imposición de unas condiciones de trabajo y de existencia prácticamente intolerables; una imposición que *los menos* ejercían sobre *los más*. Cuando uno se detiene a estudiar las condiciones impuestas a enormes masas de seres deshumanizados por aquel sistema económico, no puede, en verdad, extrañar el hecho de que la reacción de la primera izquierda europea pudiera ser proclive al abismo de los catecismos radicales, con tal de que contuviesen alguna remota promesa de revocación de lo injusto o de emancipación final. Y aunque no cabe negar que en siglo XIX tuvieron su sentido propio las propuestas de extinción de los Estados «burgueses» o de abolición de toda forma de propiedad privada, hay que decir también que muchos de los socialistas de aquella primera hora tuvieron la lucidez de cuestionar el pretendido papel medial que otros querían atribuir a la dictadura del partido, camuflada bajo el lema de dictadura del proletariado.

Pero no son las muy distintas y graves desviaciones del movimiento socialista —muchas veces denunciadas incluso desde el mismo seno de la escisión comunista— la tarea que nos concierne. No nos ocupamos hoy de la pervivencia o no de la aberrante metafísica que dio lugar a los regímenes a cuyo derrumbamiento asistimos estos días. Nos ocupamos, en cambio, de la trayectoria histórica, afortunadamente inagotada, del *movimiento socialista* en el régimen democrático, no ya como componente, sino como factor esencial e inescindible de la progresión democrática: la transformación social habrá de venir coadyuvada por un impulso democrático, o *no vendrá* en absoluto.

Se trata, en suma, de atender a la actuación del movimiento centenario del que se segregó el radicalismo comunista en el *interim* que media entre las experiencias de la II y III Internacionales, y del que ya en este siglo son hitos el «revisionismo» alemán —iniciado por

Bernstein—, el austromarxismo, el fabianismo británico y el *social-reformismo* de la última posguerra. La Europa a la que conduce este movimiento político es, sin lugar a dudas, una Europa más sensible para con las causas sociales, y comprometida, ante todo, con el triunfo democrático. En ella, la democracia ha alcanzado a perfilarse gradualmente como *un valor en sí misma*, y no como apoyatura relativa o instrumental, tal y como corresponde al *relativismo formal*.

Es más: a estas alturas no cabe incertidumbre alguna acerca de la trascendencia del impulso socialista en la evolución histórica de la democracia en Europa y en el mundo occidental, y aún de la propia *idea de la democracia* misma. Aún cuando cabe decir —y, de hecho, lo escuchamos con engañosa frecuencia— que el capitalismo de hoy no es del siglo pasado, es asimismo cierto que tampoco la respuesta de la izquierda a las necesidades sociales mayoritarias ha permanecido inane, encallada o invariable. Si las instituciones del capitalismo económico han mudado en buena parte, también las prioridades sociales mayoritarias han acusado los cambios. Y si la democracia llamada *formal* ha profundizado su asiento, también la actitud de las fuerzas políticas socialistas han variado su actitud con respecto de la misma.

Justo es hablar, por lo tanto, de interconexión y de interacción dinámica entre uno y otro polo, entre la evolución del sistema democrático y la evolución paralela del movimiento socialista. No han actuado en un sentido de mutua desconfirmación, sino que se han alimentado y fortalecido el uno al otro.

Nadie podrá, pues, negar la influencia de la izquierda, de la presión socialista, en la consecución de objetivos que, habiendo sido en su día «objetivos puntuales» —o lo que algún teórico llamaba «conquistas parciales»—, han pasado ya a integrar parte del patrimonio definitorio o irrenunciable de la realidad democrática. Podemos pensar, así, en la ampliación del sufragio y en la consiguiente extensión del pluralismo político y la incorporación de los trabajadores a las instituciones y a la dinámica propias del régimen democrático; en la defensa del sistema en sus momentos más críticos, tanto en el plano ideológico como en el campo de batalla frente a todos los fascismos y los totalitarismos —sea cual sea el color de las banderas esgrimidas—; podemos hablar, en fin, de la defensa del *cambio económico y social* en beneficio de los más, que son los que menos tienen.

No hemos de ignorar tampoco que, en definitiva, el socialismo ha supuesto un vector transformador del propio capitalismo, en cuanto marco formal de relaciones económicas. Las instituciones básicas de la *economía mixta*, de la *procura asistencial* y del *Estado social*, así como la propia idea del control sobre el mercado, son, indefectiblemente, aportaciones señeras de este incansable impulso del socia-

lismo, hoy generalizadas en la cultura política y jurídica occidental desde la segunda guerra mundial: esa, consiguientemente, es la mejor consecuencia, a mi juicio incontestable, del Estado de derecho democrático y social, tal y como se recogen en las constituciones de las sociedades avanzadas.

Pero el socialismo es también, no debemos olvidarlo, un verdadero *impulso ético*. Una tradición cuyo origen nos haría remontarnos a las primeras utopías, poniendo en conexión la influencia de sus valores permanentes —libertad, igualdad y solidaridad— con la necesidad de fijar toda práctica política sobre un conocimiento previo de la realidad social. Un conocimiento que debería ser, incluso, conocimiento *científico*, a fuer de ser realista. Primero, porque la *acción socialista* no es, tal y como hoy la entendemos, una acción arbitraria, sino que se apoya en la *toma de contacto* con la *realidad tal cual*. Es, siendo éste el sentido del diálogo racional que el socialismo mantiene con la expectativa de cambio. Pero también porque en el contexto histórico e institucional de la democracia heredera de la Revolución francesa (conexión ideológica que asumimos con orgullo) la democracia ha de ser, siempre, *representativa*. Y ello nos prohíbe tanto *ignorar* la realidad ciudadana como *sustituirla*; o, cuanto más, *inventar* esa misma realidad.

La democracia es, por tanto, representación dinámica, abierta, participativa y, por supuesto, pluralista. Si el socialismo es libertad *individual y colectiva* (y no solamente la primera) la propuesta socialista de *ética racional* habrá de contemplar los niveles efectivos de incidencia de estos valores en todos y cada uno de los planos de la vida. En especial, en aquellos donde la *presencia de hecho* de una *relación real* de dominación *material* haga imposible acceder a la emancipación del hombre, del colectivo humano, frente a esa dominación. Frente a la desigualdad impuesta por la relación de poder, el proyecto socialista persigue extender el alcance de los principios democráticos, considerados, repito, como valores en sí mismos. Esta ha sido, y ésta es, la pauta histórica invariable del socialismo europeo, donde se ha hecho preciso *actuar y hacer valer* la fuerza *transformadora* de su propuesta ideológica, ética y valorativa.

Resumiré, en apretada síntesis, las líneas de dicho influjo en los niveles económico, político y cultural.

Desde la perspectiva económico-social, parto de una convicción acerca de la permanencia de las aspiraciones clave del proyecto socialista respecto de los regímenes democráticos europeos occidentales. Con ser cierto que, hasta ahora, ha fracasado todo intento en orden a la abolición de las reglas del mercado como ámbito de encuentro de la oferta y la demanda, no es menos cierto también que, abandonadas a su lógica, esas reglas de mercado no han hecho sino producir efectos devastadores para el individuo, para la colecti-

vidad y, a fin de cuentas, para el mundo. Y si bien es hoy algo sabido que las actuaciones espontáneas del *capitalismo liberal* no aseguran en absoluto las condiciones materiales para la correcta satisfacción de las necesidades sociales, es asimismo un hecho que muchos de los progresos que este siglo ha contemplado de cara a la dirección *consciente* de sus procesos económico-sociales obedecen al vector socialista democrático.

Esta afirmación es válida igualmente para explicar los cambios que se han registrado en las vertientes *política e institucional*, de las que viene a ocuparse la teoría del Estado. Durante cierto tiempo, la *abolición del Estado* —al menos su sustitución por una cierta variante de colectivismo solidario— constituyó el punto álgido del breviario utópico del pensamiento socialista. Hoy, diferentemente, podemos considerar que si una contribución puede arrogarse el socialismo a la teoría del Estado es, precisamente, la de haber invalidado desde el seno de la izquierda a ese oscuro dogmatismo que pretendió confundir toda institución social con los denominados «aparatos del Estado», y consiguientemente con el «servicio al sistema de dominación de clase». Porque las experiencias de la socialdemocracia han venido a demostrar la eficaz virtualidad de las instituciones como instrumento de *adecuación social* del mercado, así como de defensa del interés democrático cabalmente definido *por la inmensa mayoría*, en orden a corregir la imprevisión suicida y la ceguera social a la que el mercado conduce en cuanto se le abandona al pretendido albedrío de la mano invisible pontificada por Smith.

Sobre la base de estos mimbres hace ya unos cuantos años que el profesor Elías Díaz teorizó sobre la fórmula del Estado social y democrático de derecho, en cuanto agente estratégico de integración social, de justicia, de progreso y prosperidad. Una institución capaz de contribuir seriamente a la superación de las aristas más hirientes de la *desigualdad* en la que con frecuencia *la libertad* del más fuerte hace degenerar las libertades ajenas. Por mi parte, después de muchos años de observar el curso y las evoluciones tanto de la sociedad liberal capitalista como las del comunismo estatalista de corte soviético, me reafirmo en que ninguno de los datos que en uno y en otro campo se han podido registrar ha desdibujado un ápice mi confianza en el Estado democrático y social como institución garante y promocional del cambio. Antes bien, el *impulso* que, con vistas a esos cambios, ha animado el pensamiento socialista democrático durante 200 años, va a continuar siendo válido mientras persista en cualquier grado el fenómeno de fondo o la realidad que lo anima: esto es, mientras subsista la hiriente *desigualdad de las oportunidades* a las que el liberalismo y el conservadurismo conducen inequívocamente. Mientras las condiciones para el *acceso al bienestar* continúen amenazadas por la desigualdad, continuará siendo preciso el esfuerzo autoconsciente, racional y volitivo del reequili-

brio social. Y no se me alcanza una fuerza capaz de interpretar de veras este postulado ético que no se inscriba en el arco de los partidos que encarnan la propuesta socialista, europea y democrática, que enfila el siglo XXI y su propia identidad como proyecto unitario.

Este es el núcleo duro de la realidad presente: la *permanencia lineal de la socialdemocracia como propuesta política de integración social y prosperidad económica*, acreditada a lo largo de los siglos XIX y XX, y abocada ya al siglo XXI, frente a sus alternativas.

La historia ha ensayado en este tracto varias y diversas alternativas: o bien por degenerar en una expresión aberrante de alguno de los viejos males que se pretendía erradicar (tal y como sucedió a los países comunistas, en los que se está desembocando en hipernacionalismo o, aún peor, en los pasados y deificantes cultos a la personalidad) o bien por ser incapaces de combinar la creación de buenos servicios públicos con el indispensable respeto a la libertad, todos esos regímenes que se decían «alternativos» han acabado enterrados en sus errores y fracasos.

Por contra, sólo los regímenes que han podido combinar el funcionamiento correcto de las instituciones democráticas y pluralistas, la imprescindible observancia de las libertades públicas y el gobierno de una fuerza democrática de inspiración socialista, han podido contemplar cotas sin precedentes de bienestar colectivo, sin perjuicio de la acción redistribuidora del Estado y de los poderes públicos.

Ciertamente, es necesario prestar la debida atención al factor de agregación social y de diseño estratégico que representan los partidos en la dinámica propia de gobierno y alternancia del régimen democrático.

Y en este preciso sentido, me permitiré una reflexión acerca del papel de los partidos —y, particularmente, del partido socialista— en el contexto actual de la democracia pluralista. Creo que difícilmente podría insistirse lo bastante en el papel que los partidos pueden desempeñar en el perfeccionamiento de ese esfuerzo interactivo que pone al Estado en contacto con la sociedad civil. Entiendo que los partidos *deben* encauzar el reto de la interlocución social. No veo alternativa a la fórmula de agregación social y de representación de los distintos intereses que incorporan los partidos. Es más: toda mi vida he combatido un discurso eminentemente reaccionario que, como mala hierba, no acaba nunca de asumir su definitiva derrota. Y este discurso no es otro que el que pretende presentar la realidad partidaria conforme al enfoque de Michels; tan viejo, por otra parte, como la desconfianza contra la democracia: según este esquema, los partidos serían siempre, indefectiblemente, estructuras alienantes, férreamente organizadas, abocadas al poder

a toda costa, desconectadas de la realidad de los ciudadanos de a pie, ajenas a las preocupaciones de éstos y replegadas en sus propias servidumbres burocráticas.

No me detendré en recordar las consecuencias nefastas de unos planteamientos que, como éstos, se remontan además a los primeros años del presente siglo. Aparte los muchos daños que tan sesgada crítica causó a las democracias, entonces en serio peligro —y cuyo ejemplo emblemático sería la Alemania de Weimar—, no hay más que pensar en la trayectoria ideológica de quienes la suscribieron hasta desembocar en el fascismo más abyecto.

Frente a semejante enfoque pienso, naturalmente, que la legítima crítica que cada partido merezca debe venir contestada con dosis siempre crecientes de democracia interna e interlocución social. Pero pienso, además, que el discurso que acabamos de exponer es contradictorio en sí mismo. De un lado, acusa a los partidos de escasa comunicación con la realidad cotidiana y con las preocupaciones del ciudadano de a pie; pero, por otro lado, la misma argumentación vale a los detractores de los partidos políticos para acusarles de querer «pretender politizar» cualquier esfera de la vida, en la que los partidos puedan hacer valer, con toda legitimidad, su presencia al margen de las instituciones o de la representación parlamentaria *strictu sensu*.

Es también por ello que, a menudo, asistimos al preocupante espectáculo que ofrece la proliferación de todo tipo de agitadores e iluminados que, al margen de la voluntad popular libremente expresada, pretenden protagonizar fenómenos de suplantación del veredicto del voto por una serie de extrañas ceremonias de la confusión. Pensamos, así, en la invocación cuasimística de algún derecho «trascendente» que estaría, según algunos, por encima de la propia Constitución que los españoles se han dado, o en el recurso al simbolismo de *convocatorias de masas* en la calle, después de haber olvidado el escaso predicamento que han demostrado tener en el momento de las urnas.

Probablemente este país aún no ha acabado de pagar la factura que el franquismo impuso en el medio plazo a nuestra cultura política. Muchos españoles se muestran todavía hoy reacios a asimilar la militancia en partidos o sindicatos democráticos como una manifestación más de nuestra libertad y de nuestra dimensión social. No faltan tampoco las voces que se apresuran a elevar críticas a la pretendida «falta de independencia» de todo aquel que proclama explícita y libremente su adherencia a un partido político o sindicato democrático. Y esta consideración me brinda pie para abordar ahora la aportación que el socialismo ha hecho y puede hacer todavía de cara a profundizar el método democrático y sus potencialidades: hay que reafirmar, sin duda, el papel del parlamento y de las

instituciones representativas, pero hay que reafirmar, ante todo, la cultura democrática y la militancia ciudadana en su sistema de valores.

Como es conocido, la literatura científica habla de «socializar» para aludir al proceso de integración personal de valores y patrones generalmente estimados. Para los socialistas de la hora contemporánea, hoy *socializar* no puede significar otra cosa que la profundización de la *autoconciencia social*: socializar el control de la realidad colectiva, dinámica y pluralista; socializar, en fin, la participación y la consiguiente extensión de la dignidad compartida de la responsabilidad.

En este sentido, el pensamiento socialista no ha dejado de abogar por la traslación política de sus valores distintivos: esto quiere decir que «libertad», «igualdad» y «solidaridad» deben tener plasmación en un sistema de responsabilidades compartidas por parte de los distintos miembros de la comunidad. Un sistema, a fin de cuentas, de *desarrollo compartido*.

Desde esta perspectiva, la necesidad de instaurar lo que desde los orígenes del diálogo Norte-Sur viene denominándose «nuevo orden económico» ha sido, por varias décadas, uno de los pilares del proyecto socialista. Ahora se suman a ello otras preocupaciones recientes y novedosas: por señalar un ejemplo, la irrupción del ecologismo como fundamentación de una propuesta política nos ha obligado, ciertamente, a reflexionar sobre un planeta limitado y maltratado.

Del mismo modo han emergido la preocupación demográfica, la sensibilidad ante los reequilibrios a escala planetaria y la alarma suscitada por los últimos desarrollos en el terreno energético. Asimismo, es ya un hecho que la revolución tecnológica y los avances informáticos pueden llegar, malsanamente, a pretender imponer ciertas limitaciones al tradicional disfrute de muchos derechos fundamentales, tales como la propia intimidad personal y familiar. Pensemos también, finalmente, en la inquietud que nos suscita la puesta en cuestión de algunos bienes que hasta hace muy poco dábamos ingenuamente por sentados, como el derecho al ambiente o a nuestra propia dignidad en la tercera edad.

Estimo que todas estas preocupaciones se prestan a una convergencia en el plano de las ideas. Ideas que no solamente se vierten sobre el análisis y la interpretación de las experiencias pasadas o nuestras tradiciones, sino también en el plano de la prospección que apunta a nuestro futuro inmediato. Porque el socialismo es, ante todo, *un movimiento vivo* que aspira a extender el disfrute de las libertades colectivas y la cooperación, aspirando, por tanto, *al cambio* pero no a un cambio errático, sino *consciente, realista y democráticamente fundado y encauzado*.

De esta forma, en el plano de los procesos económicos, cabría decir que el socialismo aspira a *socializar* la calidad de vida y los valores ecológicos. No puede olvidarse que el término *socialismo* es precipitado directo de la idea de *sociedad*, y no de la idea de Estado. Socializar, por tanto, no es *estatalizar*; y *proyectar* en el marco de la teoría socialista no es *burocratizar* la producción ni el mercado, sino intentar realizar sus *objetivos sociales*, de modo que neutralicemos esa tendencia inconfesa de la libertad de mercado consistente en no hacer nunca *lo deseable o lo justo*, ni tan siquiera *lo urgente, ni lo necesario* tampoco, sino tan sólo *lo rentable*, con la miopía usurera con la que el mercado utiliza en el cortísimo plazo el adjetivo *rentable*.

Y, dicho esto, entraré ahora en esta última fase de mi conferencia. Pondré para ello la vista en la elucidación de la posible alternativa, a la vista de los datos que nos ofrece, hoy por hoy, la realidad presente.

Vivimos, tengo la impresión, en un mundo tan cambiante como desconcertado. El neoconservadurismo ha aprovechado la enésima «crisis de las ideas» para reintroducir «doblada» su argumentación de siempre: la pérdida de confianza en los valores duraderos, con ambición de futuro, habría hecho buenos los esfuerzos para abandonar a su suerte la prospección creadora, y revalorizar la actividad meramente *especulativa*, sin miras, tanto en el plano económico como en el doctrinal. El socialismo democrático continúa confiando en los poderes públicos y en las instituciones de base social representativa para extender el afecto por la democracia avanzada a través de la cultura. Las iniciativas públicas en los países que han contado con una más prolongada experiencia de *reformismo social*, a cargo, lógicamente, de gobiernos socialistas, han acusado recibo no sólo de la extensión de los cauces de participación y de los conductores a reforzar la igualdad de las oportunidades, sino también de la batalla, en la cultura política, de la solidaridad contra la excluyente mentalidad posesiva.

También en este sentido venimos viviendo un tiempo de cambios acelerados, y puede que trascendentes para la historia del mundo, desde la perspectiva de la superación de los Estados nacionales. Creo que ha sido Gunther Anders quien advirtió que a las nubes radioactivas no les preocupa el pasaporte ni las fronteras nacionales. Y, en efecto, hoy en día pocas cosas pueden contribuir, tan seria e incisivamente, a la consolidación de las aspiraciones del socialismo democrático como la unidad de Europa, y hacerlo además en sintonía y congruencia con el espíritu de su internacionalismo.

Abogamos, obviamente, por la cooperación entre los pueblos de Europa como un peldaño más para el aferramiento de la cooperación entre todos los de la tierra. Nuestra historia nos enseña —y ahí tenemos el ejemplo del socialista Jean Jaurès— que el Estado nacio-

nal ha coartado el progreso de la solidaridad, del desarrollo armónico, del equilibrio europeo, y, por encima de todo, de la asunción del valor de la *responsabilidad* compartida. En cambio, hoy es evidente que tales valores apuntan a un enriquecimiento del movimiento democrático a *escala transnacional*. Valores cuyos beneficios para la gran mayoría de los colectivos sociales y de los ciudadanos parecen difícilmente cuestionables. Y valores que, en resumen, apuntan a un nuevo proyecto europeo, políticamente unitario, socialmente equilibrado y culturalmente integrado.

Y me van ustedes a permitir una pequeña alusión en torno a una cuestión que ha consumido ríos de tinta: ¿tiene sentido aspirar al mantenimiento de la *estatalidad* en un mundo que demuestra, prácticamente a diario, la *transestatalidad* de los problemas que en verdad preocupan al ser humano?

Desde este punto de vista, es razonable pensar que en estos momentos históricos se está produciendo una auténtica convergencia entre los distintos sistemas tradicionalmente antagónicos. El comunismo estatalista y las democracias representativas con economía de mercado confluyen, precisamente, allí donde las aportaciones de la socialdemocracia adquieren una mayor fuerza: una cultura democrática fuertemente influida por los valores comunitarios, y un rescate del mercado como instrumento racional de asignación de recursos.

En este proceso de acercamiento entre los mundos cobra sentido una expresión que gráficamente describe la pérdida de sentido de la denominada *dinámica de los bloques*: «Marx se ha pasado al Oeste y la libertad al Este». Y creo que si un efecto positivo ha podido generar el colapso comunista de cara a la izquierda europea, ese es el de la correlativa pérdida de legitimidad del anticomunismo obcecado y agresivo: el belicismo duro de los llamados «halcones» ha quedado, finalmente, sin objetivo al que oponerse.

Sé bien que la validez de esta apreciación final sigue siendo relativa. No podemos ignorar las muchas incertidumbres que convendrá despejar en el inmediato futuro. Así, debemos pensar que el final del comunismo ha producido una importante consecuencia negativa: la de la resurrección de toda suerte de irracionalismos y fundamentalismos religiosos que habían quedado congelados en la noche de los tiempos durante las largas décadas de dogmatismo leninista. No obstante, las incertidumbres que todo ello provoca se ciernen muchísimo más sobre los países que aún buscan su propio camino al progreso, desde lo que habitualmente llamamos el «Tercer Mundo», que sobre los espacios de nuestro más inmediato entorno común europeo. Este concreto dato permitiría a Europa ejercitar su papel promotor de desarrollo político y democrático en esta esfera del mundo en busca de referencias para su transforma-

ción. Y reiteraré, en todo caso, que el modelo socialista democrático continúa siendo, a mi juicio, en cualquier rincón del globo, el más vigoroso patrón de cara a los objetivos de la integración social, de la cooperación y del progreso solidario.

Ninguno de estos objetivos cobraría, sin embargo, auténtica validez al margen de un componente moral regenerador que no queremos descuidar. Y este componente *moral*, en el que me gustaría hacer especial hincapié en este tramo final, no es otro que el fiel reflejo de una preocupación —que, ciertamente, comparto con otros muchos socialistas— en torno a la necesaria extensión del sentimiento, digno y dignificador, de la *responsabilidad*.

Creo que nunca como hoy, en toda la historia del hombre y de las civilizaciones, habíamos alcanzado un punto donde tan imprescindible hubiese llegado a ser la asunción, por cada cual, de su cuota personal de *responsabilidad* en el *destino colectivo*.

Resulta crucial acabar con la existencia de duplicidades morales con las que en el presente se juzgan las realidades políticas, según la posición que cada concreto opinante ocupe frente a los poderes públicos o a los poderes privados. La doble moral ecológica, la doble moral económica, la doble moral jurídica e institucional a que las nuevas formas de conflictividad estatal —o incluso transes-tatal— nos vienen acostumbrando, deriva, cada vez más, en el fortalecimiento de una barrera interpuesta contra la consecución del reequilibrio social, de la racionalidad en la resolución de los referidos conflictos y, por ende, de la justicia.

Contra las dobles morales es necesario un proyecto de rearticulación ética, cuyo eje principal lo constituya una propuesta netamente democrática de integración social: por un lado, *paz social* en cuanto legitimación de los mecanismos básicos, institucionalizados, de agregación, composición y resolución de conflictos. Por el otro, *cooperación solidaria* con todos los pueblos del mundo. Algo que desde Europa debe encontrar traducción en una sensibilidad concreta y materializada respecto de los esfuerzos por la libertad en el Este y por el progreso en el Sur, alimentando —a través del instrumento clave de la educación— la cultura y la incidencia de la misma en la equiparación de las oportunidades. Debemos actuar también, por medio de la educación, hacia la erradicación de todas las formas posibles de alienación, dogmatismo o fanatismo brutal. No puede extrañarnos el que, lamentablemente, muchos de los países que no han conocido otro intento de modernización que el impuesto por la férula del leninismo estatalista busquen ahora el reencuentro con lo que consideran sus «libertades perdidas» en el regreso a ritos medievales o a enfrentamientos étnicos. Porque esos dislates, al cabo, con la violencia que encierran, no son sino un nuevo regreso a

una aberrante negación de la condición humana, que es esperanzada y crítica, conjunta y simultáneamente.

Enrique Múgica

La propuesta reformista del socialismo democrático quiere, consiguientemente, continuar siendo respuesta a la reacción conservadora en los países desarrollados, frente al neoliberalismo incapaz de recoger con perspectivas de éxito el guante de los desafíos de una sociedad avanzada. Y quiere también ofrecer una respuesta de esperanza para los pueblos que ahora acceden, por primera vez, al pluralismo democrático: contra el fundamentalismo y contra los dogmatismos de toda laya y especie; también contra la violencia neonacionalista que, lejos de apuntalar un proyecto democrático, obliga a retroceder a los pueblos que ahora emergen de la prolongada noche del comunismo estatalista a antiguos odios tribales. El racionalismo propio de la propuesta socialista resulta, desde mi óptica, imposible de conjugar con toda suerte de banderas dogmáticas o fanáticas, y desde luego también con el neorromanticismo nacionalista, pero inyectado en violencia, que quieren resucitar algunas autoproclamadas fuerzas revolucionarias. Creo que la «revolución» de éstas tiene mucho más que ver con las agitaciones de 1830 que con el salto hacia adelante al que nos convoca el inminente siglo XXI.

Frente a todas estas formas de alternativa hipotética, no puedo dejar de pensar que las dos solas opciones que merecen atención son las que paso a exponer. De un lado, quienes pretenden reavivar el optimismo historicista: según esta teoría, la historia es un irreversible sendero de progreso; por tanto, lo único que habría que hacer es darle al paso del tiempo una oportunidad. De otro lado, contamos con el socialismo netamente democrático que enfila el siglo XXI. Un socialismo moderno, socializador, crítico y pluralista. Un socialismo capaz de asumir el riesgo de las responsabilidades sociales compartidas, frente a la tentación del paternalismo estatalista que tiende a «panresponsabilizar» a los poderes públicos de todos los fenómenos pensables e imaginables. Un socialismo que apuesta por la razón colectiva, a través de la cultura y de su socialización —esto es, de la extensión de los standards mínimos de educación, formación, sanidad, autoconciencia, expectativas de ocio y de bienestar creativo—. Un socialismo que apunta a una utopía razonable, resultado, al mismo tiempo, de lo mejor deseable y de lo mejor posible, pero en la desconfianza del puro paso del tiempo al que invita el optimismo historicista. Un socialismo, en fin, como proyecto ético en pro de la ampliación y la profundización de la dignidad del hombre, en la medida en que la ética no es realización de algún saber acabado sino tan sólo un modesto momento de ese saber en busca de su razonable realización en la tierra.

La invitación con la que desearía concluir concierne al papel de los agentes y de las instituciones de cara a la realización del ideal

socialista. Este ideal, a mi juicio, disfruta de una consistente actualidad. De lo que se trata es de explorar los nuevos márgenes de acción de que disponen sus agentes y las instituciones para su realización.

Y creo, en este sentido, que los partidos podrían, muy verosímelmente, hacer más de lo que hacen; pero esto, en cualquier caso, no eliminaría sus obvios constreñimientos al nivel de *lo factible*, desde una perspectiva estrictamente política, desde la legalidad, y desde la legitimidad pluralista y democrática. El director de *Le Nouvel Observateur*, Jean Daniel, ha escrito recientemente que «las ideologías ya no pueden pretender atribuirse la función de cambiar al hombre o de imponerle a la historia un cierto curso por decreto». El leninismo tenía como cometido imprimirle «trascendencia» a la idea de «progreso». Hoy hace falta reemplazar esa confusa «trascendencia» por el *sentido racional*, menos grandilocuente, pero no menos dotado de dignidad intelectual. Ese *sentido racional*, que ayudará a que los hombres se sientan menos solitarios, menos desamparados ante la angustia de vivir en un mundo insolidario, es la tarea moral que emplaza a quienes asistimos a estos primeros pasos del «poscomunismo».

Una lección he aprendido del fracaso y del derrumbe del estatismo iluminado de aquellos que, en su día, se erigieron en «vanguardia» organizada del «pueblo trabajador», monopolizando, de paso, la representación del mismo, negando y despedazando la realidad social y haciendo buena la *boutade* atribuida a Hegel: «cuando la realidad contradice a la teoría, peor para la realidad». Esa lección que ha aprendido este socialista impenitente es precisamente ésta: es a la sociedad a quien en verdad corresponde transformar la sociedad. Al ámbito de la política —y, si acaso, a los políticos— lo único que corresponde es convertir lo deseable en posible y positivo. Y hacerlo, además, de acuerdo con los valores del ideario socialista: positivo ante los más, por y para los más.

Creo que ésta es una buena clave para la superación de lo que en la teoría política ha venido llamándose «la antinomia de la modernidad»: es decir, la oposición entre libertad contractual y dirección racional de los procesos colectivos; la contraposición entre *mercado* y *plan*.

Empero estos planteamientos, no carentes de autocrítica, no pueden ser interpretados como apoyatura alguna para el triunfalismo de la derecha. Creo, por el contrario, que hemos llegado a un punto en que los herederos del liberalismo y del marxismo debemos, simultáneamente, ser más sensibles que nunca a la viabilidad de la superación efectiva e irreversible del *capitalismo puro* y de la *dictadura de la planificación central*. Ambas son categorías históricas periclitadas, profundamente antitéticas con nuestra idea de *libertad* y nuestro compromiso con la *responsabilidad compartida*.

Señala Oskar Lafontaine, en su conocida obra *La sociedad del futuro*, que la única salida ante la enésima crisis de la sociedad democrática es *osar más democracia*. Osemos, efectivamente, una mayor democracia: democraticemos la técnica, la energía, el progreso como instrumento y motor de autorealización humana. Sólo así conseguiremos conjurar aquel peligro vaticinado por Jaspers, y que me permitirá reproducir finalmente: «podremos seguir tan ciegos ante las evidencias de nuestra producción y ante los riesgos del consumo? En tal supuesto, caminamos hacia una fatalidad de índole muy distinta a la que nos condujo a Hitler; pero, coincidentemente, en tal eventualidad nos volveremos a sentir tan poco responsables de ello como nos sentimos entonces».

Intentemos reencontrar ese exigente sentido de la responsabilidad que el profesor Tierno Galván describió lúcidamente como «percepción del límite». No demos, pues, tregua al riesgo de la autodestrucción, y luchemos, en contrario, por la *razón posible*. Atrevámonos a encarar nuestra responsabilidad y asumamos, sin temor, el precio de la libertad.

Conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI. Febrero de 1990

CUADERNOS DE ALZATE

REVISTA
VASCA
DE LA
CULTURA
Y LAS
IDEAS

Cuadernos de 12 Alzate

Mayo-Noviembre 1989

Revista vasca de la cultura y las ideas



El número 12 de CUADERNOS DE ALZATE se inicia con tres artículos que nos acercan a la problemática tratada en el III Congreso de Sociología, celebrado recientemente en el País Vasco. Así, **Ander Gurruchaga** en «Sociología vasca: la necesidad de su descolonización» trata de lento proceso de institucionalización académica de la sociología y de cómo la propia sociedad vasca se ha convertido en objeto sociológico.

Francisco Liera en «La sociología española frente a sus propios retos» expone la problemática académica y metodológica a la que se enfrenta en la actualidad esta ciencia. **Alfonso Urceta** en «Estructura social y cambio en la Comunidad Autónoma Vasca» de los procesos de adaptación y cambio estructural que desde 1975 han transformado la sociedad vasca...

En *Verlos Venir* presentamos algunos poemas de **Germán Yanke** que forman parte del libro «Estación del Norte», de próxima publicación.

El siguiente bloque de artículos da cuenta de algunas políticas innovadoras que se están

poniendo en marcha en el País Vasco. Así, **Asa Ariz** en su artículo «El plan integral contra la pobreza en el País Vasco» analiza la pobreza en la sociedad actual y explica la génesis del Plan Integral de Lucha contra la Pobreza. **José M. Martín Herrera** en «El suelo y su valoración en el País Vasco: reflexiones sobre un proyecto de ley» explica el anteproyecto de «Ley sobre Régimen Urbanístico del Suelo y Valoraciones», y analiza la amplia problemática suscitada por la Ley de Valoraciones del Suelo en la Comunidad Autónoma Vasca. **José M. Freire Campo** en «La sanidad en el País Vasco: una reforma orientada al usuario» expone las tesis que han impulsado la innovación política sanitaria, explica dichas innovaciones y avanza las líneas de actuación futura necesarias para transformar la sanidad.

Con motivo del décimo aniversario del Estatuto de Autonomía, **Alberto Pérez Calvo** en «Estado democrático de las autonomías» analiza las principales cuestiones que en este tiempo han afectado al proceso autónomo. **Fernando García de Cortázar** en «Lo somnoliento y lo acontecido» nos ofrece su visión, a modo de balance, de la sociedad vasca de esta década.

Finalmente, iniciamos la sección Libros, con las reseñas de **Carlos Beorlegui** sobre la obra de **Begoña Aretxaga** «Los funerales en el nacionalismo vasco»; **Sira García Casado** sobre el libro de **Angel Ortiz Alfau** «Raúl Guerra Garrido»; de **Gonzalo González Martínez** sobre la obra de **F. Novales** «El tazón de los Grupos», y **Fernando García de Cortázar** sobre el libro de **José M. Lorenzo** «Dictadura y Dividendo».

En este número las ilustraciones son de **Koldobika Jáuregui**.

EDITORIAL PABLO IGLESIAS
CUADERNOS DE ALZATE

BARBARA DE BRAGANZA, 10, 3.º - 28004 MADRID - Tels.: 541 35 41 - 541 52 86

EL MOSQUITO Y EL ELEFANTE

Antonio GARCIA SANTESMASES

«**P**arece como si, ante la concentración de poder y la férrea rigidez de las estructuras sociales que caracterizan el orden mundial de nuestra época, la única alternativa moralmente justificable fuera la renuncia a participar en la arena de los asuntos públicos, buscando el consuelo ante tanta insuperable maldad en una mezcla tragicómica de orgulloso distanciamiento intelectual frente al poder y la política, y de *ilusa esperanza* en que un inocente y divertido picoteo de *mosquitos* haga saltar en pedazos algún día al *imponente elefante*».

Estas palabras de Miguel Angel Quintanilla pueden servir de prólogo a las reflexiones que quisiera realizar sobre el debate actual en el seno del socialismo español. Distintos motivos invitan a ello. La aparición de la obra *La utopía racional*, de M.A. Quintanilla y Ramón Vargas-Machuca, ha venido acompañada de la presentación del borrador del Programa 2.000, y los dos acontecimientos invitan a un debate sobre algunos de los problemas teóricos que hoy vive el socialismo español.

El nuevo internacionalismo

Comenzaré con el borrador del Programa 2.000. En este borrador se mezclan análisis sociológicos acerca de la sociedad actual, aten-

diendo a algunos de sus rasgos definitorios (como la revolución tecnológica, el nuevo concepto de trabajo, el cambio demográfico o las nuevas condiciones de vida) con propuestas sustantivas acerca de las posibilidades que se abren al socialismo democrático en el nuevo contexto internacional. Para los autores del Manifiesto asistimos a la configuración de un nuevo mapa del mundo donde la tensión Este-Oeste puede ser sustituida por una nueva era de distensión, donde los recursos actualmente entregados a la carrera de armamentos pueden ser reconducidos hacia un apoyo a los proyectos de cooperación internacional con los países en vías de desarrollo. El desarme puede ser la condición que posibilite el desarrollo.

Para que tan loable pretensión se haga realidad parece imprescindible que Europa juegue un papel distinto al que ha venido desarrollando. La Europa que se propicia es una Europa basada en la distensión, en la cooperación Norte-Sur, una Europa guiada por los valores progresistas que ofrezca un modelo de sociedad atractivo a los países que abandonan el sometimiento a las dictaduras burocráticas del Este. «Los cambios en la Unión Soviética y otros países comunistas significan la decadencia irreversible de la ideología comunista, lo que presenta al socialismo democrático como la única línea de continuidad del pensamiento de izquierda entre la sociedad de la que venimos y la que está naciendo. La renovación del proyecto del socialismo democrático adquiere así el compromiso de convertirse en la plataforma para el encuentro de toda la izquierda» (pag. 19 del Manifiesto programa 2.000).

Compromiso tan ambicioso viene reafirmado en las páginas 45 a 50 cuando se habla del papel de los «ciudadanos del mundo» y se apuesta por un nuevo internacionalismo que contribuya a constituir un nuevo orden económico internacional y un acuerdo ecológico internacional. Europa aparece así como el motor político que impulsa un nuevo concierto mundial. La democratización de los países del Este y el desarrollo compartido aparecen como los nuevos pivotes de la estrategia de un «nuevo internacionalismo» inspirado en los valores del socialismo democrático que, «por primera vez en la historia del socialismo, se convierte en un horizonte real y no sólo simbólico» (pag. 50 del Manifiesto).

En el Manifiesto, como era inevitable, se mezclan los análisis fácticos con las propuestas valorativas y por ello hay que enjuiciarlo distinguiendo la retórica de la realidad. La realidad por el momento es que la *perestroika* puede ser interpretada de distintas maneras, entre las que no faltan la de los que piensan que nos encontramos ante el gran triunfo de la democracia liberal capitalista. El declive del marxismo-leninismo no produciría por ello (Fukuyama *dixit*) un aumento del socialismo democrático sino que, por fin, asistiríamos al «fin de la historia», a la universalización de la democracia liberal capitalista. ¿Por qué habríamos de pensar que tienen razón

Hay que precisar por ello qué se entiende por socialismo democrático y si éste será la fuerza hegemónica en la construcción europea o si al menos será capaz de recoger todo el potencial de la izquierda. Es por ello importante, ya que se trata de un Manifiesto que pretende diseñar la estrategia de los socialistas para los años noventa, recordar las propuestas de los socialistas en los setenta y su realización en los ochenta. Los socialistas del Sur de Europa ya pretendían en los setenta contribuir a la construcción de una Europa independiente de los bloques militares que no fuera rehén de las dos superpotencias. Esa pretensión quedaba sintetizada en la fórmula que hablaba de romper con la lógica del capital y de quebrar la política de bloques. El socialismo español defendía la neutralidad activa como contribución a la causa de la paz y de la distensión internacional. Desgraciadamente, en los años ochenta los socialistas franceses han apostado por la disuasión nuclear y por el realismo económico, y los españoles han llevado a un pueblo a decir sí a un bloque militar, escribiendo así una de las páginas más tristes de la historia del socialismo español.

Aquellas propuestas quedaron en retórica y no se hicieron realidad. ¿Por qué habrían de tener mejor fortuna las que hoy aparecen en este Manifiesto?, ¿por qué el «nuevo internacionalismo» se inscribe ahora en un horizonte real y no simbólico? Los problemas de los años setenta, cuando W. Brandt toma el liderazgo de la Internacional Socialista, eran bien reales y sin embargo sus propuestas quedaron en elementos de identificación simbólica útiles sólo para militantes deseosos de poder preservar algún resto de identidad emancipatoria.

El nuevo internacionalismo, para ser real y no retórico, debe partir de una revisión crítica de la falta de voluntad política del socialismo europeo por combatir decididamente al capitalismo y al imperialismo norteamericano. La *perestroika* libera unas energías decisivas en el campo de la izquierda, acaba con unos mitos paralizadores que han enmascarado las relaciones de poder y dominación que se daban dentro de las dictaduras del Este. El fin del partido único, de la reglamentación cuartelaria de la vida colectiva, de la dominación imperialista de los pueblos, permite afrontar un nuevo socialismo donde se pueda superar la «militarización del pensamiento político» y no estemos condenados a elegir entre los apóstoles de la libertad «americana» y los defensores del socialismo «soviético». Todos aquellos que nunca hemos apostado por ninguno de los dos bloques militares debemos mirar con alborozo una nueva situación internacional que permite salir de ese maniqueísmo esterilizador. Ya no habrá que elegir entre morir en Siberia o caer apuñalado en el metro de Nueva York.

¿Podrá el socialismo democrático convertirse en la plataforma de encuentro de toda la izquierda? Para poder contestar a esta pregunta nada mejor que analizar cómo define el socialismo democrático el Manifiesto del programa 2.000.

¿Autonomía del proyecto socialista?

Para los autores del Manifiesto el proyecto político socialista es «autónomamente definido, sin ataduras orgánicas o ideológicas deterministas con movimientos sociales específicos, y es refrendado mediante su relación política con el conjunto de la sociedad, ... por ello, el socialismo busca el apoyo mayoritario del voto ciudadano..» (pag. 28). Esta autonomía de los movimientos sociales llega a su culmen en la página 51 al afirmar: «El socialismo es un movimiento vivo que hunde sus raíces en el ansia de emancipación colectiva, emancipación para todos con el concurso activo de todos». Como habrá reparado el lector, pocas afirmaciones tan genéricas, equívocas y difuminadas como éstas. Si por socialismo democrático entendemos el respeto a las instituciones parlamentarias, al pluripartidismo, a las elecciones libres, a la separación de poderes y al Estado de derecho, muchos ciudadanos pueden compartir estos valores sin tener que asumir un proyecto socialista. Si añadimos a esta caracterización jurídico-política la defensa del Estado del bienestar o la apuesta por la unidad europea, sigue siendo muy amplio el panorama de posibles adherentes. El liberalismo progresista y el pensamiento social cristiano también defienden un capitalismo humanizado que imponga correcciones al funcionamiento del mercado y que garantice los servicios públicos y ciertas oportunidades de vida a los ciudadanos. La unidad europea tampoco es un ideal específicamente socialista. ¿Dónde está pues la especificidad, la autonomía (en relación a las otras fuerzas políticas) del proyecto socialista?

Está justamente en esa vinculación a los movimientos sociales que los autores del Manifiesto quieren borrar. El socialismo clásico parte de una vinculación estrecha entre partido y sindicato que combaten juntos por una nueva sociedad. La cultura política de la socialdemocracia de posguerra también parte de esa imbricación entre partido y sindicato que participan de un mismo combate. Afir-mar que el socialismo se dirige a todos (no sabemos si se refiere a «todos los hombres de buena voluntad», a «todos los españoles», a «todos los ciudadanos») y que pide el concurso activo de todos (¿también de los capitalistas, de los banqueros, de los generales, de los cardenales?), es caer en la mayor de las ambigüedades. Es tal la indeterminación que, puestos a imaginar, no habría que pensar que el socialismo democrático ofrece una plataforma de encuentro de toda la izquierda, sino que defiende un lugar de aglutinación de toda la humanidad.

Si el Manifiesto pretende diseñar una estrategia tiene que definir al sujeto de la misma, ese sujeto que no lo constituyen únicamente los partidos socialistas sino que es mucho más plural. Para hacer realidad una Europa inspirada en los valores del socialismo democrático es imprescindible completar la tarea de los partidos socialdemócratas con la acción de los sindicatos y de los nuevos movimientos sociales. Si antes veíamos que un internacionalismo real y no retórico pasa por realizar una revisión crítica de un socialismo supeditado al atlantismo y al militarismo internacional, ahora es imprescindible recordar que una «socialdemocracia sin sindicatos» conduce al electoralismo, al interclasismo y a la desideologización, y que un socialismo gubernamental sin la savia de la izquierda social nunca hará realidad los valores del ecopacifismo.

¿Está en condiciones el PSOE de recuperar un acuerdo con los sindicatos y de recomponer sus relaciones con el movimiento por la paz? No cabe duda que tras el referéndum de la OTAN y tras el 14 de diciembre del 88 es difícil para la dirección del PSOE volver a retomar un diálogo y una colaboración, pero no cabe duda también que es imprescindible.

Autonomía es un término que puede implicar una desvinculación de cualquier política de unidad de acción con otras fuerzas de la izquierda. Tocamos aquí el problema de los partidos comunistas. ¿Están condenados a desaparecer y volver a la Internacional Socialista? Ya veíamos anteriormente cómo la *perestroika*, la caída del marxismo-leninismo, puede ser interpretada como la gran victoria de la democracia liberal capitalista. Dentro del campo de la izquierda es evidente que el socialismo democrático se ha equivocado menos que el comunismo estaliniano; sería, sin embargo, un error grave pensar que está por ello exento de toda culpa. El socialismo democrático fue incapaz de detener el avance del fascismo antes de la segunda guerra mundial y después no fue capaz (con honrosas excepciones, como la sueca) de evitar la bipolarización internacional y el sometimiento al atlantismo. Si el socialismo democrático revisa su propia historia (y es autocrítico con ella) podrá ofrecer una plataforma de encuentro atractiva a toda la izquierda en un momento en que ya no existe el Pacto de Varsovia como referente simbólico de la «patria del socialismo», y donde la única superpotencia que queda en los noventa es la norteamericana.

Mi hipótesis de trabajo es que el «socialismo democrático» será la plataforma de encuentro de toda la izquierda pero que este concepto no agota su realidad en el espacio que ocupan los partidos socialistas. La izquierda social seguirá jugando un papel fundamental reivindicando las viejas conquistas del movimiento obrero y recordando la necesaria solidaridad internacional. Los partidos comunistas tendrán futuro si logran reconvertirse en traductores de esta sensibilidad testimonial, minoritaria, resistencialista, que no

aspira tanto a gobernar como a utilizar el parlamento como una caja de resonancia de los combates sociales. Tan absurdo es pensar que la Internacional Socialista no es decisiva en un momento en que la internacionalización de la vida económica exige combatir al elefante con acciones políticas concertadas a nivel supranacional, como, por contra, creer que todos los sectores que luchan por un nuevo orden económico y por extender la solidaridad a nivel internacional van a encontrar su traductor en los partidos socialistas. Estos siempre vacilarán entre la gobernabilidad conservadora, cuando acceden al poder, y la imaginación moral cuando permanecen en la oposición. Los que no se ven como partidos de gobierno preferirán tener su propio traductor político que impugne, *oportune et inoportune*, el orden establecido.

Explotación y dominación. (La profundización de la democracia).

Al hablar de los objetivos del socialismo democrático para los noventa se perfilan algunos que, por su carácter genérico, pueden encontrar el apoyo de todas las fuerzas políticas. Pensemos, cuando se habla de un Estado eficiente, de la modernización de la administración, de la profesionalización de los funcionarios o de la revitalización del parlamento. Hay otros momentos, sin embargo, que el Manifiesto se eleva de estos objetivos tan aparentemente concretos (que son por ello absolutamente abstractos) y eleva el punto de mira hasta intentar acabar con la dominación capitalista sin acabar con el capitalismo. En la página 24 se afirma: por debajo de la explotación económica existe un fenómeno más general que es la dominación. Puede haber, por ello, dominación económica, pero también dominación masculina, dominación a través del consumo o dominación étnica y cultural. «Existe dominación cuando unos deciden, sin legitimidad democrática para hacerlo y de acuerdo a su propio beneficio, sobre la vida de los demás, sobre lo que se produce y lo que se reparte» (pag. 24). «El camino para resolver los problemas de dominación es extender la democracia representativa a todas las esferas de la vida donde existen desigualdades de poder, sobre la base del pleno respeto a las decisiones tomadas por las instituciones democráticas. Este es un aspecto básico del cambio social que propugnamos» (pag. 25).

Esta formulación encuentra una mayor concreción en la página 33 cuando se habla de la democracia económica y se afirma que «los trabajadores y sus organizaciones sindicales han de ir aumentando su poder de control y decisión en los centros de trabajo paralelamente a los cambios tecnológicos y al aumento de la productividad que se va experimentando. Este aumento del poder de los trabajadores a través de la corresponsabilidad y la cogestión en la marcha de la empresa hará posible su participación en las decisiones sobre la organización de la producción, la incorporación de innovaciones

ofrece una posibilidad sugestiva de luchar contra las distintas formas de opresión y dominación. Sólo quiero llamar la atención sobre el hecho de que la lucha contra los órdenes impositivos de la sociedad disciplinaria a menudo encuentra escaso apoyo en el consenso de las mayorías silenciosas. Si hay que elegir entre combatir formas de opresión que afectan a minorías y perder votos o mantener el apoyo electoral a costa de abandonar las minorías, yo prefiero lo primero, pero los estados mayores de los partidos, cuando llegan las campañas electorales, suelen preferir lo segundo. Obsesionados con poseer al elefante se olvidan de los mosquitos.

Volvemos así a las palabras de Quintanilla con las que comenzábamos estas reflexiones sobre el Programa 2.000. Es difícil en un Manifiesto de 50 páginas realizar a la par un análisis preciso de la sociedad actual y formular una propuesta convincente de acción política. En las páginas anteriores queda expresada mi opinión sobre algunas de las propuestas que se realizan y sobre los problemas que presentan. Corresponde ahora ubicar este Manifiesto en una renovación más amplia del pensamiento socialista que tiene en el libro de Quintanilla y Vargas-Machuca un exponente cualificado. Cuando aparecieron los primeros documentos del 2.000 analicé algunos de los trabajos que ahora se incluyen en el volumen, especialmente los referidos al ajuste de cuentas con el marxismo, y no voy a repetir ahora aquellos argumentos (el artículo está publicado en *El Independiente* del 29 de julio de 1988, bajo el título «¿Fatalidad o cinismo?»). Voy a centrarme pues únicamente en algunas consideraciones de la obra, partiendo además del hecho de que ha sido ya comentada en esta revista por Miguel Porta (*Leviatán* 37).

¿Anticapitalismo o socialismo?

El planteamiento de los autores parte de un «ajuste de cuentas» con el marxismo. En el «debe» del marxismo aparecen múltiples carencias. El marxismo, partiendo de un horizonte utópico y apocalíptico, se ha sustentado en la ausencia de una verdadera teoría de la democracia y de una incompreensión de la naturaleza y dimensiones del Estado en Occidente. La derrota del movimiento obrero revolucionario en Occidente y el fracaso de la revolución en Oriente, el fascismo y el estalinismo, marcarían el principio del fin del marxismo como concepción del mundo y como ideal emancipatorio. El enunciamiento del marxismo concluye pues en una refutación de los «fiascos» de un pensamiento utópico que ha degenerado en la apología de un poder despótico. El triple alegato queda así formulado: ni sus realizaciones trajeron las dichas esperadas, ni sus predicciones se cumplieron ni su pretensión de aparecer como el norte de la clase obrera se ha visto satisfecha.

El ajuste de cuentas con el marxismo remite, por tanto, al ideal

emancipatorio que ha presidido el pensamiento socialista clásico, al sujeto del proceso revolucionario y al instrumento de la praxis liberadora. Para los autores, ni el «comunismo» como sociedad sin clases, sin conflictos, donde se habría alcanzado una reconciliación definitiva, donde se habría producido la divinización del hombre y la humanización de Dios tiene sentido, ni tampoco se puede seguir manteniendo una visión del sujeto revolucionario que parta del proletariado como portador de unas necesidades radicales, que logrará superar todas las escisiones entre lo particular y lo universal.

Ni «comunismo» (como sociedad sin clases) ni proletariado (como sujeto revolucionario) ni anticapitalismo como proyecto histórico que parte de la necesidad de acabar con la propiedad privada para alcanzar la plena armonía de los intereses, ¿qué queda entonces? Una reivindicación del racionalismo crítico (frente al utopismo doctrinario) y del reformismo (frente a las vías revolucionarias tradicionales).

Racionalismo y reformismo, al abdicar del anticapitalismo, no apostarían por una eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, sino por «variar» el grado de la explotación hasta alcanzar límites moral y psicológicamente no virulentos al propiciar una disminución de la desigualdad y un aumento de los espacios de libertad. Las experiencias socialdemócratas partirían de este pacto con el capital que no cuestiona la economía de mercado y la propiedad privada, y permite consolidar un Estado democrático y redistribuidor. El anticapitalismo quedaría así como un resto del pasado cuando los socialistas pensaban en la inevitabilidad de la revolución, de la destrucción, de la negación radical de un sistema esencialmente malo, cuando se creían poseedores de una posición privilegiada que les permitiría la victoria sobre el mal y la conversión del mundo en un ágora ateniense. La irracionalidad, la anarquía de la producción y la barbarie desaparecerían con el modo de producción capitalista.

Sujeto revolucionario, anticapitalismo y sociedad reconciliada iban unidos a una concepción instrumentalista-extincionista del Estado, donde éste aparecía (en la sociedad capitalista) como un instrumento de dominación que asegura las condiciones de reproducción del capital y cuyo destino histórico (si se quiere alcanzar la emancipación) es extinguirse tras un proceso revolucionario victorioso.

Las propuestas «positivas» de los autores coinciden con muchas de las tesis del Manifiesto programa 2.000; conviene, por ello, detenerse en el «ajuste de cuentas». Empecemos por el tema del Estado. Para el socialismo marxiano la extinción del Estado es impensable si no se logra un orden socialista mundial. No es posible pensar en una desaparición de las funciones coercitivas del Estado, tras una

tanto los electores optan por la «imagen» del candidato o por el último escándalo de la prensa sensacionalista. La posibilidad de reconstruir la actividad política como el lugar de construcción de una conciencia ilustrada desaparece.

Desaparece también la ilusión de apostar por un proyecto que tenga una singularidad, una especificidad, una identidad y, por ello mismo, no es extraño que un sector significativo piense que los proyectos electoralmente mayoritarios suelen ir acompañados de una asunción de los valores dominantes. ¿Quién tiene «razón» entonces?, ¿los que asumen la OTAN, la política nuclear, la reestructuración capitalista o los que sólo tienen fuerzas para decir no?... Yo daría mucha más importancia en el futuro, si fuera los autores (y si deseara que el Programa 2.000 en su apuesta por un «nuevo internacionalismo» tuviera algún éxito), a esta crítica al funcionamiento actual de la democracia representativa, a la pérdida de las señas de identidad y al rechazo «negativo» de los nuevos movimientos sociales a los aspectos más deplorables de la actual política dominante.

¿Hay que añorar la sustitución de la civilización del capital? Yo creo que sí y lo he creído más estos últimos meses, y con ello termino, pensando en algunos de esos «profetas» y «teólogos» del Tercer Mundo, de los que «nada hay que esperar para un proyecto socialista». En las sociedades capitalistas avanzadas, después de la segunda guerra mundial, ya no es necesario «dar la vida por las ideas». Pero la matanza de Ignacio Ellacuría en El Salvador me parece que muestra que en el Tercer Mundo el sistema capitalista ha ido siempre unido a la explotación y a la opresión. Las políticas de humanización del capital no han llegado a la periferia del sistema. Nosotros podemos, desde Europa, olvidarnos de nostalgias y de viejas utopías, convivir con la economía de mercado y respetar la propiedad privada, y pensar que nuestro racionalismo crítico irá resolviendo todos los contenciosos pendientes. Mientras tanto los salvadoreños van cayendo como mosquitos ante un imponente elefante. ¿No sería bueno que la añoranza por acabar con este modelo civilizatorio no fuera «patrimonio exclusivo de algunos teólogos del Tercer Mundo»?



EL FIN DEL MESIANISMO

Michel ROCARD

Estamos viviendo un momento verdaderamente crucial de la historia del mundo. Y como siempre sucede cuando los eventos se aceleran, los sentimientos de esperanza y de temor se confunden.

Las evoluciones que experimenta el mundo comunista, dramáticas en China, prometedoras en Polonia, en Hungría y tal vez en la Unión Soviética, revelan el estancamiento en que se encuentran los regímenes que no han sabido dar a la libertad el lugar que se merece. Las reformas económicas sin la democracia son insuficientes y originan peligrosas contradicciones. Las reformas políticas que carecen de eficacia económica siempre son frágiles.

Los socialistas democráticos pueden sentir naturalmente cierta satisfacción al comprobar que la historia ha confirmado las decisiones que tomaron las generaciones anteriores. ¡Pero sobre todo tienen una responsabilidad que asumir!

Efectivamente, el hundimiento del modelo soviético de organización social nos obliga a ofrecer al mundo referencias y a aplicar políticas que tengan un valor suficientemente universal para que

✓

mitología de la violencia. Los socialistas pudieron comenzar a aplicar un método de cambio social mediante el compromiso, tratando de pacificar los conflictos, sin despolitizarlos, sino organizando las confrontaciones dentro de la democracia. Es lo que quiso teorizar León Blum, en el ocaso de su vida, cuando propuso al partido francés que contemplara el fundamento de la política socialista ya no en la lucha de clases, sino en la *acción* de clases.

Sin embargo, el partido francés no quiso seguir a su viejo líder, ya que para muchos era inaceptable establecer una equivalencia entre el socialismo y la apropiación colectiva de los medios de producción. La idea de revolución estaba disociada de la violencia, pero la perspectiva de una transformación total seguía manteniéndose. Durante mucho tiempo los socialistas pensaron que esa transformación sólo se realizaría aumentando los poderes del Estado en la redistribución y la producción de la riqueza. Durante años, grandes debates sobre la socialización agitaron a nuestros partidos y fue necesario que cada uno viviera su propia experiencia para conseguir asociar su elección de la libertad política a otro modelo económico. El primer paso lo dieron los suecos en 1932. Hoy nadie defiende realmente una visión estatal del socialismo.

Naturalmente, las controversias todavía no se han terminado y existen muchos enfoques para comprender la economía mixta; pero en lo esencial coincidimos en pensar que si el socialismo sigue siendo un combate por la justicia social, tiene que imponerse la libertad como norma y la razón como medio. La competencia tiene sus virtudes, pero exige que existan reglas del juego sin las cuales siempre se impondría la ley del más fuerte, que es a la vez injusta e insensata.

Sin embargo, hablar de reglas del juego también implica preguntarse de inmediato quién puede dictarlas. La respuesta es evidente: se trata del poder público democráticamente conferido. Es así como pienso que debe plantearse el problema del Estado.

Derechos, Parlamento, desarrollo

La base de todo son los derechos humanos, y este principio es intangible, imposible de negociar, exigente y, yo agregaría, eficaz. La democracia no es un lujo sino la condición del desarrollo, y no se conoce dictadura alguna que sea económicamente eficaz a través del tiempo. Y ello constituye una realidad primordial para nuestros amigos del Tercer Mundo.

Seguidamente viene la organización constitucional, y la experiencia nos demuestra que sólo hay una forma válida: el régimen parlamentario racionalizado, cualesquiera que sean sus matices.

Únicamente este tipo de régimen puede aliar la flexibilidad y la eficacia. El régimen presidencial no es sino un producto de exportación de mala calidad. Solamente las tradiciones norteamericanas, y ciertos aspectos específicos, permiten que funcione en los EE.UU., pero todos los intentos efectuados para imponerlo en otros países han conducido al fracaso.

Los derechos humanos, el parlamentarismo racionalizado... A ello agrego ahora la descentralización. No puede haber un crecimiento durable sin la descentralización del mando y la autonomía de las empresas. Todos nuestros valores comunes constituyen una apuesta para el hombre, según la cual todo individuo está dotado de razón y es apto para asumir responsabilidades.

Para ello hace falta, sin embargo, que el hombre pueda ejercer sus responsabilidades, actuar en el medio que le rodea. Es allí donde el poder público puede desempeñar su papel, esencialmente, luchando contra la violencia y toda forma de opresión, previniendo los desequilibrios en lugar de esperar que el mercado los genere, preparando el porvenir, determinando las prioridades, que no pueden asumirse sino mediante una profunda voluntad colectiva.

Así es como definimos un modelo político de desarrollo y de vida, que aúne la libertad, el pluralismo y la solidaridad. Es un modelo que evidentemente puede perfeccionarse; han surgido nuevos problemas que no vislumbrábamos claramente hace apenas unos veinte años, como por ejemplo el dominio del progreso técnico. Sin embargo, nuestra lógica política tiene que permitir que se encuentren soluciones para esos desafíos.

Tres críticas

En base a distintas tendencias, se nos hace a veces tres críticas importantes. Nuestro proyecto habría dejado de ser socialista; de cualquier forma ya no sería eficaz; por último, no sería aplicable sino a los países occidentales. Quisiera dedicar unos momentos a refutar estas acusaciones. Aunque durante mucho tiempo mantuvimos una postura reservada, ahora ha llegado el momento de desplegar ampliamente nuestra bandera. Después de todo, la eficacia de nuestras acciones se medirá con la misma vara de la esperanza que seremos o no capaces de inspirar a todos aquellos que quieren creer, como decía Jaurés, en el «valor moral de la historia».

Respecto al primer punto, de hecho nuestra crítica del capitalismo como sistema de producción mercantil sigue vigente; únicamente el ángulo de ataque ya no es el mismo. Y ello porque en ningún caso pretendemos privar a nuestra sociedad del dinamismo que genera la competencia entre libres empresas. Buscamos sobre

Es precisamente la lucha por la organización del planeta lo que debemos emprender. Organización del planeta para defender su medio ambiente, organización del planeta para dar nuevas oportunidades al desarrollo, organización del planeta para asegurar la paz y lograr así el desarme. Todas las naciones tienen interés en ello, todas pueden ganar con ello y, sin embargo, nada se realiza.

Preguntémonos, ¿por qué? No creo que el egoísmo baste como explicación; naturalmente, cada país defiende encarnizadamente sus propios intereses, pero su mejor defensa casi siempre consiste en hacer alguna que otra concesión, a cambio de alguna que otra ventaja, así como aceptando efectuar una acción conjunta, en lugar de preservar celosamente una autonomía impotente.

La responsabilidad de los líderes

El egoísmo de las naciones representa ahora lo mismo que el egoísmo de los proletarios, según Gramsci, a saber: que solamente la acción colectiva y solidaria puede satisfacerlo.

Ahora bien, sabemos que los modos habituales de funcionamiento de las relaciones internacionales no facilitan verdaderamente esta acción. Entre las organizaciones internacionales especializadas, que se ocupan menos de progresar que de mantener entre sí querellas de prelación y de materias, y las conferencias y las negociaciones de todo tipo que con frecuencia son recinto cerrado de discusiones bizantinas, las necesidades se pierden rápidamente de vista y la voluntad se debilita.

En realidad, únicamente los responsables de más alto nivel pueden tener a la vez la legitimidad democrática y la voluntad política de vencer los obstáculos, de cambiar los hábitos establecidos o de quebrantar los conformismos. Es lo que François Mitterrand está haciendo desde que es presidente de la República francesa.

Estoy convencido que debemos continuar avanzando en este sentido. A la hora de las comunicaciones instantáneas, la diplomacia tiene que dejar de ser lo que era en la época en que los dirigentes no podían discutir sino a través de correos lentos o de intermediarios. ¿Habrían ganado las democracias la segunda guerra mundial sin los frecuentes encuentros y los contactos directos entre Roosevelt y Churchill?

Asimismo, estoy convencido que los 77 partidos representados en el seno de nuestra Internacional, muchos de los cuales están en el poder, podrán realizar muchas cosas juntos si tienen el reflejo de coordinarse. Aquellos de entre nosotros que ejercen responsabilidades gubernamentales se conocen, comparten los mismos valores,

pueden ponerse fácilmente de acuerdo sobre las mismas ideas y multiplicar así el impacto de cada una de sus iniciativas. Esta es una proposición de método que nos interesa profundamente.

Hubiera podido hablar aquí pormenorizadamente acerca de las absurdas consecuencias del sobrearmamento. Hubiera podido analizar esa fabulosa regresión de la ciencia económica que, junto con el monetarismo, consistió en excluir de sus preocupaciones al hombre, así como a sus necesidades y a sus dramas. Incluso hubiera podido denunciar las monstruosidades y las aberraciones que provoca el peso de la deuda en los países del Tercer Mundo.

He preferido, sin embargo, terminar refiriéndome a algo diferente, porque todos esos problemas, por muy distintos que sean, necesitan el mismo tratamiento, requieren la misma solución: elevar la inteligencia y la voluntad a nivel internacional.

No sé si lo lograremos, pero creo que únicamente nosotros podemos hacerlo, porque ser socialista significa querer realizarlo, y estar reunidos en la Internacional Socialista es, sin duda, poder lograrlo.



TESIS PARA UNA IZQUIERDA POSIBLE

Miguel PORTA PERALES

Entre el deseo y la realidad —o entre lo que se quiere y se puede— hay siempre un cierto hiato. Y cualquier reflexión sobre un tema como el de la izquierda ha de tener en cuenta la existencia de este hiato. ¿Por qué? Porque en un tema como éste no sirve absolutamente de nada el predicar y/o repetir las falsas seguridades de siempre y los viejos tópicos de siempre. En cierta manera, las líneas que siguen no tienen ninguna otra pretensión (una pretensión bien modesta, por cierto) que la de ofrecer una serie de ideas susceptibles de definir y caracterizar lo que podría ser una izquierda a la altura de los tiempos y aires que hoy corren y soplan.

Antes de indicar las características generales que, a mi entender, habrían de definir a la izquierda de nuestros días, querría «advertir» lo siguiente: apuesto —y sin ningún tipo de problemas ni remordimientos— por una izquierda laica, reformista y posibilista. Es posible que alguien me tilde de revisionista, de socialdemócrata y de tibio. Asumo estas «acusaciones» sin ningún tipo de complejos. Y aún advierto lo siguiente: hoy cualquier proyecto de transformación/mejora social ha de ser —realidad obliga— revisionista, reformista, posibilista y tibio. Y aún querría añadir otra cosa: los

proyectos de transformación no reformistas, es decir, los proyectos llamados «revolucionarios», acostumbran a no ser otra cosa que pura retórica, pura literatura. Y con retórica y literatura no se va a ningún lado. Lo que interesa, pues, es aproximarse a los elementos característicos de una izquierda posible que sea capaz de reconciliarse con la realidad y que, también, sea capaz de transformarla.

Una izquierda laica

Una izquierda laica no significa otra cosa que una izquierda secular, una izquierda alejada de ortodoxias poco menos que inviolables, una izquierda que inspire su práctica en cualquier teoría siempre y cuando esta teoría tenga alguna cosa positiva que ofrecer. Ahora bien, si es cierto que se trata de alejarse de cualquier religión teórica, no es menos cierto que la izquierda ha de tener una teoría, una concepción del mundo que sirva de «guía» o de fuente de inspiración. Y, puestos a decir, creo que la visión del mundo (la teoría) de una izquierda laica debe encontrar su fundamento en dos pilares: el pilar posmarxista y el pilar posliberal.

¿Por qué el prefijo «post»? No se trata de un mero recurso literario, se trata de señalar (y de desmarcarse de) las inconsistencias de ambas teorías o concepciones del mundo. ¿De qué inconsistencias hablamos? Por ejemplo, y por lo que hace al marxismo, de las siguientes: de la teoría del valor trabajo (especialmente del intento de establecer los precios de producción partiendo del valor); de la teoría de la caída tendencial de la tasa de beneficio; de la creencia en la progresiva pauperización de las «masas»; de la fe en el proletariado como sujeto único y privilegiado del cambio social; de la concepción del Estado y el capitalismo como intrínsecamente perversos; de ideas como «revolución», «dictadura del proletariado», «centralismo democrático», etc. Y, por supuesto, la izquierda habría de olvidar la convicción de que es posible conseguir la autoidentidad y la reconciliación humanas en un hipotético paraíso sobre la Tierra en el que todos seríamos felices. Por lo que hace al liberalismo conviene destacar las siguientes inconsistencias (o «defectos», si se quiere): el ponerse al servicio de intereses particulares de una manera que tiene mucho de depredadora; el limitarse casi exclusivamente a problemas formales olvidándose de los materiales; cierta interpretación restrictiva de los principios de libertad e igualdad, etc. Se trata, en fin, de superar (de ir más allá) aquella práctica liberal que hizo exclamar a Gladstone que el liberalismo era una «aristocracia abierta» (pero aristocracia, al fin y al cabo).

Ahora bien, el hecho de criticar algunos aspectos del marxismo y del liberalismo no significa que, *tout court*, rechacemos ambas teorías. Se trata de «quedarse» con ciertos elementos positivos de ambas teorías. Por ejemplo, y respecto al marxismo, se trata de saber

ver que —a pesar de la crisis del marxismo— la teoría de Marx, el marxismo, es un pensamiento sobre la realidad que puede ofrecer algunos elementos susceptibles de fundamentar una práctica emancipatoria consciente. Más en concreto —e independientemente de la función política e ideológica que haya cumplido el marxismo— se trataría de «rescatar» algunas ideas que todavía son productivas. Ideas como las siguientes: la relación existente entre economía y sociedad (idea fundamental para construir una teoría del cambio social), el materialismo histórico, etc. Y con el liberalismo sucede algo parecido: se trata de rescatar —y hacer realidad, hacer cumplir— aquellas características del liberalismo, o de la teoría liberal, que hoy resultan poco menos que imprescindibles: soberanía individual, mercado, democracia, pluripartidismo, reconocimiento —al modo kantiano— de la dignidad moral de la persona, etc.

En cierta manera, se trataría de «unir» marxismo y liberalismo, de socializar el liberalismo (los valores liberales, para ser más exactos) democratizando las estructuras sociales (las productivas, por ejemplo) para universalizar el disfrute de libertades fundamentales. Y además de socializar los valores liberales (y de realizarlos, lo repito) se trataría de ver que liberalismo e izquierda no son excluyentes, que el espíritu radical del liberalismo es perfectamente asumible por la izquierda.

Una izquierda autópica

Contrariamente a lo que se ha pensado y se ha dicho (y a lo que aún se piensa y se dice en algunos sectores) la izquierda ha de ser autópica. ¿Por qué? Porque han quebrado los supuestos sobre los cuales se sustentaba (o se había de sustentar) la utopía, y porque la utopía no ha resultado ser otra cosa que una visión mítico-mágica del mundo.

El primer supuesto entrado en crisis es el de la autoidentidad humana o sociedad reconciliada. Según este supuesto —heredado de la Ilustración— es posible construir conscientemente un orden social no escindido y sin conflictos en el que poder realizar la identidad de lo que es público y lo que es privado, del Estado y la sociedad civil, del desarrollo individual y del colectivo, etc. Pero hoy ni tan sólo es necesario pedir ayuda a la psicología, a la biología o a la etología para constatar el carácter mítico del postulado antropológico de la autoidentidad humana. La naturaleza humana, en fin, es bastante menos idílica y seráfica de lo que los ilustrados pensaron, y el conflicto permanente es uno de los elementos que mejor caracterizan a la mencionada naturaleza humana. Y la sociedad, en consecuencia, sólo se ha podido «reconciliar» artificialmente por medio de la coacción y el despotismo. Y corroborar esto no es difícil: basta tan sólo ojear las revoluciones que en el mundo han sido.

Otro supuesto entrado en crisis es el de la fe en el desarrollo científico y en la expansión económica como fuentes de bienestar creciente y generalizado. Uno y otra —desarrollo científico y expansión económica— no parecen, hoy por hoy, que puedan superar ciertos límites. Y no sólo eso, sino que en el caso del desarrollo científico se está generando una tecnología (de la informática a la genética) susceptible de ser usada como un nuevo, sutil, versátil y sofisticado instrumento de dominación y control.

Ahora bien, la utopía ha entrado en crisis no sólo como consecuencia de la crisis de los supuestos sobre los cuales debía edificarse, sino también por mor de tres ausencias de trascendental importancia: ausencia de un modelo en el que inspirarse (pues las «utopías» realizadas son paradigmas de lo que no hay que hacer); ausencia de un sujeto capaz de protagonizar el proceso de realización de la utopía (pues la clase obrera —el sujeto tradicional— está perfectamente integrada en el existente y aspira a mejoras que le permitan instalarse más cómodamente en la realidad); y, paradójicamente, ausencia de proyecto utópico en los colectivos que dicen querer la utopía (pues los utopistas se mueven hoy entra la gestión de lo existente y el más puro negativismo que excluye el referente utópico). Sin base objetiva sobre la que tomar cuerpo, y sin condiciones subjetivas que la favorezcan, la utopía ha entrado en fase crepuscular.

La cuestión que ineludiblemente se nos plantea es la siguiente: ¿es buena o mala esta ausencia de utopía? Contrariamente a lo que se suele afirmar, vivir sin referente utópico (esto es, en una sociedad autóptica) es saludable y necesario. Y esto es así por dos razones fundamentales: porque la utopía exige el sacrificio del presente en favor de un ilusorio supermundo futuro, y porque la utopía no esconde otra cosa que una concepción mítico-mágica del desarrollo histórico en la que el absoluto religioso de un más allá ultraterrenal ha sido sustituido (secularizado) por la fe (en el sentido religioso del término) en una sociedad paradisiaca situada más allá del presente. ¿Cómo negar el carácter necesario y saludable de una conciencia autóptica que permita evitar la mistificación y la ilusión mágico-religiosa inherente a toda utopía? Ahora bien, el hecho de tomar partido por una sociedad y una conciencia autópticas no significa, ni mucho menos, la renuncia a un proyecto de transformación del mundo, aunque sea modesto y no prometa acomodarnos en el plan-glossiano mejor de los mundos que, frívolamente, puede profetizar cualquier utopía falta de todo fundamento. Y es que ni los sueños ni las fantasías sirven para orientarnos. La izquierda, en fin, ya no puede permitirse el lujo de ser utópica.

Tradicionalmente, y en la línea señalada por los clásicos del marxismo, siempre se había creído que la transformación social era una cosa del proletariado y para el proletariado. Hoy, sin embargo, ya nadie cree que el proletariado (¿existe?) sea la clase universal; y si se cree, en cambio, que la misión transformadora/ revolucionaria que la «historia» habría encargado al proletariado no es más que un simple postulado que poco tiene que ver con un análisis objetivo de la realidad. En pocas palabras, el futuro de la izquierda y de la transformación social no se puede ligar únicamente a la clase obrera. Y es que la transformación social que propugna la izquierda o será la aspiración de una amplia capa de individuos de las más variadas actividades y categorías que persigan la instauración de orden social alternativo, o no será. Dicho en otros términos: el proyecto de la izquierda no puede ser el sueño de un reducido número de ciudadanos, sino que ha de ser una aspiración ampliamente compartida. El proyecto de la izquierda, en consecuencia, se ha de diseñar desde una perspectiva amplia y pluralista que tenga en cuenta los deseos, intereses y aspiraciones del amplio abanico de capas sociales hoy existentes.

El no privilegiar a ninguna clase o capa social —y, por favor, que nadie diga que al no privilegiar a nadie se está privilegiando al capital— tiene, por así decirlo, una ventaja añadida: permite escaparse de tentaciones corporativas. El creer que hay una capa o clase privilegiada implica que cualquier política que vaya contra los intereses (reales o imaginarios) de esta capa o clase ha de ser rechazada. O lo que es lo mismo: los intereses personales de esta capa o clase están, por definición, por encima de los de otras capas o clases. Y por ahí se puede colar el corporativismo, un corporativismo que una política de izquierda debería evitar.

El interclasismo nos plantea la siguiente cuestión: ¿qué hacer con los sindicatos? En otros términos: ¿se puede llevar a cabo un proyecto de izquierdas en contra de unos sindicatos —a mi entender cada día más corporativos— que privilegian los intereses de una clase (en realidad de una fracción de clase)? Mi respuesta es que hay que intentar tal cosa. Y hay que intentar también que, como alguien ya ha dicho, los sindicatos no se transformen en meros colegios profesionales o gremios.

Una cuestión más o menos ligada al interclasismo es la de los llamados nuevos movimientos sociales (ecologistas, pacifistas, feministas, etc.). ¿Qué tipo de relaciones ha de mantener la izquierda con estos movimientos? Mi respuesta es la siguiente: los movimientos no pueden substituir a los partidos, y el movimiento-partido es una mala opción. Se trata, en síntesis, de una colaboración dialéctica que ha de cubrir los siguientes objetivos: los movimientos, en lugar

de automarginarse complacientemente, deberían avanzar hacia los partidos e intentar «reconvertirlos» (es decir, intentar que los partidos asumieran, no sólo electoralemente, las reivindicaciones de estos movimientos); y los partidos, en lugar de mantenerse en su orgullo de partido, deberían abrirse a los nuevos problemas (medio ambiente, discriminaciones varias, etc.) que hoy se plantean.

En cualquier caso, se trata de conseguir que los partidos se hagan más permeables y se abran a una sociedad que se plantea la resolución de problemas hasta ahora «inexistentes». Y la responsabilidad de los partidos —la responsabilidad de la izquierda— es grande, porque si se obvian los nuevos problemas se corre el riesgo de fosilizar una institución —el partido político—, y una idea —la idea de izquierda— indispensables para construir un mundo más habitable y más racional. Que, en el fondo, es de lo que se trata.

Una izquierda democrática

Cuando hablamos de una izquierda democrática estamos hablando de una izquierda que no se deje engañar por una supuesta democracia real que sería la perfección hecha realidad. Dicho en otros términos, la izquierda ha de apostar por la democracia llamada burguesa o formal, que es la única democracia que existe.

Contrariamente a lo que se suele creer, la democracia no es ningún ungüento que todo lo arregla, la democracia es —y no es poco— un sistema de gobernar que permite que los diversos grupos e intereses existentes se manifiesten libremente. Y la democracia es también, como dice Bobbio, un «conjunto de reglas de procedimiento que permite tomar decisiones selectivas a través de un debate libre y del cálculo de la mayoría». La democracia es esto, ni más ni menos. Y de esto a decir que la democracia es el sistema que puede resolver todos los problemas e instaurar el bienestar y la justicia sobre la Tierra hay una distancia abismal. La democracia, a fin de cuentas, no es más que el arte de mediar entre las partes, un arte al que no se le puede pedir aquello que no puede dar.

Si la democracia resulta ser un arte formal, ¿no debería la izquierda buscar una alternativa a esta democracia formal? Respuesta: nunca nadie ha concretado (ni, por supuesto, ha visto) la llamada democracia real. Y todavía hay más: detrás del concepto de democracia real no se esconde sino el intento de transformar en hegemónicos los intereses particulares de una capa o clase o de sus pretendidos dirigentes. Y deberíamos tener mucha precaución a la hora de apostar por una democracia «alternativa» a la formal. Dicho en otros términos, en la «lucha» por suprimir los «defectos» de la democracia formal se corre el riesgo de eliminar no sólo los «defectos», sino también la propia democracia.

¿Contentarse con la democracia formal? La cuestión no es exactamente ésta. La cuestión reside en hacer que la democracia formal funcione correctamente. ¿Cómo? Pues haciendo funcionar correctamente todos los mecanismos que el sistema democrático brinda: sistemas de control y contrapesos que limiten los abusos de poder; crítica pública y desocultación; profundización y ampliación de los canales de intermediación política, etc. Y ésta es una faena que la izquierda ha de llevar a cabo.

En cualquier caso, han de quedar claras un par de cosas: que las reglas del juego democrático —con sus «limitaciones» y su carácter «formal»— son el único criterio válido para establecer, sin ilusiones y sin mitos, qué es una democracia; y que la democracia no redimirá los pecados de nuestra sociedad ni nos conducirá al paraíso. Pero, pese a todo, la democracia es un valor en sí que hay que defender, porque es el mejor arte de mediar entre las partes.

Una izquierda reformista

Como no se trata de pelearse por conceptos, entiendo por «reformismo» lo que más o menos se puede encontrar en cualquier diccionario político: la suposición de que las sociedades han de cambiar, pero han de cambiar por/en sucesivas reformas. Se trata ahora de concretar (o de intentar concretar) los rasgos esenciales de lo que hoy podría ser una política de izquierda reformista (que, entre paréntesis, es la única posible. Y deseable).

1. Una política económica dirigida a los siguientes objetivos: reducción de la tasa de desempleo y fomento de la inversión productiva; fomento de los sectores terciario, cuaternario y quinario (educación, sanidad, cultura, servicios, etc.); reducción de la jornada laboral y flexibilidad laboral; crecimiento cualitativo (satisfacción de necesidades) y no sólo cuantitativo; economía ecológica respetuosa con el medio ambiente y con los recursos no renovables; y economía en la que la democracia (codecisión, participación en el diseño y elección de opciones, etc.) tenga su lugar.

2. Una política social vertebrada en torno a los siguientes ejes: antidiscriminación (igualdad de oportunidades, superación de la desigualdad hombre/mujer, lucha contra la sociedad de los dos tercios, etc.); redistribución (reparto de la riqueza social y cultural generada por la sociedad, fiscalidad progresiva, lucha contra las bolsas de marginación, etc.); y Estado (institución susceptible de llevar a cabo una política redistributiva).

3. Una política europea dirigida a los siguientes objetivos: Europa como zona de paz (una zona de paz que aleje la confrontación bélica del llamado «teatro» europeo, aunque para ello sea necesario

disponer de un «pilar de defensa europeo»); Europa como zona económica transnacional (intensificación de relaciones mercantiles entre países y bloques, liberalización del comercio, etc.); y Europa como unidad política (respetando las especificidades nacionales de este gran mosaico que es Europa).

Coda final

Probablemente, y a la vista de lo aquí expuesto, habrá alguien que haga preguntas como las siguientes: ¿es esto la izquierda? ¿Son de izquierda las medidas que se proponen? ¿No estaremos frente al último revisionismo? ¿No estamos transformando la izquierda en una suerte de liberalismo democrático? A quien plantee este tipo de cuestiones se le habría de recordar un par de cosas. Primera: que el programa de izquierdas típico (y tópico) de las primeras décadas de nuestro siglo no sólo no tiene sentido, sino que sabemos hacia dónde conduce: al totalitarismo. Segunda: que la política redistributiva, la reivindicación de la calidad frente a la cantidad, la igualdad entre los sexos, la protección del medio ambiente, la política de paz, la defensa de la democracia «burguesa», etc., son «cosas» que la izquierda ha de asumir, aunque ello implique no negar el capitalismo.

Los tiempos ya no son lo que eran, y a la izquierda no le queda otro remedio que renovarse, reconciliarse con los tiempos que hoy corren y los aires que hoy soplan. Y, con todos los respetos, quien no sea capaz de aceptar los cambios (y/o mutaciones) que hoy están teniendo lugar no acabará sino incurriendo en una «revolucionaria»(?) política ficción que sólo sirve para aplacar malas conciencias y para «realizar» deseos insatisfechos. En todo caso, la izquierda debería olvidar los viejos fantasmas y ser capaz de sintonizar con la realidad de nuestro tiempo. ¿Deja la izquierda de ser izquierda al apostar por una visión laica del mundo, por la autopsia, por el interclasismo, por la democracia formal, por el reformismo, etc.? Pienso que no. Lo que ocurre es que la izquierda —sin olvidar la vieja aspiración de transformar la realidad— necesita conectar con la realidad para, precisamente, poderla transformar.

¿Los viejos tiempos? ¿Las revoluciones pendientes? ¿Las seguridades y certezas de otros tiempos? La izquierda no debería caer en la trampa de despreciar o infravalorar el proyecto de una izquierda reformista que, al fin y al cabo, es la única posible.



LIBROS

EL FUTURO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Miguel PORTA PERALES

Fernando Claudín
La perestroika ¿A dónde va la Unión Soviética?
Editorial Pablo Iglesias
Madrid, 1989

Los cambios que están teniendo lugar en la Unión Soviética han generado ya una abundante literatura. Hoy, en efecto, existen varios trabajos (libros, ensayos, artículos, material de seminarios, etc.) que, con mayor o menor fortuna, nos aproximan al fascinante proceso de cambio que se está viviendo en la Unión Soviética. *La perestroika. ¿A dónde va la Unión Soviética?* —libro que recoge las ponencias presentadas a la Conferencia Internacional que sobre dicho tema se celebró en Barcelona durante el mes de octubre de 1988, Conferencia organizada por la Fundación Pablo Iglesias, el CIDOB y el Institut d'Humanitats, con la colaboración de la Fundación Ebert y la UIMP— es un trabajo que viene a sumarse a los ya existentes sobre el tema. Ahora bien, y conviene recalcarlo, éste no es un trabajo más pues *La perestroika. ¿A dónde va la Unión Soviética?* tiene el acierto de ofrecernos una visión amplia, completa y crítica de un «asunto» bastante más trascendental de lo que parece.

El libro, lo acabamos de decir, nos ofrece una visión amplia, completa y crítica. Y ello es así por varias razones: porque los partici-

pantes en dicha Conferencia son de procedencia diversa (intelectuales que residen en la URSS, disidentes exiliados en Europa occidental y en Estados Unidos, y soviétólogos europeos); porque los participantes son especialistas en diversas materias (economía, política, sociología, historia, etc.); y porque los ponentes se expresaron con absoluta libertad.

¿De dónde parte la Unión Soviética? ¿A dónde va —o ha de ir— la Unión Soviética? Estas preguntas, que son las que de una u otra manera vertebran el libro, reciben varias respuestas. La primera pregunta —¿de dónde parte la Unión Soviética?— no da lugar a muchas dudas: la Unión Soviética parte de un régimen totalitario estancado. Un régimen —el actual, se entiende— que es cualificado/descualificado de diversas formas: «reacción a la revolución burguesa-industrial y a sus desarrollos políticos democráticos-liberales y democrático-socialistas» (Vittorio Strada), «constreñimiento de cualquier idea crítica y aplastamiento de todos los intentos por cambiar o desarrollar el sistema soviético desde el punto de vista eco-

nómico y político», «crisis moral», «corrupción», «sobornos», «robos a la propiedad popular» (Zdenek Mlynar), etc. Resulta interesante, al respecto, la manera en cómo los diversos autores tratan a los dirigentes que han estado al frente del Estado soviético. Y resulta interesante porque si bien todos echan las culpas a Stalin y Breznev, hay una evidente división de opiniones al valorar la obra y la figura de Lenin. Para entendernos, y por decirlo coloquialmente, hay quien se atreve con la figura de Lenin, hay quien considera que el padre está por encima de toda sospecha y, finalmente, existen también los que podemos denominar como «terceristas». Así, Vittorio Strada afirma que Lenin «creó las bases del totalitarismo» Anatoli P. Butenko defiende el marxismo-leninismo de las «vulgares falsificaciones» llevadas a cabo por el estalinismo; y Fernando Claudín, tras denunciar las falsificaciones de la historia oficial soviética, niega la existencia de un «encadenamiento fatal» que condujera al estalinismo, o que la «interpretación del marxismo propia de Lenin condujera irremisiblemente al partido único».

La segunda pregunta que vertebra el libro —¿a dónde va, o ha de ir, la Unión Soviética?— es, a mi juicio, la más importante. Y, como

no puede ser de otra manera, aquí existe también una evidente división de opiniones que va desde la fe leninista al optimismo moderado pasando por el escepticismo. Veamos: Nikolai Shmeliov ve en la *perestroika* «el retorno al modelo leninista de economía socialista abierta, eficiente y competitiva»; Anatoli P. Butenko cree que la *perestroika* transformará el «socialismo estatal-administrativo en un socialismo auténtico»; Lev Vosnesenski opina que la *perestroika* es una fuerza revolucionaria dirigida a «configurar y desplegar la construcción del socialismo»; Mijaíl Reiman desconfía de la posibilidad de «devolver al socialismo su sentido y orientación originales».

En cualquier caso, todos los participantes en la Conferencia se muestran partidarios de la *perestroika*, y todos son conscientes de las dificultades y obstáculos a superar que la propia *perestroika* puede peligrar. ¿De qué dificultades y obstáculos hablamos? Destacaremos algunas: la obstrucción deliberada de los enemigos de la *perestroika* y las propias lagunas y contradicciones del modelo reformista (Alec Nove); los problemas económicos de todo tipo que sufre la URSS (Marie Lavigne y Lev Vosnesenski); las deficiencias del sistema administrativo y de gestión y la dificultad

de revisar el sistema de formación de precios (Nikolai Shmeliov); los problemas que generará el paso de una planificación directiva a una planificación indicativa (Jacques Sapir); los problemas que surgirán al enfrentarse con la ineludible tarea de democratizar la acción política (Anatoli Streliani, Lev Vosnesenski, Ludolfo Paramio); el desafío que supone corregir un sistema jurídico corrupto (Louise I. Shelley), etc.

Resulta sumamente difícil valorar globalmente un libro como *La perestroika. ¿A dónde va la Unión Soviética?* En todo caso, y una vez leídos los distintos artículos que componen el texto, surgen ciertas cuestiones que, de alguna manera, no deben eludirse. Para empezar se nota un excesivo optimismo por parte de algunos autores cuando se trata de valorar las posibilidades del sistema soviético realmente existente. No quisiera pecar de liquidacionismo, pero me parece que confiar (o no desconfiar) en una suerte de leninismo reformado es una perfecta estupidez. Como resulta estúpido —y perdonen la terminología, quizá demasiado brusca— creer que el socialismo es una «etapa inevitable» (Vosnesenski), o que la *perestroika* es el «retorno al modelo leninista» (Shmeliov), o que el partido único y la democracia no son incompati-

bles (Chalidze). La solución de los problemas de la URSS no pasa por recuperar un supuesto leninismo abierto y democrático (?), sino que pasa más bien por todo lo contrario, pasa por enterrar una concepción de la política ya periclitada como es el leninismo. Y pasa también por la transformación del régimen en un sistema democrático y pluripartidista. Esta apertura democrática —y por supuesto, también económica— creará problemas, pues son muchas las dificultades y obstáculos (ya enumeradas anteriormente) a superar. Pero, si bien se mira —si se mira el estancamiento y el colapso soviéticos— la apertura (las aperturas) es la única posibilidad que tiene la URSS para superar el marasmo

en el que se encuentra. Y hay que decir que todos los autores parecen emitir un mismo «mensaje»: el de la absoluta necesidad de esta apertura. Y nosotros nos permitimos añadir lo siguiente: se produce la apertura, o la Unión Soviética no será otra cosa que una curiosidad sociológica. Una curiosidad sociológica que puede poner en peligro la paz del mundo. De ahí la gran importancia que la *perestroika* tiene para todos.

En la actual coyuntura, y según se desprende de los artículos del libro (y según se desprende de la realidad), cualquier cosa es posible en la URSS: es posible una reacción de las fuerzas más conservadoras del sistema con el objetivo de neutralizar la *perestroika*

ka, y es posible un afianzamiento de la *perestroika*. Ahora bien, y como queda patente en el libro, la *perestroika* es la única alternativa posible susceptible de modernizar y democratizar la Unión Soviética. Como muy bien ve Alec Nove, citando a Gorbachov, «no hay otro camino». Y es que cuando ya «se ha probado todo» (Shmeliov) cualquier otra «alternativa» puede resultar «literalmente catastrófica» (Yuri Kariakin). ¿Qué ocurrirá si la *perestroika* fracasa? Permítanme que transcriba la apocalíptica expresión de uno de los ponentes: «Será Chernobil» (Yuri Kariakin). Un Chernobil evidentemente social, económico y político. ¿Habrá dónde refugiarse? ¿Habrá alguna otra oportunidad? ■

ADIOS AL COMUNISMO

Miguel PORTA PERALES

John Kenneth Galbraith
Stanislav Menshikov
Capitalismo, comunismo y coexistencia
Planeta
Barcelona, 1989

Hasta hace relativamente pocos años el capitalismo y el comunismo eran dos sistemas en competencia. Hoy, sin embargo, las cosas parecen estar bastante claras: el sistema comunista —o el «socialismo real» o el «totalitarismo real», si se quiere— está perdiendo la partida en favor de un capitalismo —ciertamente imperfecto— que no parece ser tan intrínsecamente perverso como sus opositores creían.

De todos modos, y como

no se trata de incurrir en apresurados liquidacionismos, conviene responder a una serie de cuestiones como las siguientes: ¿está el comunismo condenado al fracaso? ¿Es posible una renovación del comunismo? ¿Cuál sería el sentido de esta renovación? Estas preguntas constituyen el núcleo del interesante libro *Capitalismo, comunismo y coexistencia*, que recoge las conversaciones mantenidas entre dos eminentes economistas como son el liberal John Kenneth Galbraith y

el comunista Stanislav Menshikov.

No será ocioso, para empezar, situar a los economistas que dialogan en este libro. Ello servirá también para definir las coordenadas en las que se mueve el debate. John Kenneth Galbraith es un conocidísimo economista y profesor de Harvard (Galbraith también ha impartido la docencia en Princeton y Cambridge) que se encargó de organizar el sistema de precios en la época de Roosevelt. Embajador en la India con Kennedy, presidente de la Asociación Económica Americana y miembro de la Academia Americana de Artes y Letras, Galbraith es autor de tres obras — *La sociedad opulenta*, *El nuevo estado industrial* y *La economía y el objetivo público*— que le han dado una fama considerable. Recordemos que Galbraith, entre otras cuestiones, analiza el papel de la tecnocracia en la vida económica, el problema de la competencia, la integración de la tecnología en el sistema capitalista de producción, etc. Introdutor del concepto de «sociedad postindustrial», Galbraith —al que recientemente Mitterrand le ha otorgado la Legión de Honor— es considerado como representante del liberalismo progresista norteamericano.

Stanislav Menshikov, por su parte, es un economista

soviético especialista en el funcionamiento del sistema capitalista que ha realizado diversos trabajos —auspiciados por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética— en donde se comparan las economías soviética, norteamericana y japonesa. Autor de títulos como *Millonarios y managers*, *El ciclo económico* y *¿Economía sin futuro?*, Menshikov ha sido empleado del Secretariado Internacional del Comité Central del PCUS. Es partidario de las reformas impulsadas por Gorbachov. *Capitalismo, comunismo y coexistencia*, en fin, nos brinda un diálogo/debate entre un liberal capitalista y un comunista no ortodoxo.

Stanislav Menshikov, que en el libro juega el papel de abogado defensor del sistema comunista, cae en los tópicos al uso («el comunismo es la futura sociedad ideal que se distingue por una superabundancia de bienes», «el socialismo produce una sociedad de justicia social», «bajo el socialismo —para Menshikov «socialismo» es sinónimo de «comunismo»— no hay división entre el rico y el pobre», «el socialismo ha demostrado ser un sistema vital y en crecimiento»); unos tópicos, empero, que el soviético se ve obligado a «matizar» por mor de las objeciones planteadas por Galbraith. Es así como Menshikov «corrige» algu-

nas de sus opiniones. Por ejemplo: en lugar de un sistema en crecimiento, se admite que el comunismo está «desacelerado»; en lugar de un sistema vital, se admite que el comunismo muestra una «eficiencia» baja y que su tecnología «acusa cierto retraso»; en lugar de un sistema que conduce a la superabundancia, se admite que en el comunismo no hay «suficientes» mercancías para satisfacer necesidades y que «en parte» este sistema es «incapaz de suministrar lo que el consumidor quiere»; en lugar de un sistema justo, se admite que el comunismo también genera soborno y corrupción ofreciendo «bienes de consumo de primerísima calidad» a las autoridades locales; en lugar de ser un sistema en el que reina la solidaridad, se admite que el comunismo está construido, «al igual que el capitalismo», sobre «el interés personal», etc.

Que nadie piense que me estoy cebando con/contra el comunismo. Este no es el caso, ya que tan sólo me limito a reproducir algunas de las «correcciones» que Menshikov se ve obligado a hacer ante las argumentaciones a la contra de Galbraith. Y, para que nadie me tilde de anticomunista visceral, hay que añadir que las argumentaciones de Menshikov contra el capitalismo también son de peso. El capitalismo, en palabras de Menshikov que

Galbraith no contradice, «va mal». Burocratización, inflación, paro, infrautilización de la capacidad productiva, déficits devastadores y desigualdades varias son los argumentos de Menshikov contra el capitalismo.

Llegados a este punto —y si capitalismo y comunismo funcionan mal— surge una pregunta ineludible: ¿qué hacer? O, lo que viene a ser lo mismo, ¿con qué sistema «quedarse»? La respuesta varía según sea su procedencia. Galbraith y Menshikov apuestan, cada uno y como era de esperar, por su sistema. Se trata, más exactamente, de la apuesta por la renovación del propio sistema. El norteamericano propugna lo que ya se conoce como «reformas Galbraith» (rechazo del monetarismo, impuestos progresivos, reducción del déficit presupuestario, reducción de tipos de interés, redistribución del trabajo y

de la renta, mejores servicios públicos), y el soviético propone una serie de medidas basadas en el ahorro, en los incentivos personales, en el aumento de la productividad, en la obtención de ciertos beneficios que podrían reinventarse y en la combinación de los mejores rasgos de la planificación central con los mejores rasgos y los menos perniciosos del mercado.

Al principio de estas líneas afirmábamos que el sistema comunista estaba perdiendo la partida en favor del capitalismo. La lectura de *Capitalismo, comunismo y coexistencia* viene a confirmar lo dicho. ¿Por qué? Sencillamente, porque las medidas propuestas por Menshikov —en la línea de Gorbachov— son, *de facto*, la mejor prueba del fracaso del llamado modo de producción comunista. ¿Qué es lo que el economista soviético está proponiendo? En

pocas palabras: además de la coexistencia y la cooperación Menshikov propone una serie de medidas (incentivos, productividad, mercado, etc.) típicamente capitalistas. ¿Acaso estas medidas «inspiradas» en el adversario capitalista no evidencian que el comunismo está ya fracasado? ¿Acaso estas medidas no certifican que el comunismo es un sistema limitado que, además, ya ha entrado en quiebra? Una vez leído el libro el lector se queda con la siguiente impresión: el comunismo está intentando cuadrar el círculo al querer «capitalizarse» dejando intactas sus estructuras. Una tarea, ciertamente, imposible. En cierta manera, las conversaciones entre Galbraith y Menshikov anuncian que el adiós al comunismo no tardará mucho en llegar. Y sólo falta leer la prensa para comprobarlo. De hecho, el adiós al comunismo ha llegado ya: la propia estructura se desmorona. Descanse en paz.

PERSPECTIVA INTRAHISTORICA DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Javier PEREZ BAZO

Carlos Martínez Cobo
José Martínez Cobo
La primera renovación
Volumen I
Plaza y Janés
Barcelona, 1989

Rarísimas son las ocasiones en las que, cuando de un estudio historiográfico o de una monografía de cariz ideológico se trata, su autor confiesa pública y honradamente su militancia. Este es el caso de José Martínez Cobo en *La primera renovación*, fruto en cierta medida de una vasta experiencia militante, de testigo directo

en la historia del socialismo exiliado o incluso hoy desde la presidencia del Comité Federal del Partido Socialista Obrero Español. Con esta obra continúa su afán por recuperar el patrimonio histórico, político y cultural del PSOE, empeño que avalan publicaciones anteriores suyas en colaboración con su hermano Carlos: *Los congresos del PSOE*

en el exilio y *El Socialista (1944-1976)*, ambas impresas por la Fundación Pablo Iglesias en 1982 y en 1985 respectivamente. Advertido esto y para disipar cualquier prejuicio, convengamos desde el principio en que estamos ante un denso ensayo sobre el trayecto recorrido por el PSOE durante el largo quinquenio posterior a la Guerra Civil, contemplado bajo una óptica tan original como preocupado por la veracidad y el rigor, y que impide el atrevimiento de tildarlo como historia oficial de ese partido.

Es éste el primero de cuatro volúmenes agrupados con el rótulo genérico De «Intrahistoria del PSOE», que comprenden desde los años de la inmediata posguerra a la década de los setenta, hasta el desarrollo y resoluciones del tantas veces mencionado y no menos controvertido Congreso de Suresnes. El ambicioso proyecto suscrito por los hermanos Martínez Cobo —hijos, digámoslo al paso, de Carlos Martínez Parera, ejecutivo del PSOE en el exilio— se sustenta en la concepción intrahistórica que, nada descubrimos, se debe a Miguel de Unamuno. Quien firma el primer tomo reconoce esa deuda y con éxito rehace *desde dentro* el periplo del socialismo; en otras palabras, presenta una historia vivida, recordada, interpretada, juzgada por lo propios socia-

listas, un panorama de la España franquista y del exilio desde la perspectiva del socialismo militante, de base y reorganizativo, verdadero artífice de su historia.

Lejos del tradicional repaso de fechas, momentos y escenarios imborrables de la memoria de los republicanos, más concretamente de la militancia del PSOE, sin limitarse tampoco a la biografía e ideología particular de cada uno de sus líderes más afamados (Besteiro, Largo Caballero, Negrín, Prieto), Martínez Cobo se decanta por el prisma intrahistórico: entonces adquieren renombre el militante anónimo junto a otros dirigentes, todos con indiscutibles señas de identidad. El autor acude a quienes pudo reconocer, consiguiendo eliminar la ficción a la que a menudo es proclive la veteranía cuando el tiempo es recuerdo, contrastando versiones hasta dilucidar el suceso más verosímil o cierto, despejando incógnitas, convirtiendo el documento inédito en dato histórico irrefutable.

Reconstrucción y renovación

La vasta heterogeneidad de los acontecimientos acabada la guerra halla equilibrio con la disposición temática adoptada. Si el criterio cronológico parece el más idóneo aun cuando los hechos discurren con inu-

sitada rapidez y se encabalgan frecuentemente o acontecen en países diversos, el autor emplea tal método para trazar las directrices de su estudio sobre cinco bloques homogéneos coincidentes con sendos capítulos. Tras el análisis, sintético pero revelador, de la situación del PSOE de 1932 a 1939, certeramente admitida como antecedente de años ulteriores y período en el cual las tendencias y disensiones existentes en el Partido merecen relieve especial, Martínez Cobo se centra a lo largo del segundo capítulo de episodios, algunos dramáticamente comunes para los vencidos —venganzas, campos de concentración (Albatera, «Los almendros») y muertes, circunscritos al ámbito socialista: represión franquista que se cobra las vidas de numerosos militantes y cargos públicos (Amos Acero, Cayetano Redondo, Ricardo Zabalza... trágicamente emotivas nos parecen las «despedidas» del redactor de *El Socialista*, Cruz Salido, y de Perfecto González, vicepresidente de la Diputación de Asturias, o el proceso contra Besteiro y su lenta agonía en la cárcel de Carmona). Y junto a esas represalias, la cruel realidad de la diáspora por tierras de tres continentes y de los conflictos internos acerca del modelo institucional español o ante cuál es el órgano rector socialista que ostenta la le-

gualidad. De tal estado parte la tesis básica del volumen que justifica su título y se explicita en los tres últimos capítulos: un partido desmembrado y disperso que se impone la reconstrucción y, consiguientemente, la primera renovación.

José Martínez demuestra cómo dicho reto conoce varios frentes. En los campos de concentración franceses (Argelés sur Mer, Barcarés, Morand, Saint-Cyprie, Curs) y del norte de Africa (Waknassy, Kasserine...) que, pese a las adversidades, posibilitan por sí mismos el reagrupamiento y la creación de secciones. En las cárceles españolas —ineludibles son, entre otros, los nombres de Ramón Rubial, Francisco López Real y Máximo Rodríguez, testigos hoy de aquella proliferación de comités por la geografía carcelaria—. Desde la guerrilla cuya idiosincrasia, meramente defensiva y reorganizadora según revela el autor, la diferencia de la comunista y anarquista y que es enjuiciada de manera minuciosa a través de las acciones de Mariano Flores, Aja Montes, Manuel Ponte, Aristides Llaneza y, además de otros, de aquellos que bajo el sobrenombre «los del monte» capitaneaba el asturiano José Mata, fallecido en fecha reciente. Contribuyeron a la reconstrucción, se acierta a precisar en la obra, la clandestinidad, saldada en inin-

terumpidas detenciones y el exilio. Si Sócrates Gómez recibe tal mandato por boca de su padre, esa encomienda se extiende a todo el país: Andrés Saborit, Gómez Egido o Eduardo Villegas en Madrid; Nicolás Redondo, Eugenio Urgoiti y Enrique Dueñas en Euskadi, etc. Actividad que aboca a la formación de agrupaciones, a la primera y subsiguientes comisiones ejecutivas, a la autonomía de cada organización (PSOE, UGT y Juventudes) y a la reaparición de *El Socialista* en 1944.

Ensayo clarificador

La información dada sobre el interior es más completa, si cabe, respecto al socialismo exiliado. De relevante interés son los epígrafes en torno al ideario de Indalecio Prieto, por quien Martínez Cobo parece profesar cierta admiración y a quien trata con excesiva indulgencia, como no lo es menos el que recrea la vida orgánica y militante de las agrupaciones, entre las que la histórica de Toulouse se erige esencialmente ilustrativa. Sorprende, empero, que no se aporten luces a algunos episodios todavía oscuros en la biografía de José Negrín —el destino de fondos de la República, por ejemplo— o del mismo Prieto, pues se margina la opinión que de él hizo pública Largo Caballero. Es ésta una de las

escasas veces que percibimos un militantismo complaciente.

Cuando cierto mundo editorial español nos tiene acostumbrados al panegírico fácil o, incluso peor, al escándalo, se edita *La primera renovación*, muestra de honestidad singular y admiración contenida de su autor hacia los innumerables protagonistas intrahistóricos del socialismo español. Poco más puede exigírsele a José Martínez, quizá mayor énfasis sobre la labor cultural del PSOE en el exilio a través de asociaciones afines, o pertinente explayación ante el legado periodístico y literario de Luis de Araquistáin, Gabriel Pradal y Manuel Albar, por citar tres muestras significativas. Quizá lamentarnos con él que no tuviera acceso a archivos de importancia capital —el de Rodolfo Llopis o de Marcelino Pascua, embajador de España en París y en Moscú, por ejemplo—, carencia que, sin embargo, no empaña este ensayo clarificador acerca de un período que sirve de bisagra entre un partido disperso y truncado por la guerra y el partido que, como segunda patria para el militante, se preparaba para etapas posteriores, ajeno a que décadas después, coincidiendo con el quincuagésimo aniversario del final de la contienda civil, gobernaría el país en tercera legislatura. ■

ESTRATEGIAS DE PODER EN AMERICA LATINA

Santiago S. TORRADO

Angel Montes del Castillo
Prólogo de José Luis García
Simbolismo y poder
Anthropos
Barcelona, 1989

El presente libro es una investigación antropológica sobre las relaciones de poder en la comunidad campesina de Pucará en los Andes ecuatorianos. En dicha investigación se plantea la implicación de determinadas instituciones hispánicas — el Compadrazgo y el Priostazgo — en la estructura del poder local y se propone un tipo de relación entre el ámbito simbólico-ritual y ciertos procesos económicos y políticos de esta comunidad andina.

Se trata de una investigación singular y sugestiva, realizada desde la cercanía de la vivencia experiencial y desde la «distancia» del rigor científico. Sus aportaciones metodológicas son también relevantes: el método de investigación-acción utilizado, que cuestiona la tradicional disociación entre teoría y praxis; la introducción de una nueva técnica en el trabajo de campo que permite superar la dicotomía sujeto-objeto mediante la participación del grupo social en la investigación de su propia cultura; y el modo de abordar el estudio de dos instituciones hispánicas que son básicas para entender las relaciones de poder en las comunidades campesinas.

La presentación y el tratamiento del tema se alejan de la habitual farragosidad

de este tipo de trabajos. Este libro da muestra de lo que a mi juicio constituye un importante logro cultural: la aproximación asequible a cuestiones de indudable valor científico e histórico que se sitúan en la perspectiva teórica de la antropología política y que facilitan el acceso a un «descubrimiento» veraz y no retórico y convencional del continente latinoamericano.

Bien puede decirse que este trabajo de Angel Montes resulta tan completo como riguroso y apasionante. Posee una estructura coherente y dinámica, clara y progresiva, sin abandonar un cierto tono narrativo y personal que lo hace más atrayente. El enraizamiento de la investigación en una comunidad local concreta le confiere una específica solidez y singularidad, logrando al mismo tiempo una fuerza de denuncia social y política que parte de la realidad profunda y objetiva y está en las antípodas de la demagogia.

La estructura argumental del ensayo tiene esa coherencia y progresión a las que antes aludía: una justificación y planteamiento de la investigación, una exhaustiva descripción del área geográfica que se estudia, una revisión bibliográfica, un estudio pormenorizado de las dos instituciones que se abordan de for-

ma principal (Compadrazgo y Priostazgo), su «aterri-zaje» en la zona de Pucará y una especie de conclusión de claro componente metodológico, rematado todo ello con una amplia bibliografía.

Para los iniciados, conviene decir que son Compadres aquellas personas que contraen una relación a partir del ritual del bautismo (padres y padrinos), «una relación social caracterizada por el intercambio de derechos y obligaciones en forma de prestaciones de bienes y servicios» (p. 231). Priostes son los «mayordomos» o encargados de organizar la fiesta campesina, ocupándose también de su financiación, «con cuyo motivo establecen entre sí y con el resto de la comunidad relaciones sociales caracterizadas por el control sobre los símbolos de la fiesta, mediante el cual adquieren, mantienen o refuerzan su poder social» (p. 247). Todo ello dicho de forma simplificada y sin entrar a fondo en las connotaciones y matices peculiares de una y otra institución en el territorio estudiado (Pucará, Ecuador), como se hace pormenorizadamente en el libro.

Otro de los aciertos que posee, a mi juicio, este trabajo de antropología política es la transcripción literal de expresiones de los cam-

pesinos, tomadas en entrevistas o reuniones de grupo con el objeto de verificar o ilustrar algunas de las afirmaciones o hipótesis que se plantean. Con lo que, además, se muestra la riqueza y bella plasticidad del lenguaje pucareño. Basten como ejemplo dos citas concretas que expresan conmovedoramente la humillación y dependencia secular del pueblo: «Dependidos de ellos hemos vivido desde cuándo. Tiernos como éramos. Oscuros y atrasados sin conocer nuestro derecho. Así ha sido». La descripción que se hace de la fiesta campesina no pertenece ya directamente al lenguaje popular, sino al autor que lo transcribe, pero reviste también una penetrante y hermosa concisión: «Para los campesinos de Pucará la fiesta es cuando vienen los forasteros, regresan los emigrantes y se reúnen las familias, se saca el santo en procesión, se hace fogata en la plaza y la gente baila, llegan los comerciantes o tenderos ambulantes, se hace la carrera de cintas y la escaramuza, se teje y baila el Tucumán, se explota el castillo de fuegos artificiales y se echan los globos, se corre la vaca loca, se encuentra uno con los compadres y parientes y se bebe abundante trago, se pasa la misa, se arreglan las guambras para hacer matrimonio, se bautizan las guaguas o los priostes invitan a canelazo» (p. 249).

Algunos reparos menores cabe hacer, sin embargo, a este trabajo cuyo valor y calidad de conjunto resultan casi impecables. Ciertos capítulos son demasiado largos, con partes excesivamente densas y algunos «saltos» en el desarrollo del texto. Las «conclusiones» con las que finaliza el capítulo segundo podían estar más articuladas y tener un carácter más prospectivo. Falta alguna explicación inicial y previa sobre el contenido de ciertas instituciones antes de entrar en la descripción de su funcionamiento: concretamente acerca del Priostazgo y también sobre cómo se origina y forma el Comité del Pueblo. El tratamiento que se hace de la fiesta —en el capítulo sobre fiesta y simbolismo— posee menos consistencia que el nivel medio con el que se abordan las restantes cuestiones del libro.

Su estilo de argumentación, finalmente, es reiterativo y «atornillante», lo que añade precisión y contundencia a sus conclusiones. Son éstas, sobre todo, que el Compadrazgo y el Priostazgo son estrategias rituales de poder social en la comunidad pucareña que se estudia, derivadas del contexto simbólico del bautismo y de la fiesta campesina y con un enorme poder de penetración e influencia en el tejido de re-

laciones que generan y que ayudan a fortalecer y propagar.

Es importante, pues, este trabajo desde varios puntos de vista. Por su carácter de

aproximación antropológica a la verdadera realidad latinoamericana, cuyo «re-descubrimiento» vivimos, y por su aportación metodológica al explicar y aplicar la investigación—acción como nuevo modelo de re-

formular las relaciones entre teoría y práctica y como referencia generalizable a otros contextos. Por estas dos razones principales —aunque no únicas— el libro merece una cálida recomendación. ■



Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio
caro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita. Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González. 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62



NOVEDAD

ULTIMOS LIBROS PUBLICADOS

Ramón García Cotarelo, *Los Partidos Políticos.*

Paul Preston, *Las derechas españolas en el siglo XX*

Alfonso Guerra y otros, *El futuro del Socialismo (Jávea I)*

José Félix Tezanos (Ed.), *La democratización del trabajo*

Varios autores, *Nuevos Horizontes Teóricos para el Socialismo (Jávea II)*

Varios autores, *El nuevo compromiso europeo (Jávea III)*

Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos Movimientos Sociales*

Adam Schaff, *Perspectivas del Socialismo Moderno*

Oscar Lafontaine, *La Sociedad del Futuro*

FUNDACION SISTEMA

C/ Fuencarral, 127, 1.º 28010 MADRID

Teléfs. 448 73 19 y 48 73 39



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 38 (Invierno 1989)

Ramón Vargas Machuca: *Reformismo con reformas.* **Andrés de Blas:** *La izquierda española ante las tensiones secesionistas.* **Gabriel Jackson:** *Prever y planificar el futuro.* **Jean Elleinstein:** *La vía del socialismo democrático para la URSS.* **Manuel Guedan:** *La cooperación internacional para el desarrollo.* **Julio Rodríguez, Ludolfo Paramio, Luis Ortega:** *El Estado en la estrategia socialista.* **Alfonso Guerra:** *Un proyecto para Europa. Resolución de la Unión de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea.* **Willy Brandt:** *La Internacional Socialista ante el nuevo milenio.* **Ludolfo Paramio:** *Los principios del socialismo democrático. Declaración de principios de la Internacional Socialista.*

NUMERO 37 (Otoño 1989)

José M.ª Maravall: *Valores democráticos y práctica política.* **Manuel Chaves:** *Los sindicatos en la sociedad industrial desarrollada.* **Enrique González Pedrero:** *Memorándum sobre América Latina.* **Benjamín Arditi:** *Adiós a Stroessnes.* **Elías Díaz, Ramón Vargas Machuca, Antonio Santesmases, Raimon Obiols:** *Las señas de identidad del socialismo.* **Salvador Clotas:** *Las transformaciones del socialismo.* **Ludolfo Paramio:** *La crisis del Estado providencia.* **Luciano Pellicani:** *Sobre el mito de la Revolución.* **Miguel Porta:** *El socialismo del futuro.* **Miguel Porta:** *Captialismo y paro.*

NUMERO 36 (Verano 1989)

José María Benegas: *Ofertas políticas para fin de siglo.* **Enrique Barón:** *El horizonte 92 y la izquierda.* **Emile Noel:** *El Acta Unica europea: significado y perspectivas.* **Pierre Maillet:** *¿Cómo llegaremos al 92?* **Antonio Pérez Calvo:** *La dinámica política y el proceso autonómico.* **Giorgio Napolitano:** *La izquierda en Europa occidental.* **José Luis Buhigas, Enrique Barón, Manuel Azcárate:** *¿Qué proyecto político europeo?* **Willy Brandt:** *El nuevo proyecto del S.P.D.* **Joaquín Calomarde:** *El socialismo en la crisis de la modernidad.* **Carlos Pereyra:** *La cuestión democrática.* **María Teresa Virgili:** *La perestroika económica y el estamento militar soviético.* **T. H. Ashton y C. H. E. Philpin. (Ludolfo Paramio):** *El debate Brenner: estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial.* **Claus Offe (Porta Perales):** *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales.*

NUMERO 35 (Primavera 1989)

Tatiana Pipan: *La huelga de Narciso.* **Paolo Sylos Labini:** *Una estrategia común contra el desempleo.* **José María Maravall:** *Las razones del reformismo. Democracia y política social.* **Raimon Obiols:** *Un proyecto socialista. Desarrollo, libertades y federalismo.* **Vicent Garcés:** *La política internacional y la izquierda.* **Antonio Gambino:** *Entrevista con Bruno Trentin.* **Salvador Giner, Joaquín Leguina, José F. Tezanos:** *Transformaciones sociales y apoyos estratégicos del proyecto socialista.* **Adela Cortina:** *Por una ilustración feminista.* **Norbert Lechner:** *El realismo político, una cuestión de tiempo.*

NUMERO 34 (Invierno 1988)

Justo Zambrana: *¿Es regresiva la política económica del PSOE?* **Pere Vilanova:** *La política de Defensa de España y Francia.* **Héctor Aguilar Camín:** *México: la reforma de los electores.* **Jean-Pierre Cot:** *La izquierda y la derecha en el Parlamento europeo.* **Antonio Missiroli:** *SPD: radiografía de un partido.* **Francisco J. Laporta:** *Violencia, nación, autodeterminación.* **Juan María Banderés:** *¿Existe una justificación moral de la violencia en la política?* **Miguel Angel Quintanilla:** *Reflexiones acerca de la maldad del poder y la impureza de la política.* **Benjamín Arditi:** *Romanticismo y sectarismo en el imaginario de las izquierdas.*

NUMERO 33 (Otoño 1988)

Manuel Azcárate: *La percepción española de los Estados Unidos.* **Norman Birnbaum:** *¿Se puede exportar el modelo americano?* **Roberto Mesa:** *La posición internacional de España. Entre el centro y la periferia.* **Manuel Antonio Garretón:** *Chile: el plebiscito y la transición.* **Santos Juliá:** *Fuerza y debilidad del Frente popular en la guerra civil.* **Luciano Pellicani:** *La reacción totalitaria contra la modernidad.* **Alfonso Sánchez Vázquez:** *Marxismo y socialismo, hoy.* **Ferenc Feher:** *La crisis del sistema soviético en la época de Gorbachov.* **Juan Carlos Rubinstein:** *Radicalismo, peronismo y socialdemocracia.*

Suscripción anual: 1.400 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA 4 NUMEROS:

España	1.400 ptas.
*Europa	2.100 ptas.
*América	3.100 ptas. (\$20.00)

* Por correo aéreo.



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA 4 NUMEROS:

España	1.400 ptas.
*Europa	2.100 ptas.
*América	3.100 ptas. (\$20.00)

* Por correo aéreo.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

FORMA DE PAGO:

Adjunto talón.

Giro postal n.º

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS


Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

GERALD A.
COHEN

LA TEORIA DE
LA HISTORIA
DE KARL MARX
UNA DEFENSA

E D I T O R I A L
LABIO IGLESIAS


Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX
Gerald A. Cohen

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

La teoría de la historia de Karl Marx es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Precio de este ejemplar: 400 Ptas.